BOUND TO PLEASE

CLÁSICOS CASTELLANOS

MORATIN

LA COMEDIA NUEVA O EL CAFÉ

EL SÍ DE LAS NIÑAS

EDICIÓN, PRÓLOGO Y NOTAS DE
FEDERICO RUIZ MORCUENDE

ESPASA-CALPE, S. A.
MADRID

EX LIBRIS
ST. JOHN FISHER
COLLEGE

Digitized by the Internet Archive
in 2022 with funding from
Kahle/Austin Foundation

https://archive.org/details/moratin0000unse_m7v2

MORATÍN

ESPASA
CALPE S.A.
S.A.

CLÁSICOS CASTELLANOS

MORATÍN

LA COMEDIA NUEVA O EL CAFÉ

EL SÍ DE LAS NIÑAS

PQ
6541
.C6
1968

EDICIÓN, PRÓLOGO Y NOTAS DE FEDERICO RUIZ MORCUENDE

ESPASA-CALPE, S. A.
MADRID, 1968

ES PROPIEDAD

© Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1924

Printed in Spain

Depósito legal: M. 5.781 — 1968

Talleres tipográficos de la Editorial Espasa-Calpe, S. A.
Ríos Rosas, 26. Madrid

PRÓLOGO

Don Leandro Fernández de Moratín descendía de una familia noble de Asturias; fueron sus abuelos paternos don Diego Fernández de Moratín, madrileño, Jefe del guardajoyas de la reina viuda Isabel de Farnesio, y doña Inés González Cordón, natural de Pastrana; tuvo este matrimonio cuatro hijos: don Nicolás, natural de Madrid, padre de don Leandro; don Miguel, don Manuel y doña Ana; sus abuelos maternos fueron don Mateo Cabo Conde, natural de Tornadizos, y doña Manuela Amo, natural de Aldeaseca, cuya hija, doña Isidora Cabo Conde, casó con don Nicolás. Era el padre de nuestro autor Ayuda del guardajoyas de la ya citada reina, y estableció su morada en la corte *en una casa que hace frente a la fuentecilla de San Juan y otra a la de Santa María* (1), y allí nació su primogénito don Leandro el 10 de mar-

(1) Autobiografía de Moratín, Biblioteca Nacional, ms. 5617. La calle de San Juan se llama hoy *de Moratín*, y la casa es la señalada con los números 43 45 y 47. El comerciante don Narciso Ureta, propietario de la finca en tiempos de don Ramón de Mesonero Romanos, colocó en la fachada, por iniciativa de éste, una sencilla lápida, y actualmente existe otra de mármol con la siguiente inscripción: "EN ESTA CASA NACIÓ | A 10 DE MARZO DE 1760 | EL INSIGNE POETA DRAMÁTICO | D. LEANDRO FERNÁNDEZ MORATÍN. | REEDIFICADA EN 1892." Hay en Madrid otra calle denominada de *Moratines* (entra por la calle de Embajadores y sale al paseo de la Esperanza).

zo de 1760. Sus abuelos paternos (no conoció otros) *vivían en la calle de las Huertas, esquina a la Costanilla de los Desamparados.*

Bautizáronle el 12 del mismo mes y año en la parroquia de San Sebastián, poniéndole por nombres Leandro, Antonio, Eulogio, Melitón, siendo madrina su tía doña Ana, que entonces contaba doce años (1). Se mudaron sus padres *a la calle de Santa Isabel; allí tuvieron sucesivamente tres hijos, Miguel, María y Facunda; todos murieron de muy corta edad.* Teniendo cuatro años, sufrió las viruelas, que desfiguraron su rostro y su espíritu, tornándole huraño, tímido, caprichoso y desconfiado. Las primeras letras las aprendió en su casa con *un maestro medio cojo y de mala figura,* pero su padre, temeroso de los excesivos cariños familiares, *le envió a una escuela dirigida por un don Santiago López.* Salió del colegio *sin haber adquirido vicio ni resabio particular de parte de sus condiscípulos;* no adquirió *ninguna amistad con ellos,* no supo *jugar al trompo, ni a la taba, ni a la rayuela, ni a las aleluyas; acabadas las horas de estudio recogía* su *cartera, y desde la escuela, cuya puerta se veía desde* su *casa, se ponía en ella de un salto. Allí veía los amigos de* su *padre, oía sus conversaciones literarias, adquirió un desmedido amor al estudio, leía a* DON QUIJOTE *y al* LAZARILLO, *las* GUERRAS DE GRANADA, *libro delicioso para él; la* HISTORIA *de Mariana, y todos los poetas españoles, de los cuales había en la librería de* su *padre escogida abundancia. Esta ocupación y la de ir a ver a* su *abuelo, a quien ya reducían los achaques y los largos años a salir muy poco de casa,*

(1) Figura su partida en el libro 38 de bautismos, folio 306 de dicha parroquia. Ha sido publicada por el señor Cotarelo y Mori, *Iriarte y su época,* Madrid, 1897, pág. 524.

le entretenían el tiempo, y así pasó los nueve años primeros de su *vida sin acordarse de que era un muchacho* (1). Infancia en verdad tristísima.

Mudáronse sus padres a la calle de la Puebla, número 30 (2). En dicha casa vivía don Ignacio Bernascone con su familia, cuya amistad cultivaron hasta llegar a la mayor intimidad. Al poco tiempo fué a residir a la misma casa en que vivía el literato italiano don Juan Bautista Conti.

De esta intimidad nació la primera pasión amorosa de Moratín, que a los diez años compuso sus primeros versos en loor de doña Sabina Conti, sobrina de Bernascone (3).

Estudió Moratín la lengua latina, y los amigos de su padre aconsejáronle que le matriculase en la Universidad de Alcalá; pero éste, previsor, hízole aprender el dibujo, intentando más tarde enviarle a Roma para que se perfeccionase en la pintura bajo la dirección del famoso Mengs, idea que no llegó a realizarse por la firme oposición de la madre.

Decidido a que tuviese una profesión ajena a las letras, le puso a trabajar como aprendiz de joyería, oficio en el que sobresalió rápidamente.

---

(1) Autobiografía cit.

(2) Hoy calle de Fomento, número 15.

(3) Don Manuel Silvela, en la *Vida* de don Leandro F. de Moratín (*Obras póstumas* de Moratín. Madrid, 1867, tomo I, página 7), y don Juan Antonio Melón (Ibíd., t. III, pág. 376) suponen que doña Sabina Conti era hija de don Ignacio Bernascone, amigo de Moratín padre, y uno y otro la hacen objeto de los primeros versos e infantiles amores del culto *Inarco*. Mas éste mismo llama a la dama doña Sabina Conti (Nota a sus *Poesías*. B. AA. EE. de Rivadeneyra, t. II, pág. 613), y don Casimiro Ortega, en sus noticias biográficas del conde Juan Bautista Conti, dice expresamente que era hija de don Antonio Conti y de doña Isabel Bernascone, hermana de don Ignacio.—E. Cotarelo y Mori, *Iriarte y su época*, pág. 114.

En 1779, la Academia Española celebró un concurso poético, obteniendo el primer premio don José María Vaca de Guzmán, otorgándose el accésit a Moratín hijo, que presentó un romance endecasílabo titulado *La toma de Granada por los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel,* ocultando su nombre con el anagrama de *Don Efren de Lardnaz y Morante.* Quedó el padre agradablemente sorprendido; mas a pesar de su íntima y legítima satisfacción continuó oponiéndose a las aficiones literarias de don Leandro. Tenía éste entonces dieciocho años.

El 11 de mayo de 1780 murió don Nicolás, por quien sintió siempre nuestro autor cariño, respeto y admiración sin límites, y gracias al modesto jornal de doce reales que ganaba como joyero pudo atender al sostenimiento de su madre.

El fallecimiento de su progenitor le produjo honda tristeza, procurando mitigarla con el trato amistoso de algunos literatos como don Juan Antonio Melón, don Pablo Forner, el P. Estala y el P. Navarrete (1), frecuentando el café de *La*

(1) "Le conocí en la calle de Alcalá, cerca del Prado, yendo yo de paseo con don León del Arroyal, poeta, porque se arrimó a nosotros con dos jóvenes Escolapios, Estala y Navarrete, con quien él había jugado en su niñez, en el barrio de doña María de Aragón; le hallé taciturno y reservado y conocí que se me había aficionado. Desde entonces concurríamos los dos casi diariamente a la celda del P. Estala hasta cierta hora de la noche, que cerraban el convento, y los domingos, si el tiempo era bueno, en la *Aganipe,* nombre que le había dado don Leandro a una fuente del Retiro que estaba no lejos del estanque grande. Alegraba nuestra conversación con tantas gracias, chistes, donaires y agudezas, que era nuestra compañía una continua risa. Remedaba con facilidad todos los caracteres. Imitaba a veces el carácter afectado de Jovellanos, el del poeta Huerta, el del buen Carlos III en sus diálogos con el conde de Losada, y otros muchos con gracia inimitable; y estos chistes salían tan espontáneamente de su boca, que él

Fontana de Oro (1), concurriendo asiduamente a los teatros, con preferencia al del Príncipe, y realizando frecuentes excursiones a Aranjuez, El Escorial, El Pardo y otros lugares cercanos a Madrid. La amistad con Melón, Estala y Navarrete perduró toda su vida (2). También frecuentaba la casa de don Melchor Gaspar de Jovellanos, visitando asimismo a Campomanes, de cuyos personajes fué siempre bien acogido.

El 26 de junio de 1782 presentóse segunda vez a un nuevo concurso de la Academia Española, que dictó su fallo el 22 de octubre del mismo año, confirmado el 17 de diciembre, por el que se concedía el segundo premio, más los honores de la impresión, a la *Lección Poética. Sátira contra los vicios introducidos en la poesía castellana*, de *don Melitón Fernández*, firma con la que disfrazó Moratín su verdadera personalidad.

---

mismo no conocía la gracia que tenían."—J. A. Melón. *Desordenadas y mal digeridas apuntaciones, Ob. póst.* de Moratín, t. III, páginas 376 y sigs.

(1) Este café, famoso en nuestra historia literaria, estaba situado en la Carrera de San Jerónimo, cerca de la calle del Lobo, hoy de Echegaray.

(2) "Mi casa se llenaba de amigos y vecinos de la reducida calle del Olivo Bajo (que así se llamaba entonces el trozo que media entre las del Carmen y la Abadía...), [entre ellos estaba]... el presbítero don Manuel Gil de la Cuesta... Era el tal señor... el hombre más chistoso del mundo, y su manía consistía en repentizar coplas a roso y velloso. ... Y cuando todos los circunstantes risueños le felicitaban irónicamente porque le *soplaba la musa*, solía él replicar entusiasmado: AUNQUE VENGAN LOS MELONES, | ESTALAS Y MORATINES, | Y SE APRIETEN LOS BOTINES, | NO LLEGAN A MIS TACONES. Y lo más chistoso del caso era que entre los que le escuchaban soliánse hallar el mismo abate don Juan Antonio Melón... y un anciano apellidado Fernández de Moratín, que debía ser, a lo que infiero, don Manuel, tío del insigne don Leandro." –Mesonero Romanos, *Memorias de un setentón*. Madrid, 1880, págs. 19-21.

El 21 de septiembre de 1785 falleció su madre, siendo enterrada en la iglesia de San Ginés.

En 1786 leyó *El viejo y la niña* a la compañía de Manuel Martínez, siendo la opinión de los cómicos desfavorable; comenzaron a ensayarla, no sin tener que vencer la resistencia del censor de teatros para que diese la licencia de representación, obteniéndose el permiso, pero haciendo en ella supresiones que desfiguraron la obra. Temió Moratín el fracaso; mas la dama segunda de la compañía, a pesar de sus cuarenta años, no se conformó con hacer el papel de doña Beatriz. Aprovechó el autor el conflicto que sobrevenía en su ayuda; retiró la obra y desistió por entonces de la idea de hacerla representar.

Comisionado el conde de Cabarrús, famoso fundador del Banco de San Carlos, para desempeñar una misión diplomática en París, pidió a Jovellanos que le recomendase un joven a quien pudiera llevar como secretario, siendo para ello propuesto Moratín, quien, disgustando a su tío Miguel, en cuya casa vivía desde la muerte de su madre, salió con Cabarrús. Pronto se captó la simpatía de su protector, siendo su amigo íntimo y confidente. En enero de 1787, después de atravesar Aragón con muchas penalidades, llegaron a Barcelona, donde don Leandro contempló por vez primera el mar. Entraron en Francia por el Rosellón, y pasando por Montpellier, Marsella y Avignon, finalizaron el fatigoso viaje en París el 29 de abril. Provechosa en extremo fué la primera salida de nuestro autor.

En París, Iberti le proporcionó una entrevista con el expatriado Goldoni. Por este tiempo Melón se reunió con Moratín, viviendo juntos en el *Hôtel de la cour de France,* situado en la calle de Vivienne.

Poca fortuna tuvo la comisión de Cabarrús; convencido de lo infructuoso de su viaje, decidió la vuelta a Madrid; pero en Tolosa le alcanzó una posta con un pliego del Gobierno francés, en que le rogaban regresase a París. Permaneció Moratín en Tolosa en espera de Cabarrús, quien tornó a poco, reanudando el interrumpido viaje; pero de nuevo, después de haber entrado en España, hasta Pancorvo, por Vitoria, Bilbao y Miranda, cruzaron la frontera y se detuvieron por segunda vez en Tolosa, para, ya definitivamente, dirigirse hacia Madrid, adonde llegaron a primeros de enero de 1788.

Durante su viaje, y antes de finalizar agosto de 1787, tenía ya concluída la zarzuela *El barón*, para que se representase por aficionados en casa de la condesa de Benavente, pero no llegaron a ponerla en escena.

Moratín tuvo la suerte de que al sobrevenir la desgracia de Cabarrús, al que procesaron y encarcelaron, no le arrastrase tras sí. Ya que no defenderle abiertamente, por ser peligrosísimo, se contentó, según parece, con publicar un folleto satírico ridiculizando a los enemigos del conde (1).

Había que empezar nuevamente, y esta vez en la más angustiosa pobreza, pues ni aun contaba con el modesto empleo del taller de joyería.

Halló refugio en casa de su tío Miguel, quien le acogió, como siempre, bondadosamente, y don Leandro puso todo su empeño en conseguir un destino burocrático que le permitiese vivir y ayudar a su tío; por entonces no lo consiguió.

(1) "Salió en aquellos tiempos un folleto intitulado *Carta sobre el comercio de los nabos de Fuencarral*, sumamente gracioso, y que se creyó de Cabarrús, y que yo tuve por de Moratín, a lo menos en la redacción y adornos, por más que él no lo quiso jamás confesar."—Melón, *Apunt.* cit.

Frustradas sus esperanzas de hallar una colocación estable, volvió a intentar el estreno de *El viejo y la niña*, y en este año de 1788 leyó la comedia, corregida, a la compañía de Eusebio Ribera. Por segunda vez, la vanidad de otra actriz que pretendía ser más joven de lo que era, empeñándose en hacer el papel de doña Isabel, estuvo a punto de que el autor retirase la obra.

A pesar de ello prosiguieron los ensayos, pero el Vicario eclesiástico negó la licencia de representación, y *El viejo y la niña* fué recogida con gran contento por Moratín, que temía una catástrofe, a causa de la obstinación de la comedianta.

En 1789, y como consecuencia de la negativa del Vicario, publicó la sátira *La derrota de los pedantes*, que por su gracia obtuvo favorabilísima acogida del público.

Un hecho insignificante cambió la adversa fortuna de Moratín. Noticioso de que un músico de la capilla real, llamado Marcolini, hacía versos burlescos muy del gusto del conde de Floridablanca, premiados por el prócer continuamente, se le ocurrió imitarle; fabricó, más que compuso, un romance y se lo envió. Como recompensa obtuvo del satisfecho conde, por intermedio del oficial mayor de su secretaría, don Sebastián Piñuela, un préstamo o beneficio simple de 300 ducados sobre el arzobispado de Burgos.

Este nuevo aspecto de su vida le ofrecía mayores horizontes pecuniarios en medio de su infortunio, y el 9 de octubre de 1789 fué ordenado de primera tonsura por el obispo de Tagaste.

El encumbramiento de Godoy, a la sazón guardia de corps, señala el comienzo de una época próspera para Moratín. Trabaron casualmente conocimiento Moratín, Forner y Melón con don Francisco Bernabeu, compañero del después Príncipe

de la Paz, y con el hermano de éste, don Luis Godoy, y fueron presentados al favorito, quien, deseoso de conseguir adeptos, usó de su ya poderosa influencia para protegerlos. Las dificultades que impidieron la representación de *El viejo y la niña* desaparecieron ante las indicaciones de Godoy, y el 22 de mayo de 1790, y por la compañía de Eusebio Ribera, se estrenó en el teatro del Príncipe, siendo aplaudida por el público.

El 3 de octubre de 1790, y también por la protección de Godoy, obtuvo un beneficio en la iglesia parroquial de la villa de Montoro, y una pensión de 600 ducados sobre la mitra de Oviedo.

Libre ya de cuidados materiales, y deseoso de alejarse de la Corte, donde bullían los aduladores de Godoy, que se esforzaban en sobrepujar sus alabanzas, loando sus más ínfimas acciones y enalteciendo hasta sus caballos y perros, marchó a Pastrana, cuna de su abuela paterna. No fué ciertamente impulsado por la ingratitud hacia el duque de la Alcudia, sino porque Moratín, hombre tímido, un poco egoísta y algo desconfiado, no servía para fingir constantemente admiraciones palaciegas. Lo prueba el que continuó dedicándole poesías, visitándole respetuosamente a la vuelta de sus viajes, y alabándole después de su estrepitosa caída.

Su estancia en Pastrana fué fructuosa: compuso *La mojigata*, que, como *El barón*, fué alterada y representada por aficionados en teatros caseros, y terminó a su satisfacción *La comedia nueva*, que se estrenó por la compañía de Ribera en el teatro del Príncipe el 7 de febrero de 1792.

Moratín sentía, sin embargo, la nostalgia de Madrid, pues en 18 de mayo de 1791 escribió al conde de Floridablanca, ofreciéndose para formar parte de la Academia de las Ciencias que el con-

de pensaba crear, y apenas terminó *La comedia nueva* regresó de Pastrana.

Del 7 al 9 de abril de 1792 estuvo en Aranjuez gestionando de Godoy el permiso para un viaje a Francia, y obtenida la venia y conseguido un auxilio de 30.000 reales, dispuso y arregló sus asuntos, emprendiendo la partida el 6 de mayo siguiente, llegando a Burdeos el 18, después de haber visitado a Cabarrús en Bayona, y sufrir en Belín un vuelco del cabriolé. Allí se detuvo, no atreviéndose a ir a París, por miedo de la revolución que empezaba, y su terror subió de punto cuando el 15 de julio, y en Burdeos mismo, contempló pasmado el macabro paseo por las calles de las cabezas de dos sacerdotes decapitados clavadas en lanzas.

Venciendo su pusilanimidad, en regla el pasaporte, salió el 20, y sin contratiempo llegó a París el 25. Más espantado quedó al encontrarse en plena sublevación y presenciar matanzas, saqueos, repetidos desfiles de cabezas y manos cortadas, ensartadas en picas (1); vió las Tullerías devastadas, la prisión y traslado del rey Luis XVI al Temple, y, sacudido por tantos horrores, escapó de París el 23 de agosto, embarcando en Calais el 26, arribando a Dower el mismo día, pisando las tranquilas y seguras calles de Londres el 27.

Rápidamente se hizo amigo de algunos españoles que habitaban en la neblinosa ciudad, y de nuevo comenzó para nuestro autor una vida cómoda,

(1) "Ninguna de estas escenas tuvo que ver con el asesinato de la princesa de Lamballe, contrariamente a lo que los biógrafos de Moratín afirman. El 27 de agosto, don Leandro hallábase ya en Londres..., la angelical amiga de María Antonieta no pereció, según es sabido, hasta el día 3 de septiembre."—Miguel S. Oliver, *Los españoles en la Revolución francesa*. Madrid, 1914, pág. 103.

fácil y burguesa, muy en consonancia con su temperamento. Paseos, excursiones, teatros, visitas a monumentos y edificios notables, toda la gama de apacibles distracciones.

Con verdadero entusiasmo se dedicó al estudio del teatro inglés, especialmente las obras de Shakespeare, y a ello se debe su traducción del *Hamlet*. La escena inglesa estaba, en su opinión, más decadente aún que la española, y creyéndose capacitado para remediar los males de ésta, el 14 de diciembre de 1792 envió desde Londres un memorial a Godoy pidiéndole la plaza de director absoluto de los teatros, con el fin de reformarlos radicalmente; no fué atendida su petición (1), ni

(1) "Véase con qué cuidado hay que manejar las fuentes, aun las que parecen más autorizadas: Silvela, en su biografía de Moratín, formada con los recuerdos personales de éste y las referencias de Melón omite esta solicitud, y cuenta, en cambio, que Godoy ofreció esta dirección absoluta a Moratín, después del fracaso de la Junta Censora, y que Moratín no quiso aceptarla." — Salcedo Ruiz, *La literatura española*. Madrid, 1916, tomo III, pág. 241.

El envío del memorial consta en el *Diario* de Moratín, y es extraño que escapara a la investigación de Silvela. Se trata de dos episodios distintos, pero, aun siendo un descuido, no es acreedor a las censuras del Sr. Salcedo, pues gracias al cariño de Silvela y a su generosidad se conservan hoy los manuscritos de Moratín.

La propuesta de Moratín pasó en 4 de enero de 1793 a informe del corregidor de Madrid don Juan Morales de Guzmán y Tevas, quien lo evacuó en 28 de octubre de 1793, enviando en 1797 otro plan de reforma opuesto al de Moratín. En 19 de diciembre de 1793 se acordó preguntar al corregidor de Madrid en qué estado tenía el manuscrito que se le remitió de Moratín.— M. Danvila, *Una carta de don L. F. de M.—Boletín de la Academia de la Historia*, tomo XXX, 1900, págs. 434-41, refiriéndose a unas cartas de Moratín, publicadas en unos apéndices de la obra *Autores dramáticos contemporáneos y Joyas del teatro español del siglo XIX*. Madrid, 1881, publicado por Novo y Colson.

Hartzenbusch, en la *Memoria* leída en la Biblioteca Nacional el 2 de febrero de 1868, confunde este memorial con otro poste-

tampoco logró ser bibliotecario del Príncipe de Asturias, como pretendía (1).

No limitándose a permanecer en Londres, visitó Winchester, Southampton, Gosport, Portsmouth, la isla de Wight, Bassingsthoke, Windsor, Hamptoncourt, Greenwich, Richmond, Chelsea y Kew.

Saturado Moratín de Inglaterra, emprende el 5 de agosto de 1793 su partida, encaminándose a Italia. Embarcó en Dower el 9 de agosto y el mismo día desembarcó en Ostende. De aquí salió el 10, y después de pasar por Brujas, Gante, Bruselas, Mastrick, Colonia, Nassau, Francfort, Manheim, Waghausel, Offemburg, Freyburg, Schaffhausen, Zurich, Lucerna, Lugano, Como, Milán, Parma, Módena, Bolonia y Florencia, el 16 de octubre llegó a Roma, deteniéndose en esta primera visita nueve días solamente.

Durante tan larga caminata husmeó todas las curiosidades y monumentos que encontró a su paso, consignándolo en sus cuadernos. Constantemente reniega de los posaderos ladrones que le saqueaban, y de los postillones, no menos bandidos; el 18 de septiembre, hallándose ya en Italia, y poco después de salir de Fiorenzuola, en pleno viaje, le

---

rior de Moratín en el que pretendía ser bibliotecario del Príncipe de Asturias.

(1) "He enviado al *Dux* un discurso sobre la instrucción que se debe dar al Príncipe, y una carta en que le digo que, si piensan en que no sea un rocín, es menester que le instruya como se debe y por el plan que propongo, y me parece que es el único practicable y conveniente, y que para llevarle a efecto es menester formar para el uso del Príncipe una biblioteca pequeña, pero muy escogida, y análoga a la instrucción propuesta en dicho discurso, y que, si quiere, yo creo poder desempeñar bien el cargo de bibliotecario de Su Alteza muy serena... Es cosa que he hecho con mucho cuidado; creo que hay en ella cosas buenas y, sobre todo, estoy seguro de que jamás habrá visto Su Excelencia otra mejor." Carta de Moratín a Melón, Londres, 14 de [¿junio?] de 1793.

robaron el baúl que contenía todos sus manuscritos, apuntes y traducciones, sumiéndole el incidente en la mayor desesperación, que se trocó en contentamiento al recuperarlo el día siguiente.

El 25 abandona Roma, y por Albano Velletri y Capua terminó su jornada el 27, permaneciendo en Nápoles hasta el 5 de marzo de 1794, fecha en que regresa a Roma, durando su estancia hasta el 25 de abril, en que se encaminó a Florencia. Después de ver Bolonia, salió el 13 de septiembre, dirigiéndose a Ferrara; en Lendinara se detuvo para visitar a su amigo Conti; el 26 llegó a Vicenza; el 28 a Padua, y el 1 de octubre a Venecia. El 29 de noviembre emprendió la vuelta por Ferrara, Bolonia, Plasencia, Novi, Génova, Turín, Milán, Mantua, Módena, Florencia y Roma. El 18 de marzo de 1796 salió de nuevo de Roma, se detuvo en Florencia, llegó a Bolonia el 24 y allí residió hasta el 11 de septiembre del mismo año; por Génova, San Remo y Niza arribó a Mahón el 6 de noviembre, embarcando el 7 de diciembre con rumbo a Cartagena, pero las nieblas y una violentísima tempestad a la vista de Málaga obligaron a la fragata *La Venganza*, a cuyo bordo iba, a tomar puerto en Algeciras, de donde partió el 20 de diciembre; pasó por Cádiz (1), Jerez, Alcalá de Guadaira, Sevilla, Carmona, Écija, Córdoba, Andújar, Bailén, Valdepeñas, Manzanares, Aranjuez y, al fin, el 5 de febrero de 1797 se halló en Madrid, hospedándose en casa de su tío Miguel.

Durante sus correrías, además de anotar cuidadosamente sus impresiones de viajero, describien-

(1) Fué detenido en las puertas de esta ciudad, según consta en su *Diario*, por llevar consigo *nueve onzas*, probablemente de tabaco; le sentenciaron y le encerraron en la cárcel, mas consiguió la libertad sobornando al escribano.

do prolijamente monumentos, museos, cuadros, estatuas, costumbres, etc., terminó la traducción de *Hamlet* (1); compuso una comedia con el título de *El tutor*, la que, después de leerla en Roma a su amigo el abate don Esteban Arteaga, y en vista del severo juicio de éste, destruyó seguramente, aunque es muy probable fuese refundida más tarde, constituyendo la trama de *El sí de las niñas*.

Sus dotes de observador detallista tuvieron quizá posterior influencia en la ordenación de los índices en las bibliotecas públicas españolas. El método de clasificación por papeletas sueltas que admiró en la biblioteca instalada en el palacio Farnese de Parma (19 a 22 de septiembre de 1793), fué aplicado tal vez por Moratín en la Biblioteca Real en 1811, al ser nombrado Bibliotecario Mayor, en substitución de los antiguos catálogos de autores por cuadernos, defectuosos, incómodos e inservibles al aumentar los fondos con obras de un mismo autor (2).

De vez en vez, en sus cartas a Melón, y previendo que a su regreso a España le haría falta más dinero, insiste en que le buscase alguna nueva pensión con que ayudar a las rentas de las que ya disfrutaba, fundando su pretensión en el resarcimiento a que creía tener derecho por los muchos gastos que le ocasionaron sus largos viajes y como recompensa a su constante aplicación más que a sus méritos; contaba para lograrlo con la protec-

(1) "¡Qué tragedia inglesa, intitulada *Hamlet*, tengo traducida de pies a cabeza!"—Carta a Melón, Bolonia, 6 de agosto de 1794.

(2) Véase *Viaje de Italia*, cuad. primero. En nuestra Biblioteca Nacional se conservan, como curiosidad, papeletas manuscritas con letra del comienzo del siglo XIX, exactamente iguales a las que describe Moratín.

ción continua de Godoy, a quien también escribió durante su viaje con los mismos fines (1).

Cediendo a sus instancias, Melón, al morir Samaniego, Secretario de la Interpretación de Lenguas, se apresuró a dirigir un memorial al duque de la Alcudia, pidiendo la vacante para Moratín, notificándoselo a éste y obteniendo el nombramiento con honores de Secretario de Su Majestad el 4 de octubre de 1796, aunque el agraciado no lo supo hasta febrero del año siguiente al llegar a Aranjuez, tomando posesión de su nuevo destino el 9 del mismo mes.

Un desdén de Moratín al Príncipe de la Paz le hizo caer en su enojo, pero a los pocos días recobró su gracia, continuando sus visitas como si nada hubiera sucedido.

---

(1) "He examinado con particular atención las Universidades y Colegios, los Museos, Gabinetes y Galerías más célebres, y entre estas últimas las de Bruselas y Colonia, la de la Universidad de Milán, la que llaman Ambrosiana en dicha ciudad, la escogida y magnífica del Duque de Parma, donde he hallado mucho que aprender en este ramo, y también las que hay en Módena y en esta ciudad, tan famosa en Europa por el estudio de las letras. Permítame V. E. que le diga con franqueza (aunque reservadamente) que he procurado instruirme con particularidad en este ramo, creyendo que podría llegar muy pronto la ocasión en que V. E. tuviera oportunidad de colocarme (si lo cree conveniente) en alguno de los establecimientos de esta clase que hay en Madrid. Bayer está viejo y don Miguel de Manuel es en mi opinión un sujeto de un mérito tan distinguido que no es creíble permanezca largo tiempo arrinconado entre los libros de San Isidro; cualquiera de estas dos plazas (y en particular la primera) sería conveniente para mí."—Carta al Duque de la Alcudia. Bolonia, 28 de septiembre de 1793. Publ. en el *Boletín de la Academia de la Historia*, tomo XXXVI, 1900, págs. 441-3.

Tal vez continuó sus gestiones con la misma pretensión, ya de vuelta en España y colocado en la Secretaría de Interpretación de Lenguas, pues en su *Diario* anota el 12 de agosto de 1802: "En coche a la Biblioteca de San Isidro con el Príncipe de la Paz."

Transcurrió plácidamente el año 1798, dedicado Moratín a la vida del perfecto covachuelista, haciendo viajes a Pastrana y reanudando sus viejas amistades; en el mes de mayo de este año conoció a Goya, y en el mismo mes vió por primera vez a Paquita Muñoz, la musa de *El sí de las niñas*.

En febrero de 1799, ya corregida, leyó *El barón* en casa de Tineo. En mayo, junio y julio volvieron a representarse *El viejo y la niña* y *La comedia nueva*. El 16 de julio, Goya comenzó a hacerle un retrato, y el 12 de diciembre fué presentado al sabio Humboldt, que viajaba por España, sometiendo a su juicio la traducción del *Hamlet* (1).

Para dignificar el teatro, remediar los males que arruinaban la escena y corregir las piezas dramáticas se formó una Junta de Dirección y Reforma de los teatros, compuesta del Gobernador del Consejo, como Juez protector de ellos, de un director, un censor, un corrector y un secretario. Correspondió la presidencia al general Cuesta, como gobernador, y a Moratín se le encomendó la dirección. Por edictos públicos ofreció la Junta conceder a los autores de tragedias y comedias seis premios anuales, que consistían en medallas de oro, el

(1) "Moratín le jeune était peut-être le poète que Humboldt connaissait le mieux. Sa pièce *Comedia nueva* venait d'être traduite en allemand. Il avait du goût pour la poésie anglaise. En 1799, il risque una traduction de *Hamlet*; c'était s'attaquer à forte partie; la rime étant difficile à manier pour son bout, il écrit en prose, et soumet son travail au jugement de Humboldt: "Moratín, écrit celui-ci, a traduit *Hamlet*. Il m'a prié de le comparer avec l'original et de lui faire mes observations là dessus. Je me mettrai aussitôt à ce travail." Humboldt examina réellement cette traduction; mais on peut douter qu'il en soit resté édifié, puisqu'il n'en dit ni bien ni mal."—A. Farinelli, *Guillaume de Humboldt et l'Espagne*, Torino, 1924, págs. 112 y 113.

Ya hemos visto que tenía el *Hamlet* terminado el 6 de agosto de 1794.

tres por ciento de las entradas que produjeran las representaciones durante diez años en todos los teatros de España, y el coleccionar las obras con el título de *Teatro español laureado;* también anunció la Junta la creación de una cátedra de declamación, convocando oposiciones a ella a principios de 1800. Ninguno de estos proyectos se realizó; la única labor de la Junta fué la publicación de veintiocho piezas, unas originales, traducidas otras, reunidas en seis tomos bajo el epígrafe de *Teatro nuevo español,* y la recogida de ejemplares de una larga lista de comedias cuya representación fué prohibida, y entre las que se contaban algunas de los clásicos. Tuvieron la primera reunión el 25 de noviembre de 1799 en casa del Corregidor, continuando las sesiones hasta que en la celebrada el 18 de febrero de 1800, el general, hombre irascible, anonadado por los razonamientos incontrovertibles con que le argumentaba nuestro autor, reprochándole el ser poco versado en el arte dramático, quiso convertir la pacífica comedia de la reunión en tragedia a lo vivo, intentando arrojar un tintero a la cabeza del asustado Moratín, quien fué exonerado de su cargo de director el 15 de julio siguiente. La salida de Moratín determinó el derrumbamiento de la fugaz e infructífera Junta, y don Leandro fué nombrado, por Real orden comunicada, Director de los teatros, puesto al que renunció, convencido de la inutilidad de sus esfuerzos en pro de la purificación histriónica.

Transcurrieron los años 1801 y 1802 sin suceso notable que alterase la paz moratiniana. Sus amores con Paquita; las reuniones, en casa de don Juan Tineo, de la sociedad bautizada por don Leandro con el extravagante nombre de los *Acalófilos;* el afán de las lecturas íntimas de sus producciones, más exacerbado si cabe en este tiempo que en épo-

cas anteriores; los ensayos con los cómicos y la asistencia a los palcos de los teatros; los inevitables y frecuentes viajes a Pastrana; Moratín era completamente feliz: amaba, se divertía y ahorraba.

El 4 de enero de 1803, ignoramos con qué motivo, sacó don Leandro testimonio autorizado por el escribano Antonio de Pineda, de la información de limpieza de sangre e hidalguía de sus antecesores, hecha en Salas (Asturias) en abril de 1719 (1). Acaso esperaría alguna nueva prebenda.

El 28 de enero del mismo año de 1803, corregido, remozado y sin la música que le había puesto don José Lidón cuando era zarzuela, se estrenó en el teatro de la Cruz *El barón*, que en esta primera representación fué ruidosamente protestado gracias a las intrigas de los partidarios de la compañía del teatro de los Caños del Peral, capitaneados por don Vicente García de la Huerta, quien no perdonaba a Moratín la sátira *La Huerteida*, composición muy difundida entre los literatos de la época, aunque nunca fué publicada. Antes, don Dámaso de la Torre, que pertenecía a la Asociación sostenedora del teatro de los Caños, tomando como testaferro a don Andrés de Mendoza, capitán de la Inspección de Caballería, convenció a éste para que desfigurando el manuscrito de *El barón*, que, como hemos visto, corría ya entre los aficionados en 1787, aunque lleno de errores y alteraciones, pergeñase una comedia, estrenada con el título de *La lugareña orgullosa*, en los Caños el 8 de dicho mes, complaciendo con ello especialmente a Máiquez, enemistado con Moratín, y al *pedancio* don Cristóbal Cladera. La intriga la descubrió el don Dámaso, años más tarde, cuando se hizo amigo

(1) Cotarelo, *Iriarte y su época*, pág. 522.

de Moratín. La fatuidad del Mendoza llegó hasta invitar al despojado a la lectura de *La lugareña* ante los cómicos. En la segunda representación, al día siguiente, ya sin *reventadores*, *El barón* gustó.

El 19 de mayo de 1804, convenientemente corregida, estrenó en el teatro de la Cruz *La mojigata*, sin contratiempo ni alboroto popular.

Lo más saliente en la vida de don Leandro en 1805 es el cumplimiento ciudadano de hacer guarda de sanidad diversas veces en la puerta de los Pozos y en la de Alcalá, para impedir la entrada de apestados andaluces.

El 24 de enero de 1806 se representó por primera vez, en el teatro de la Cruz, *El sí de las niñas*, que obtuvo un éxito completo, al que contribuyó con su presencia Godoy, aunque no faltaron detractores que pública o privadamente le censurasen y aun injuriasen al autor. Al mes siguiente fué representado *El sí* en Zaragoza por aficionados aristócratas. Del 29 de marzo al 5 de abril residió Moratín en Toledo.

El 9 de diciembre trató de su casamiento con Paquita y su madre. Aunque nada dice en su *Diario*, en este año estuvo enfermo una temporada, según confiesa en nota al *Romance a Geroncio*, en el que una vez más satirizó a Cladera.

El 20 de febrero de 1807 compró la casa de la calle de Fuencarral, a la que se mudó para vivir en ella, después de costosas reparaciones, el 16 de noviembre siguiente. El 7 de septiembre de este año supo que su adorada Paquita se casaba con otro.

El motín de Aranjuez contra el Príncipe de la Paz repercutió el 18 de marzo de 1808 en Madrid, durante cuyo día y los siguientes el pueblo se entretuvo en saquear e incendiar las casas del favorito, de sus parientes y allegados.

No se había señalado Moratín como apasionadísimo adulador de Godoy, pero don Leandro tenía infinitos enemigos, y más de una vez había concitado contra él las iras populares al estrenar sus comedias; era notoria, además, la protección que el Príncipe le dispensó constantemente. Al estallar el tumulto, que el gobernador militar Negrete, enemigo personal de Moratín, no quiso reprimir, fué nuestro don Leandro una de las víctimas, teniendo que escapar de su casa, refugiándose en la de Conde, y después huir con éste a Vitoria cuando las tropas francesas evacuaron Madrid al conocerse nuestra victoria de Bailén, siéndole embargados sus bienes, que no le fueron devueltos, a pesar de las oportunas reclamaciones que en memorial de 8 de noviembre de 1808 hizo su tío Nicolás Miguel (1), pidiendo que de las propiedades secuestradas a su sobrino se le señalara lo que se juzgara suficiente para remediar sus males y miserias (2).

Pudo regresar a Madrid cuando el ejército francés ocupó nuevamente la Corte, y aunque desposeído de sus inmuebles, continuó disfrutando de su destino y sueldo en la Secretaría, aunque sus enemigos hicieron todo cuanto en su mano estuvo para despojarle de ambos (3). En esta época conoció a

(1) El memorial lo firma don *Nicolás Fernández de Moratín*, que no es otro sino su tío Miguel, tantas veces aludido en el *Diario*, y que se llamaba también Nicolás como su hermano, el padre de nuestro autor, aunque familiarmente le llamasen a aquél Miguel para diferenciarlos. No se trata, pues, como algunos biógrafos aseguran creyendo equivocado el nombre Nicolás, de don Manuel, tío carnal paterno de don Leandro.—Véase: Pedro Roca, *Vida y escritos de don José Antonio Conde*, Madrid, 1905, páginas 80 y 81.

(2) Archivo Histórico Nacional. Papeles de la Presidencia del Consejo de Castilla. (Publicado por V. Vignau en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 1898, t. II, págs. 221-2.)

(3) Véase A. González Palencia, *Una ofuscación de Moratín*; y F. Ruiz Morcuende, *Moratín, Secretario de la Interpretación*

don Manuel Silvela, que a la sazón ejercía las funciones de Alcalde de Corte e individuo de la Junta Criminal, y cuya amistad le fué utilísima hasta el fin de su vida.

En 1811 fué nombrado por el rey José Bonaparte Bibliotecario Mayor de la Biblioteca Real, cargo que aceptó con gran júbilo, por haber sido una de sus constantes aspiraciones. En la Biblioteca Real pudo poner en práctica cuantas ideas de renovación le sugirieron las múltiples visitas a otras bibliotecas, realizadas durante sus viajes. También fué nombrado Caballero del Pentágono, orden nueva creada por el rey José.

El 17 de marzo de 1812, ya reconciliado con Máiquez, estrenó en el reconstruído teatro del Príncipe (le había destruído un incendio el 11 de julio de 1802) la traducción de la obra de Molière *La escuela de los maridos*, que obtuvo buen éxito. Fué gran acierto de Moratín el no traducir rigurosamente el original, omitiendo, abreviando y aumentando párrafos enteros; alteró escenas, puso otras nuevas, suprimió las digresiones relativas a los trajes que se usaban en Francia en 1611, justificó las entradas y salidas de los personajes y suavizó los incidentes violentos, simplificando el desenlace.

Es demasiado notable la semejanza que esta obra de Molière guarda con una comedia de don Antonio Hurtado de Mendoza, titulada *El marido hace mujer y el trato muda costumbre*, por lo que no sin razón se sospecha que el autor francés imitó la comedia de Mendoza (1).

---

de Lenguas, Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid, 1933.

(1) "Difilo de Sinope dió a Terencio el asunto de su comedia *Adelphi* o *Los hermanos*, y Terencio sugirió, se dice, la suya a Molière.

"Pero mucho antes contaba ya la escena española con una obra

El 10 de agosto de 1812, la derrota de los Arapiles obligó al ejército francés a evacuar Madrid, retirándose a Valencia, y allá con ellos fué el asendereado don Leandro, enfermo, y no hizo el viaje a pie porque la actriz Mariquita García, que iba en coche con don Manuel de la Prada, logró que éste le cediese un asiento. Llegó a Valencia a primeros de septiembre, quebrantadísimo por el viaje, y, afortunadamente, encontró a su amigo Estala, quien le proporcionó habitación en el Seminario de Nobles, y comida en su propia casa, haciéndole olvidar de tal modo su infortunio, que aunque salió un convoy para Zaragoza con los refugiados de Madrid, él permaneció allí.

Nuevamente tuvo que huir el rey José con sus tropas, y Moratín, pesaroso, salió el 3 de julio, en calesín, con doña Teresa Iraburu; al llegar a Murviedro volcó el carruaje, rompiéndose doña Teresa una clavícula, y perdiendo en el accidente su cofre nuestro autor. Intentó quedarse en Castellón,

---

excelente con el mismo argumento y, por suerte, más semejante al de la obra francesa. La semejanza es tal, que difícilmente puede creerse que Molière no haya tenido a la vista la comedia del montañés D. Antonio Hurtado de Mendoza, titulada *El marido hace mujer y el trato muda costumbre*, que fué impresa en 1636, esto es, veinticinco años antes que la obra francesa. Molière estrenó su comedia en el Palais Royal el 4 de junio de 1661, un año después del matrimonio de Luis XIV con María Teresa, hija de Felipe IV. A la nueva Reina de Francia había acompañado a París una compañía de actores españoles, dirigida por el gallardo Sebastián de Prado y Francisca Bezón, hija de don Francisco de Rojas Zorrilla. Los cómicos españoles dieron muchas representaciones en París, alguna en el teatro del propio Molière, que se lo cedió con este objeto; no sería, pues, de extrañar que allí viese éste la representación de *El marido hace mujer* y le inspirase el deseo de imitarla. Algunos personajes de su obra ofrecen tales coincidencias, que no parece pudiesen ser escritas independientemente una de otra."—E. Cotarelo Mori, *Estudios de Historia Literaria de España*. Madrid, 1901, t. I, págs. 347 y sigs.

y luego en Vinaroz; mas amedrentado porque por aquellas tierras combatía el guerrillero *el Fraile* con cuatro mil patriotas a sus órdenes, se quedó en Peñíscola, adonde llegó el 9 de julio de 1813. Refugiado en el castillo, como todos los afrancesados, padeció terribles privaciones y pavorosas zozobras, pues los españoles con su continuo fuego artillero derrumbaban lentamente la fortaleza, sitiando estrechamente la plaza, durando el asedio hasta mayo de 1814. El 13 de este mes, y antes que la guarnición se retirase, salió Moratín solo, dirigiéndose a las líneas españolas, y a punto estuvo de perecer al descubrirle y detenerle un centinela; pero dándose a conocer, le dejaron los jefes del puesto escapar, dirigiéndose a Vinaroz. Oculto en esta población, esperó a que terminase la retirada de las tropas francesas de Murviedro y Peñíscola, y, libre ya el camino, volvió a Valencia el 3 de junio.

Creyóse, por fin, seguro, pues vuelto a España Fernando VII se dictaron decretos por los que se clasificaba a los empleados públicos que el rey José tuvo a su servicio, determinándose los que habían de quedar en España perdonados, y los que deberían desterrarse a Francia; Moratín pensó que estaba comprendido entre los primeros y escribió al gobernador militar general Elío, quien envió a su ayudante para que le condujese a su presencia. Poco faltó para que Elío no le matase, reprochándole duramente su afrancesamiento, ordenando colérico que fuese arrestado en la ciudadela; sin querer escuchar a los muchos que se interesaron (entre ellos su misma esposa) por su libertad, le mandó embarcar en una goleta el 21 para que con otros desterrados se le condujese a Francia.

El furor de Elío puede tener explicación en la conducta que siguió Moratín durante su estancia

en Valencia en 1812. Dejándose arrebatar por su afrancesamiento, escribió una oda *Al nuevo plantío que mandó hacer en la Alameda de Valencia el Mariscal Suchet*, en la cual, entre otras tonterías antipatrióticas, compara al mariscal nada menos que con el Cid. Posteriormente, Moratín trató de justificar la que sin duda fué una momentánea obcecación producida por el despecho de vivir errante, sin dinero, y a merced de los vaivenes desafortunados del ejército francés.

A poco de salir del puerto la goleta se desató un furioso temporal; estuvieron cinco días en peligro de estrellarse contra la costa, arribando a Barcelona, donde desembarcó, presentándose inmediatamente al general barón de Eroles, que le recibió muy bien, dejándole que permaneciese libre en la ciudad, sin más obligación que la de presentarse a diario en casa del gobernador, y prometiéndole que escribiría a la Corte para resolver en definitiva sobre su situación.

Su penuria le obligó a alojarse en una mala posada del Carrer den Petrixol, pagando por todo el pupilaje tres pesetas diarias. Continuamente esperaba que apareciese en la *Gaceta* la declaración de hallarse exento del destierro, y la devolución de sus bienes y el disfrute de sus rentas, haciendo proyectos para volver a Valencia; pero los decretos no se publicaron tan pronto como imaginaba y, desesperado, a punto estuvo de dejarse morir de hambre. Abierto el juicio de purificación en Madrid y Valencia, en el que declararon veinte testigos, se resolvió por Real orden de 13 de octubre de 1814 que no estaba comprendido en el artículo 1.° del decreto de 13 de mayo, esto es, que se le absolvía de la pena de secuestro, pudiendo residir en cualquier lugar que distase de la Corte veinte leguas al menos; mas de Madrid vino la orden de que residiese en Bar-

celona, y tuvo que resignarse a continuar allí, sin que se alzase el embargo de sus bienes.

Pronto se hizo con nuevos amigos, particularmente entre los cómicos, quienes le reservaron gratis en el teatro un asiento de luneta. Correspondiendo a estas atenciones, entregó a Felipe Blanco, para que la estrenase el día de su beneficio, una traducción de *Le médecin malgré lui*, de Molière, con el título de *El médico a palos*, representándose el 5 de diciembre de 1814. Buena parte del plan de la obra en español es original de Moratín (1).

El 12 de mayo de 1815 le fueron devueltos oficialmente sus bienes (excepto la huerta y casa de Pastrana, que se le restituyeron en 16 de noviembre de 1816), y con ello se alivió algo la mísera situación de Moratín, aunque no percibía sus rentas eclesiásticas de Montoro y Oviedo.

En julio de 1816 se casó doña María Fernández

(1) "Creemos que Moratín tendría escrita esta obra de algún tiempo antes, aparte que en 1812 se decía despedido del teatro, porque en el mismo año de 1815 aparece fechada y se representó en los teatros de Madrid otra traducción de la comedia de Molière con el título de *El médico por fuerza* [Archivo dramático del Ayuntamiento de Madrid. L. 1-28-211, pero que en su mayor parte responde al texto genuino de Moratín.

"Pudiera creerse que, o bien esta traducción sea la primitiva hecha por Moratín, o bien que alguno aprovechó su obra y, para disfrazar el hurto, le añadió algunos pasajes, unos tomados del original francés y otros de su invención propia. Esto último sería más verosímil, sobre todo atendiendo a lo débiles que son los trozos añadidos, si no pareciese imposible que desde el 5 de diciembre y antes de acabarse el año, hubiese tenido tiempo de llegar a Madrid la obra moratiniana, sufrir tantas reformas y aparecer en el teatro."—E. Cotarelo y Mori, *Estudios de Historia Literaria de España*, t. I, págs. 355 y sigs.

Moratín fué ajeno a la representación de esta traducción en los teatros madrileños. En carta a don Dionisio Solís, fechada en Barcelona el 2 de diciembre de 1815, dice: "Nada sé de lo que ha ocurrido con *El médico a palos*, y espero que usted tendrá la bondad de contármelo *c* por *b*".

de Moratín, sobrina de don Leandro, con el íntimo amigo de éste, don José Antonio Conde, y a pesar de ser notable la diferencia de edad del cónyuge sobre su esposa, la boda contentó mucho a Moratín, pues por gratitud a su tío Miguel, padre de doña María, se encargó de la educación y mantenimiento de su sobrina, a la que no abandonó pecuniariamente ni aun en los momentos más difíciles.

Temeroso de la Inquisición, que comenzaba a perseguirle (habían prohibido ya la representación de dos de sus obras), y viendo que se dilataba la concesión del permiso que solicitó del rey para que se le permitiera ir a Italia, fingiendo una enfermedad para la que le prescribieron los médicos amigos los baños de Aix, obtuvo un pasaporte, y en septiembre de 1817 se refugió en Montpellier, en donde residió agradablemente y libre de sobresaltos, hasta que el 13 de marzo, cediendo a las reiteradas instancias de Melón, se encaminó a París, viviendo en su compañía. A mediados de mayo de 1820 marchó a Bolonia, llegando en la primera mitad de junio.

Siempre inquieto, sale el 2 de septiembre de Bolonia, y el 11 de octubre vuelve a Barcelona nuevamente.

El 15 de enero de 1821 fué nombrado juez de imprenta, para determinar la delincuencia de las publicaciones, por el Ayuntamiento de Barcelona. Este cargo, aunque honorífico, demuestra la gran estimación en que le tenían los catalanes, por lo cual no es extraño que se encontrase satisfecho de su estancia, que hasta una templada temperatura contribuía a hacerle plácida.

Aún se acordaban en Madrid de Moratín; a comienzos de este año de 1821 anunciaban los periódicos una comedia de otro autor, a nombre de don Leandro, quien procuró inmediatamente deshacer el equívoco, temeroso del inoportuno recuerdo.

El 7 de agosto de 1821 empezaron a manifestarse en Barcelona los primeros casos de una epidemia de peste, que obligó a Moratín a escapar de Barcelona, en compañía de don Manuel García de la Prada, a cuya generosidad debía, entre múltiples favores, el que a su costa se imprimieran este año las *Obras póstumas* de don Nicolás.

Llegó a Bayona de Francia en septiembre, y desde allí escribió el 28 a don Manuel Silvela preguntándole si con su escaso caudal podría vivir en Burdeos. La respuesta fué afirmativa, y allá se encaminó, instalándose el 11 de octubre en un piso de la calle de Fossées de l'Intendance, número 20, mudándose a poco al *Hôtel Barada*, donde Silvela tenía establecido su colegio para españoles.

El 4 de diciembre de 1821 fué elegido académico; pero pudo más su miedo que su vanidad, y no intentó siquiera volver a España para tomar posesión (1). La Academia que quiso contar a Moratín entre sus miembros fué la Academia Nacional, creada por el Reglamento general de Instrucción pública del año 1821, y en la que se fusionaban las ya existentes. Tenía por objeto la conservación, propaganda y perfeccionamiento del saber humano, siendo 48 sus miembros y tres sus secciones:

(1) "Al llegar aquí, recibí la favorecida de usted del 3 del corriente, y la enhorabuena de mi nueva exaltación; nada sé de oficio. Si llega el caso (que probablemente no llegará) de que yo reciba el diploma correspondiente, quisiera tener sabido con anticipación qué estimación tiene esta clase de papel en esa plaza, para reducirlo a metálico sonante."—Carta a Prada, Burdeos, 12 de enero de 1822. "Estoy bueno, y luego que halle una mula de alquiler segura y una bota y unas alforjas buenas, una montera y una anguarina, me pondré en camino para tomar posesión de mi nueva dignidad literaria. El cónsul me comunicó de oficio la plausible noticia, y estoy esperando a que haya un ministro a quien poder dirigir la carta de gracias, con lo cual queda concluído y redondeado este negocio hasta la consumación de los siglos."—Carta a Melón, Burdeos, 20 de enero de 1822.

Literatura y Artes, Ciencias Físicas y Matemáticas y Ciencias Morales y Políticas (1).

En febrero de 1822 había terminado de coleccionar sus *Obras sueltas*, aunque sin esperanzas de publicarlas.

En agosto de 1823 Silvela trasladó su colegio a la rue Porte Dijeaux y con él se mudó Moratín también. Había encontrado en Silvela y en su familia un afecto singular y un desinteresado cariño que le permitían vivir en una dulce paz como no pudiera ni aun soñar en los difíciles tiempos por los que, bien a su pesar, había atravesado. En las

(1) El secretario del Ministerio de la Gobernación había mandado al de Estado la siguiente comunicación: "Por decreto del 4 del próximo pasado se ha servido el Rey nombrar a don Leandro Fernández de Moratín individuo de la clase de Literatura y Artes de la Academia Nacional, que las Cortes han decretado se establezca en esta capital por el art. 108 del Reglamento general de Instrucción pública. Y habiendo llegado indirectamente a noticia de este Ministerio que dicho interesado reside actualmente en Burdeos, lo comunico a V. E. de Real orden, a fin de que por medio del cónsul de España en aquella ciudad se sirvan participarle la gracia que S. M. se ha dignado dispensarle. Madrid, 24 de enero de 1822". Y el de Estado, Bardaxí, la trasladó al cónsul de Burdeos, don Isidoro Montenegro, quien ofició a Moratín algunos días más tarde, contestándole éste:

"Muy señor mío: He recibido el oficio de V. E., con su fecha del 17 del corriente, copiándome el que le dirigio el excelentísimo señor secretario de Estado, en el que se incluye el aviso dado a este último por el excelentísimo señor secretario de la Gobernación, de haberse dignado S. M. de nombrarme individuo de la Academia Nacional, nuevamente establecida en Madrid en la clase de Literatura y Artes. Este favor con que S. M. me honra, excitando mi agradecimiento, me constituye en la obligación de emplear todo mi celo y mis cortas luces, unido a los demás individuos de aquella Academia, en cuanto pueda contribuir a los progresos de la Instrucción pública, tan necesarios a la nación como lo manifiesta el desvelo particular con que S. M. se dedica a fomentarlo. Dios guarde a V. S. muchos años. Burdeos, 25 de enero de 1822.—Leandro Fernández de Moratín. Señor don Isidoro de Montenegro."—M. Núñez de Arenas, *Moratín, académico*, artículo publicado en *La Voz*, Madrid, 13 de junio de 1927.

cartas que durante esta época escribió a su íntimo Melón le aconsejaba constantemente que abandonase España y fuera a vivir a Burdeos si quería hallar la tranquilidad en su vejez.

Pudo con sosiego acabar Moratín los *Orígenes del teatro español*, obra en la que trabajó durante toda su vida y en la que cifró tan ardientemente sus esperanzas, que muy a menudo en sus epístolas decía que si no encontraba editor que remunerase su publicación espléndidamente, quemaría el manuscrito antes de morir.

Tuvo Moratín la satisfacción de que tradujesen sus comedias al francés, mas no tan pulcra y fielmente como él deseara, y aun *El sí de las niñas* se representó en dos teatros de París simultáneamente, aunque estropeado, con música y coplas intercaladas.

A fines de 1825 sufrió don Leandro un amago de apoplejía, del que prontamente se repuso.

Cansado de las marrullerías de los labriegos de Pastrana, que con mil pretextos, desde 1808, no le pagaban renta ninguna por su casa y huerta, el 11 de enero de 1826 las donó al Real Establecimiento de Niños Expósitos de Madrid (1).

El 12 de agosto de 1827 Silvela marchó a París para buscar un nuevo alojamiento a su colegio, y en diciembre siguiente su familia, con Moratín, se trasladó a la capital francesa, donde éste tuvo la alegría de que a poco se le reuniera por última vez su íntimo Melón.

El mismo día 12 de agosto de 1827 hizo don Leandro su testamento. En él aparece que la Real Hacienda española le era deudora de 58.544 reales

(1) La huerta fué comprada por don Ramón de Mesonero Romanos, en 1856, al salir a subasta en cumplimiento de la ley de desamortización de bienes nacionales.

y 24 maravedís, en razón de un empréstito que se verificó en Córdoba a su nombre por mano de don Rafael Cabezas, en 1809, y con la obligación de reintegro, que no se cumplió, a pesar de las reiteradas gestiones de Moratín. Asimismo le eran deudores don Juan Grassot, comerciante de Barcelona, por valor de 78.000 reales que le entregó en depósito y que perdió al quebrar Grassot; el obispo de Oviedo por más de 70.000 reales de la pensión anual que Moratín debía percibir y que el eclesiástico tuvo a bien no pagar durante muchos años; y la villa de Montoro, que tampoco le pagó, después de su huída de España, los productos del beneficio que tenía en la iglesia de San Bartolomé.

El 22 de mayo de 1828 comenzó su última enfermedad, que terminó con su existencia el 21 de junio del mismo año. Recibió sepultura en el cementerio del Père La Chaise, erigiéndole Silvela un monumento funerario entre las tumbas de Molière y Lafontaine, en el que se leían las siguientes inscripciones: *Aquí yace | don Leandro Fernández de Moratín | Insigne poeta cómico y lírico | Delicias del Teatro Español | De inocentes costumbres y de amenísimo ingenio | Murió el XXI de junio de MDCCCXXVIII.*

Hic jacet Hesperiae decus, inmortale Thalía | omnibus que carum patriae lugebit civem | Nec procul hic jacet cujus vestigia seculus | magnus scenae parens, proximus et tumulo | Et post fata colit foedus amicitia | Manuel Silvela.

En el mismo sepulcro fueron enterrados más tarde don Manuel Silvela y su esposa doña Micaela García de Aragón.

Al fallecer Donoso Cortés en París en 1852, se pensó en trasladar a España sus restos, y en 15 de julio de 1853 se decretó que al mismo tiempo se trajesen los de Moratín y los de Meléndez Valdés.

Así se hizo, trasladándoseles el 12 de octubre de 1853 a la Colegiata de San Isidro, en cuya cripta permanecieron olvidados hasta que en abril de 1899, siendo ministro de Fomento el Marqués de Pidal, influído por la lectura del folleto de don Manuel de Mesonero Romanos, titulado *Las sepulturas de los hombres ilustres en los cementerios de Madrid*, mandó realizar una investigación, que dió por resultado el hallarlos de nuevo. El 11 de mayo de 1900, las cenizas de Moratín, de Goya, de Meléndez Valdés y de Donoso Cortés fueron conducidas con procesional pompa al cementerio de San Isidro de esta Corte.

En 1884, por iniciativa de don Manuel Ruiz Zorrilla y de don Nicolás Salmerón, la colonia hispanoamericana de París costeó una gran lápida de mármol blanco, en la que la Poesía y la Comedia lloran a Moratín, cuyo busto luce en la parte superior ornado de palmas y laureles; dicha lápida, por su peso y tamaño excesivos, no pudo ponerse en la fachada de la casa número 33 de la rue de Montreuil, en que murió Moratín; más tarde se gestionó su colocación en la parroquia de San Sebastián, de Madrid, siendo rechazada por su carácter pagano, y al fin se instaló en el vestíbulo de la Real Academia de Bellas Artes.

* * *

El afrancesamiento de Moratín, platónico antes de la invasión y activo después de asentar su efímera dominación las huestes napoleónicas, es consecuencia de las mismas causas que determinaron el de todos los hombres eminentes de su tiempo: influencia de la cultura e ideas liberalmente renovadoras francesas; corrupción escandalosa de la corte de Carlos IV y María Luisa; exacto conoci-

miento de la mentalidad y sentimientos, latentes entonces y pujantes luego, de Fernando VII; e inconsciente volubilidad fanática del populacho, fácil a toda clase de opuestos entusiasmos. Unido esto al *miedo*, rasgo predominante de su carácter, confesado ingenua y claramente repetidas veces por nuestro Inarco Celenio, se comprenderá el fervor, desdichado e inoportuno en ocasiones, que sentía por lo transpirenaico.

Lo que en un principio fué contemplación admirativa, más tarde se convirtió en pasión convicta. Sin embargo, más de una vez se arrepintió de haber aplaudido a los que creía libertadores, denominándoles despectivamente *gabachina*, aunque en verdad no podía quejarse de las consideraciones con que le distinguió el fugaz y bienintencionado monarca José I.

Tenía don Leandro, quizá exageradamente, conciencia de su mérito, debido al constante esfuerzo personal, y las veleidades persecutorias de sus compatriotas le hirieron certeramente en su amor propio.

* * *

Achaque antiguo en España fué el discutir y recomendar la observancia de las tres ponderadas *unidades de acción, lugar y tiempo* aplicadas al arte de hacer comedias. Cervantes, ante las audacias de Lope, que conociéndolas no las tuvo nunca en cuenta, dedicó a esta fría preceptiva un capítulo de *El ingenioso hidalgo* (1). Asimismo el Pinciano y Torres Naharro defendiéronlas, aunque sin resultado. Moratín se empeñó en denodada lucha para resucitarlas, guiado principalmente por la *Poética* de Boileau.

(1) El XLVIII de la Primera parte.

Doliase don Leandro de que *el número de poetas crecía en proporción de la facilidad que hallaban para escribir, habiendo reducido a dos axiomas toda su poética: Primero. Que las obras de teatro sólo piden ingenio. Segundo. Que las reglas observadas por los extranjeros no eran admisibles en la escena española* (1).

Exasperábale que los extranjeros enderezasen sus diatribas tachándonos de insubordinados e inobservantes de lo que para ello era medula en las obras dramáticas, desvelándole los ataques de Cuadrio, La Harpe, Bettinelli y Caymo, y queriendo anudar todos los cabos aducía como supremo razonamiento para convencer a los remisos que no se debía citar *el ejemplo de grandes poetas que las abandonaron, puesto que si las hubieran seguido, sus aciertos serían mayores* (2), y orgullosamente mostraba los palpables beneficios de sujetarse a ellas, confesando que sabía experimentalmente que *en el éxito que tuvieron sus obras cómicas, representadas y leídas, vió logrado el fin que se propuso al componerlas; que dió en ellas el ejemplo práctico de que la observancia de las reglas asegura el acierto si el talento las acompaña, y que el arte dramática, como todas las demás, resulta de principios certísimos e inalterables, sin cuyo conocimiento los mejores ingenios se precipitan y se malogran* (3).

Sus ideas sobre el teatro perfecto, tal como él lo concebía, las puntualiza en las siguientes líneas:

"*Sentado el principio de que toda composición cómica debe proponerse un objeto de enseñanza, desempeñado con los atractivos del placer, concibió*

(1) Prólogo de sus obras, ed. Ac. II.ª, t. II; parte primera, páginas XVI y siguientes.

(2) Ibíd.

(3) Ibíd.

Moratín que la comedia podía definirse así: "IMITACIÓN EN DIÁLOGO *(escrito en prosa o verso)* DE UN SUCESO OCURRIDO EN UN LUGAR Y EN POCAS HORAS ENTRE PERSONAS PARTICULARES, POR MEDIO DEL CUAL, Y DE LA OPORTUNA EXPRESIÓN DE AFECTOS Y CARACTERES, RESULTAN PUESTOS EN RIDÍCULO LOS VICIOS Y ERRORES COMUNES EN LA SOCIEDAD, Y RECOMENDADAS, POR CONSIGUIENTE, LA VERDAD Y LA VIRTUD" (1).

En sus obras originales, fiel a este sentir, siguió las reglas escrupulosamente.

Mas en las traducciones, exceptuando *La escuela de los maridos*, tuvo que claudicar, prescindiendo, o de alguna unidad, como en *El médico a palos*, o de todas, como en *Hamlet*.

Tan estricto y menguado criterio fué el lastre plúmbeo que impidió a Moratín remontarse, arrastrándole a la manía descontentadiza de pulir y limar cuanto de su pluma salía, contrastándolo mil veces con la lectura ante sus amigos.

Esta fué la causa de su limitada producción; quedó inerme para la lucha franca contra la hostilidad de los espectadores que necesariamente tiene que afrontar el autor dramático. Todo le fué favorable, y si hubiese dejado fluir libre su talento, habría sido el árbitro de los teatros; pudo y no supo conquistar definitivamente al público alborotador que llenaba entonces los coliseos.

Su mayor contradictor fué él mismo; al encarnar el *Don Hermógenes* de *El café*, lanzaba sin sospecharlo la más tremenda acusación contra las absurdamente ridículas encauzadoras reglas.

Pero no fué estéril el combatiente esfuerzo de Moratín; si de momento continuaron los desafueros escénicos, su labor, próvidamente beneficiosa, abrió

(1) Ibíd.

los surcos en que fructificaron las tendencias modernas.

Lejos de empequeñecerla, agiganta su figura este gran defecto; Moratín fué un genio dramático, A PESAR DE LAS TRES UNIDADES.

* * *

Moratín dejó explícita su opinión sobre *La comedia nueva* en el siguiente prólogo:

Esta comedia ofrece una pintura fiel del estado actual de nuestro teatro; pero ni en los personajes ni en las alusiones se hallará nadie retratado con aquella identidad que es necesaria en cualquiera copia para que por ella pueda indicarse el original. Procuró el autor, así en la formación de la fábula como en la elección de los caracteres, imitar a la Naturaleza en lo universal, formando de muchos un solo individuo.

De muchos escritores ignorantes que abastecen nuestra escena de comedias desatinadas, de sainetes groseros, de tonadillas necias y escandalosas, formó un don Eleuterio; de muchas mujeres sabidillas y fastidiosas, una doña Agustina; de muchos pedantes erizados, locuaces, presumidos de saberlo todo, un don Hermógenes; de muchas farsas monstruosas, llenas de disertaciones morales, soliloquios furiosos, hambre calagurritana, revista de ejércitos, batallas, tempestades, bombazos y humo, formó El gran cerco de Viena; *pero ni aquellos personajes ni esta pieza existen.*

Don Eleuterio es, en efecto, el compendio de todos los malos poetas dramáticos que escribían en aquella época, y la comedia de que se le supone autor, un monstruo imaginario, compuesto de todas las extravagancias que se representaban entonces en los teatros de Madrid. Si en esta obra se hubie-

sen ridiculizado los desaciertos de Cañizares, Añorbe o Zamora, inútil ocupación hubiera sido censurar a quien ya no podía enmendarse ni defenderse.

Las circunstancias de tiempo y lugar que tanto abundan en esta pieza deben ya necesariamente hacerla perder una parte del aprecio público, por no haber desaparecido o alterádose los originales que imitó; pero el transcurso mismo del tiempo la hará más estimable a los que apetezcan adquirir conocimiento del estado en que se hallaba nuestra dramática en los veinte años últimos del siglo anterior. Llegará sin duda la época en que desaparezca de la escena (que en el género cómico sólo sufre la pintura de los vicios y errores vigentes), pero será un monumento de historia literaria, único en su género, y no indigno tal vez de la estimación de los doctos.

Luego que el autor se la leyó a la compañía de Ribera, que la debía representar, empezaron a conmoverse los apasionados de la compañía de Martínez. Cómicos, músicos, poetas, todos hicieron causa común, creyendo que de la representación de ella resultaría su total descrédito y la ruina de sus intereses. Dijeron que era un sainete largo, un diálogo insulso, una sátira, un libelo infamatorio, y bajo este concepto se hicieron reclamaciones enérgicas al Gobierno para que no permitiera su publicación. Intervino en su examen la autoridad del presidente del Consejo, la del corregidor de Madrid y la del vicario eclesiástico; sufrió cinco censuras, y resultó de todas ellas que no era un libelo, sino una comedia escrita con arte, capaz de producir efectos muy útiles en la reforma del teatro.

Los cómicos la estudiaron con esmero particular y se acercaba el día de hacerla. Los que habían dicho antes que era un diálogo insípido, temiendo que tal vez no le pareciese al público tan mal como

a ellos, trataron de juntarse en gran número y acabar con ella en su primera representación, la cual se verificó en el teatro del Príncipe el día 7 de febrero de 1792.

El concurso la oía con atención, sólo interrumpida por sus mismos aplausos; los que habían de silbarla no hallaban la ocasión de empezar, y su desesperación llegó al extremo cuando creyeron ver su retrato en la pintura que hace don Serapio de la ignorante plebe que en aquel tiempo favorecía o desacreditaba el mérito de las piezas y de los actores, y tiranizando el teatro, concedía su protección a quien más se esmeraba en solicitarla por los medios que allí se indican. El patio recibió la lección áspera que se le daba con toda la indignación que era de temer en quien tan mal dispuesto iba a recibirla; lo restante del auditorio logró imponer silencio a aquella irritada muchedumbre y los cómicos siguieron más animados desde entonces y con más seguridad del éxito. Al exclamar don Eleuterio en la escena VII del acto II: ¡PICARONES! ¿CUÁNDO HAN VISTO ELLOS COMEDIA MEJOR?, *supo decirlo el actor que desempeñaba este papel con expresión tan oportunamente equívoca, que la mayor parte del concurso, aplicando aquellas palabras a lo que estaba sucediendo, interrumpió con aplausos la representación. La turba de los conjurados perdió la esperanza y el ánimo, y el general aprecio que obtuvo en aquel día esta comedia no pudo ser más conforme a los deseos del autor.*

No obstante lo que afirma Moratín, los personajes principales de *La comedia nueva* son fiel retrato de la realidad. *Don Eleuterio* no es otro que el fecundo Comella; íntimamente lo confesó el mismo don Leandro, y de tal manera supo delinear sus rasgos, que Comella, noticioso de ello antes de la

representación, presentó varios memoriales (1), en los que afirmaba que en *La comedia nueva* se atacaba a su honra, a la de una hija suya jorobadita, muy lista, que le servía de amanuense y colaborador, pues repentizaba versecillos, representándola en los dos personajes de *doña Agustina* y *doña Mariquita*, calumniándoles con los que él creía inexactos e injuriosos pormenores. *Don Hermógenes* es el trasunto de don Cristóbal Cladera, y casi todo

(1) "Tu cliente Comella, luego que supo que se trataba de echarla empezó a bramar y alborotar como un desesperado, diciendo que la comedia era un libelo infamatorio contra él y su mujer y su hija la tuerta, y que yo merecía azotes, presidios y galeras, etc. Presentó un pedimento al Presidente, otro al corregidor, otro al juez de imprentas y otro al vicario para estorbar la representación e impresión de ella, pidiendo se me castigase con todo el rigor de las leyes. El Presidente cometió el encargo al corregidor, y éste nombró por censores a don Santos [Díez González] y a don Miguel de Manuel: ambos dieron su informe separadamente, y según ellos era menester canonizarme; al mismo tiempo, el Consejo envió la comedia a Valbuena, que también la aprobó redondamente; y entretanto el vicario mi señor, mal informado de escribientes y pajezuelos ganados por Comella, se obstinó en no dar el pase y detenerla, no obstante que era ya precisamente la víspera del día en que debía representarse. El corregidor la despachó bien; el vicario se vió precisado a soltarla, el Consejo permitió la impresión y se representó el día siete. Todo fué bien, el público aplaudió donde era menester, pero cuando en el segundo acto habla don Serapio de los pimientos en vinagre, fué tal la conmoción de la plebe choriza, y el rumor que empezó a levantarse, que yo temí que daban con la comedia y conmigo en los infiernos; pero los que no comen pimientos los hicieron callar y sufrir, y se acabó la representación con un aplauso general que bastó a vengarme de los trabajos padecidos. No obstante, como se desató tanto demonio por calles y rincones diciendo pestes de ella, quedó incierto su crédito en el primer día; pero el éxito del segundo, así como el de los otros siete que duró, fué tan completo que excedió a las esperanzas que todos teníamos."—Carta de Moratín a Forner, 22 de febrero de 1792, enviándole un ejemplar de *La comedia nueva*, publicada en el *Semanario Pintoresco Español*, tercera serie, tomo II, 1844, pág. 43.

lo que este orondo personaje dice en la escena IV del acto primero está imitado o reproducido de un artículo publicado en *El Correo* el 30 de junio de 1790, al que Moratín contestó el 7 de julio del mismo año. Otros personajes los tomó de los concurrentes al café que había en la *fonda de San Sebastián*, sin perdonar ni al camarero que en él prestaba sus diligentes servicios (1).

Tal vez quiso representar a su amigo Melón en el *don Antonio* y retratarse a sí mismo en el *don Pedro*, pues las palabras y acciones de estos personajes se amoldan a sus respectivos caracteres y pensamientos, según puede colegirse de las cualidades que ambos reflejaron en sus obras.

La acción ocurre en *el café* de *la fonda de San Sebastián*, cuyo dueño, el italiano Juan Antonio Gippini, lo fué después de *La Fontana de Oro*. Estaba la fonda en una casa contigua al cementerio de la iglesia de San Sebastián, en la parte que hacía esquina a la plaza del Angel y a la calle del Viento (hoy de San Sebastián), y en cuyo solar se edificó después el palacio del conde de Tepa.

Estrenaron *La comedia nueva* los actores Manuel García Parra *(don Eleuterio)*; Mariano Querol *(don Hermógenes)*; Manuel Torre *(don Pedro)*; Félix de Cubas *(don Antonio)*; Francisco López *(don Serapio)*; José García *(Pipí)*; Polonia Rochel *(doña Agustina)*, y Juana García *(doña Mariquita)*.

(1) "Y es evidente que el insigne Moratín se refirió a ella y a sus principales concurrentes Comella, Cladera, Guerrero, Salanueva, Nifo y otros seudopoetas de la época, en la deliciosa sátira dramática titulada "La comedia nueva", en que los retrató, como pudiera decirse, con *pelos y señales*, bajo los nombres de *don Eleuterio, don Hermógenes* y *don Serapio*..., haciendo figurar en ella al mozo llamado *Agapito*, y emblematizando en él la buena fe del vulgo sandio e ignorante bajo el gráfico nombre de *Pipí*."—Mesonero Romanos, *El antiguo Madrid*, pág. 150.

La sátira de Moratín contra los que sin conocimiento de causa pergeñan comedias ha vuelto a surgir en la escena contemporánea. La comedia en tres actos titulada *La musa loca*, original de don Serafín y don Joaquín Alvarez Quintero, estrenada en Barcelona el 4 de julio de 1905, es el desarrollo de la misma tesis, modernizada con la admirable comicidad de los insignes saineteros, que no han seguido, por fortuna, *las reglas*.

* * *

El prólogo que Moratín compuso para *El sí de las niñas* dice:

"EL SÍ DE LAS NIÑAS *se representó en el teatro de la Cruz el día 24 de enero de 1806, y si puede dudarse cuál sea entre las comedias del autor la más estimable, no cabe duda en que ésta ha sido la que el público español recibió con mayores aplausos. Duraron sus primeras representaciones veinte y seis días consecutivos, hasta que, llegada la Cuaresma, se cerraron los teatros como era costumbre, Mientras el público de Madrid acudía a verla, ya se representaba por los cómicos de las provincias, y una culta reunión de personas ilustres e inteligentes se anticipaba en Zaragoza a ejecutarla en un teatro particular, mereciendo por el acierto de su desempeño la aprobación de cuantos fueron a oírla* (1). *Entretanto se repetían las ediciones de*

(1) Desempeñaron los papeles las siguientes aristocráticas personas: La marquesa de Santa Coloma, *doña Irene;* la hija de la baronesa de Escriche, *doña Francisca;* la baronesa de Escriche, *Rita;* el marqués de Aguilar, *don Carlos;* don José Toledano, oficial de la Contaduría del Ejército, *Simón:* el marqués de Artasona, *Calamocha,* y don Manuel de Ynca Yupanqui, *don Diego.* Se representó en casa del marqués de Aguilar, iniciador de la idea, a mediados de febrero de 1806.

esta obra; cuatro se hicieron en Madrid durante el año 1806, y todas fueron necesarias para satisfacer la común curiosidad de leerla, excitada por las representaciones del teatro. La aprobación pública reprimió los ímpetus de los críticos folicularios; nada imprimieron contra esta comedia, y la multitud de exámenes, notas, advertencias y observaciones a que dió ocasión, igualmente que las contestaciones y defensas que se hicieron de ella, todo quedó manuscrito.

Fueron muchas las delaciones que se hicieron de esta comedia al Tribunal de la Inquisición. Los calificadores tuvieron no poco que hacer en examinarlas y fijar su opinión acerca de los pasajes citados como reprensibles; y, en efecto, no era pequeña dificultad hallarlos tales en una obra en que no existe ni una sola proposición opuesta al dogma ni a la moral cristiana.

Un ministro, cuya principal obligación era la de favorecer los buenos estudios, hablaba el lenguaje de los fanáticos más feroces, y anunciaba la ruina del autor de EL SÍ DE LAS NIÑAS *como la de un delincuente merecedor de grave castigo* (1).

Sin embargo, la tempestad que amenazaba se disipó a la presencia del Príncipe de la Paz; su respeto contuvo el furor de los ignorantes y malvados hipócritas, que, no atreviéndose por enton-

---

(1) "El abate Cladera le declaró gratuitamente una guerra a muerte. Cuando se representó *El café* hizo diabluras para hacerlo caer, y lo mismo cuando se representó *El sí de las niñas*, a cuya persecución le acompañó un oficial de Marina llamado Cáceres. También suscitó, bajo mano, una persecución cruel contra esta comedia Negrete, el hijo mayor del ministro Campo Alange, unido con una gavilla de zascandiles que compusieron un tomo manuscrito contra dicha comedia con el fin de que la prohibiese la Inquisición, y lo hubieran conseguido si el Príncipe de la Paz no la hubiera protegido."—Melón, *Apunt.* cit.

ces a moverse, remitieron su venganza para ocasión más favorable.

El sí de las niñas fué una refundición de la desconocida obra moratiniana *El tutor,* que destruyó por haberla desaprobado Arteaga al leérsela en Roma el 22 de octubre de 1793.

La heroína, la *niña* cuyo *sí* es nudo y desenlace de la comedia, fué en la vida real doña Francisca Gertrudis Muñoz y Ortiz, hija de don Santiago Muñoz, militar irascible, y de doña María Ortiz, charlatana y quejicona señora. Con dicha familia vivía como huésped don José Antonio Conde, amicísimo de don Leandro, y en una de las múltiples visitas que éste hizo al arábigo numismático comenzó Moratín un idilio con Paquita en mayo del año 1798.

Contaba a la sazón nuestro autor treinta y ocho años, y aunque su amada era mucho más joven, tan enamorado anduvo que cometió diversas tonterías impropias de hombre sesudo, consignándolas en su *Diario,* tales como permitirse chanzas (1), lucirse en su compañía en un palco del teatro de la Cruz (2), darla un beso entre bromas y veras (3), regalarle un abanico (4), llevarla con su madre a Pastrana (5), obsequiarla con unos pendientes (6), disputar terriblemente con su madre acerca de un proyectado viaje al que la señora se oponía (7), pasear en público y convidarla a refrescar (8), probar un vino que le enviaron de la Peraleja (9) y tener el consuelo de que le visitara en su casa ha-

(1) 27 de octubre de 1798.
(2) 6 de junio de 1799.
(3) 7 de julio de 1799.
(4) 19 de julio de 1800.
(5) Septiembre, octubre de 1800.
(6) 3 de octubre de 1801.
(7) 17 de agosto de 1802.
(8) 24 de octubre de 1802.
(9) 23 de febrero de 1805.

llándose enfermo (1). Como el noviazgo se prolongaba, doña María, celosa del porvenir de su hija, debió de insinuar algo relativo a boda al muchacho galán, tal vez porque se presentó un nuevo pretendiente, pues Moratín, el 3 de diciembre de 1806, consultó con su indispensable Melón acerca de Paquita, y seis días después con Paquita en persona y su madre, haciendo un testamento y prodigando ternezas. Mas el 4 de septiembre de 1807, cansada Paquita o acaso por imposición paterna, rompió sus relaciones con Moratín, no sin los gimoteos acostumbrados, y pasados tres días, Melón, aprovechando un paseo en coche, le dió un segundo disgusto anunciándole dentro del vehículo simoníaco el casamiento de la infiel con un militar llamado don Francisco Valverde, llorando los dos hombres como muchachuelos.

Conservó Moratín vivo durante toda su vida el recuerdo de este amor, sosteniendo hasta su muerte honesta correspondencia (2), y ayudándola moral y pecuniariamente en sus tribulaciones, que fueron muchas, a causa de las desdichas que por sus enfermedades y románticas exaltaciones le proporcionó su marido, atacado continuamente de gordura desordenada y progresiva. A doña Francisca, al huir de Madrid, dejó en depósito Moratín sus muebles y alhajas, entre ellas el retrato que le hizo Goya, y cuando en octubre de 1828 hubo de entregarlo doña Paquita a la Academia de San Fernando para cumplir la manda testamentaria del fallecido don Leandro, hízolo con grandes protestas y dilaciones y a condición de que le regalasen copia,

(1) 29 y 30 de noviembre y 1 de octubre de 1805.

(2) Denomínala en las cartas *Pacita* (imitando su mala ortografía), *Currita*, *Curcurrita*, *Frasquita*, etc.

tesón que demuestra que tampoco ella había olvidado.

Doña Irene es, como se demostrará en las notas a la comedia, pintura exacta de doña María Ortiz.

Sin embargo, *El sí de las niñas* no es puntual historia de los amores moratinianos, pues la comedia estaba terminada y preparada para la representación el 12 de julio de 1801, fecha en que fué leída por su autor a sus amigos Tineo, Melón, Cabezas y Conde, obteniendo su beneplácito. La inspiración, si la hubo, hay que buscarla más lejos. El tema del libre albedrío de la mujer para elegir esposo fué desarrollado por Rojas Zorrilla en su comedia *Entre bobos anda el juego*. Más complicada y llena de incidentes cómicos ésta que *El sí*, algunos de los personajes y situaciones son análogos.

Estrenaron *El sí* los actores siguientes: María Ribera *(doña Irene)*; Josefa Virg *(doña Francisca)*, y Andrés Prieto *(don Diego)*.

* * *

BIBLIOGRAFÍA

EDICIONES SUELTAS de *La comedia nueva:*

Una sin lugar, sin impresor, sin año. Vendíase en la librería de Quiroga, Madrid (1).

Madrid.—Cano.—1792.

Parma.—Bodoni.—1796.

Madrid.—Villalpando.—1802.

Valencia.—Orga.—1811.

Madrid.—S. i.—1818.

París.—Garnier.—1892.

(1) En un ejemplar de la Biblioteca Municipal (95 3), al fin de letra manuscrita de comienzos del siglo XIX, se lee: "Por mucho que digan || savios escritores, || siempre havrá en el mundo || poetas ramplones || y pueblo que aplauda || necias producciones.

París.—Garnier.—1900. (Introduction et étude littéraire, notice et notes par F. Oroz.)

Madrid.—Imp. de "La Ultima Moda".—1909.

*

De *El sí de las niñas:*

Madrid.—Villalpando.—1806.

Madrid.—García.—1817.

Madrid.—S. i.—1818.

Valencia.—Domingo y Mompié.—1821.

París.—Hachette.—1904. (Introduction, notes et commentaires par J. Guadalupe.)

París.—Gigord.—1910. (Commenté par A. Abadie.)

Boston.—Ginn.—1916. (Introduction and notes by J. D. M. Ford.)

New-York.—H. Holt.—1918. (Notes, vocabulary and exercises by P. B. Burnet.)

New-York.—American Book.—S. a. (Introduction, notes and vocabulary by J. Geddes and F. M. Josselyn.)

*

En colecciones:

De *La comedia nueva* y de *El sí de las niñas:*

Comedias. París, 1821 (publicadas con el seudónimo de *Inarco Celenio*).

Obras dramáticas y líricas. París, 1825.

Obras dramáticas y líricas. París, 1826.

Obras. Madrid, 1830-1831. 6 vols. (publicadas por la Real Academia de la Historia).

Obras. Barcelona, 1834.

Obras. Barcelona, 1835.

Colección de autores españoles de Baudry. París, 1838 (vols. 9.° y 10.°).

Obras dramáticas y líricas. Madrid, 1840 (6 tomos).

Obras dramáticas y líricas. Madrid, 1844.

Colección selecta del antiguo Teatro español. París, 1854 (sólo *El sí*).

Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra. Madrid, 1857 (vol 2.°).

El Teatro español. Madrid, 1859 (vol. 4.°).

Museo dramático ilustrado. Barcelona, 1863 (sólo *El sí*).

Obras. Madrid, 1874 (edición de Ginesta en miniatura).

Comedias. París, 1881.

Autores selectos españoles. Logroño, 1890.

Bibliothek spanischer Schrifsteller. Leipzig, 1904 (Bd. 23°; sólo *El sí*).

Biblioteca Universal. Madrid, 1905 (vol. 37.°).

La Comedia semanal. Madrid, 1908.

Biblioteca Teatro mundial. Madrid, 1913 (vol. 52.°).

Biblioteca de "La Cultura popular". Madrid, 1915 (volumen 7.°).

*

TRADUCCIONES:

Al alemán: Das neue Lustpiel oder Das Kaffeehaus, por Manuel Ojamar (Ramajo). Dresden, 1800 (texto alemán y español).

La Comédie nouvelle. París, 1803. (En "Les Elements de la conversation espagnole et français ou dialogues".)

La Comédie nouvelle.—Le oui des jeunes filles. París, 1899. (En "Pièces choisies du Théâtre Espagnol".)

La Comédie nouvelle.—Le oui des jeunes filles. París, 1822. (En "Chefs d'oeuvre des Théâtres étrangers", volumen 10.°)

Les comédies, par Ernest Hollander. París, 1855.

*

Pedro Napoli Signorelli tradujo al italiano las comedias de Moratín, publicándolas en Venecia y Nápoles. No hemos logrado ver ejemplares de estas ediciones. Dumaniant imitó en francés *La comedia nueva*, la imprimió en París en 1804 y se representó en el teatro de la Porte de Saint-Martin.

*

ESTUDIOS:

De W. W. Comfort en *Modern Language Notes*, t. XIX, páginas 219-221; de A. Ludwig Stiefel en *Literaturblatt*

für germanische und romanische Philologie, t. XXVI, páginas 40-409; de A. D. en *Revue de l'enseignement des langues vivantes*, t. XXII, pág. 221.

*

BIBLIOGRAFÍA de *Moratín:*

A. Alcalá Galiano, *Juicio crítico sobre el célebre poeta cómico don Leandro Fernández de Moratín.* ("Revista Peninsular", 1855, vol. I, págs. 529-542.)

G. Alomar, *La revisión de Moratín.* "La Nación", Buenos Aires, 9 de septiembre de 1928.

J. Arolas Juani, *Teatro de Moratín*, Manresa, 1897.

Azorín, *Moratín*, Madrid, 1893.

Azorín, *Moratín* (publicado en "La Vanguardia", de Barcelona, 30 de junio de 1914).

Azorín, *A propósito de Moratín*, "A B C", Madrid, 30 de octubre de 1924.

J. A. Barriga, *Moratín, Ercilla, Menéndez Pelayo, Campoamor*, Santiago de Chile, 1915.

R. Castrovido, *El centenario de Moratín*, "La Voz", Madrid, 30 de junio de 1927 y 21 de marzo de 1928.

"El Censor", 1781-6 (periódico), tomos XI, pág. 336; XIII, pág. 258; XV, pág. 242; XVI, pág. 417; XVII, página 157.

"El Correo de Madrid" (periódico), 1790, 5 de junio.

Inarco Cortejano (Joaquín Roca y Cornet), *Juicio crítico como autor cómico*, Barcelona, 1853.

P. de la Escosura, *Moratín en su vida íntima* ("La Ilustración Española y Americana", 1877, págs. 1, 47 y sigs.).

"La Espigadera" (periódico), 1790.

M. Danvila, *Una carta de don Leandro Fernández de Moratín* ("Boletín de la Academia de la Historia", t. XXX, 1900, págs. 434-41).

A. Farinelli, *Leandro Fernández de Moratín e il canton Ticiano* ("Bolletino Storico della Svizzera italiana", t. XIV, páginas 115-120).

E. Giménez Caballero, *El gran Moratín*, "El Sol", Madrid, 15 de enero de 1925.

E. Gómez de Baquero, *Moratín y su Teatro*, "El Sol", 28 de septiembre de 1924.

A. González Palencia, *Una ofuscación de Moratín* ("Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid", 1933).

J. Guadalupe, *Moratín* ("Revue de l'enseignement des langues vivantes", t. XXII, págs. 444-447).

F. López Moratín, *Moratín*, "Nuevo Mundo", Madrid, 27 de marzo de 1925.

E. Lustonó, *Un día glorioso. Don L. F. de M.* ("La Ilustración Española y Americana", t. LXIX, págs. 294, 307, etcétera.)

E. Maddalena, *Moratín e Goldoni*, 1905.

P. de Madrazo, *Los retratos de Moratín* ("Ilustración Española y Americana", 1872, pág. 391).

J. Martínez Rubio, *Moratín*, Valencia, 1893.

"El Memorial literario" (periódico), 1801-6, tomos I. página 148; V, pág. 403; VI, págs. 253, 289; XX, pág. 309.

R. Mesonero Romanos, *Un viaje a Pastrana en recuerdo de Moratín* ("El Museo Universal", 1 de abril de 1859).

M. Mesonero Romanos, *La sepultura de Moratín*, Madrid, 1899.

F. Morales de Setién, *Moratín y su Teatro* ("Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid", 1924).

M. Novo y Colson, *Autores dramáticos contemporáneos y joyas del Teatro español del siglo XIX*, Madrid, 1881.

M. Núñez de Arenas, *Moratín, académico* ("La Voz", Madrid, 13 de junio de 1927).

J. Ortega y Rubio, *Moratín* ("Revista Contemporánea", tomo CXXIX, págs. 129, 279, 385).

M. Ossorio y Bernard, *La comedia nueva o El café* ("Ilustración Española y Americana", 1895, pág. 86).

M. Ossorio y Bernard, *Un personaje de Moratín* ("Ilustración Ibérica", 1890, pág. 210; 1891, pág. 108).

R. Pellisier, *The Neoclassic Movement in Spain*, California, 1918.

B. Pérez Galdós, *Moratín y su época* ("Nuestro Teatro", Madrid, 1923).

J. Pérez de Guzmán, La primera representación de *El sí de las niñas* ("La España Moderna", 1902).

(Este mismo artículo le reprodujo literalmente, con el título de *El centenario de "El sí de las niñas"* en "Ilustración Española y Americana", t. LXXXVI, págs. 35 y siguientes.)

J. Pérez de Guzmán, *Los émulos de Moratín* ("La España Moderna", 1905, pág. 41).

A. Ramírez Tomé, *Leandro Fernández de Moratín*, "A B C", Madrid, 21 de junio de 1928.

J. de la Revilla, *Juicio crítico de don L. F. de M. como autor cómico y comparación de su mérito con el del célebre Molière*, Sevilla, 1833.

J. de la Revilla, *Moratín* ("Semanario Pintoresco", 1840, páginas 289-291).

F. Ruiz Morcuende, *Moratín, dibujante* ("Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid", 1924).

F. Ruiz Morcuende, *Moratín, secretario de la Interpretación de Lenguas* ("Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid", 1933).

M. de los Santos Oliver, *Los españoles en la revolución francesa*, Madrid.

A. del Saz, *Moratín y su época* ("Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid", 1928, páginas 411-416).

M. Silvela, *Discurso de ingreso en la Academia Española*, Madrid, 1871.

M. Silvela, *Biografía* (en "Obras póstumas" de Moratín, tomo I, págs. 1-58).

F. Silvela, *Moratín* (artículo publicado en "El Liberal", Madrid, 20 de marzo de 1894. Reproducido en *Francisco Silvela, Artículos, Discursos, Conferencias y Cartas*, ed. y notas de Félix de Llanos y Torriglia Madrid, 1923, t. II, páginas 117 y sigs.; y asimismo reproducido en "El Liberal", Madrid, 1900).

G. Tejado, *Ensayo crítico sobre algunas épocas de la literatura española* ("Revista Española de Ambos Mundos", 1855, vol. III, págs. 281-302).

* * *

Moratín legó sus manuscritos, libros y papeles a don Manuel Silvela. El Gobierno los adquirió de don Francisco Agustín Silvela, hijo de don Manuel, y por Real orden de 10 de marzo de 1866 pasaron a la Biblioteca Nacional, a cuyo director, don Juan Eugenio Hartzenbusch, se le encargó de la selección y publicación de los que aún estaban inéditos, imprimiéndose en tres volúmenes con el título de *Obras póstumas.*

Entre los libros que pasaron a la Biblioteca Nacional se hallaba un ejemplar de las *Obras dramáticas y líricas,* de excepcional importancia; este ejemplar (1) tiene pegadas en las guardas del volumen I dos hojas autógrafas de Hartzenbusch, en las que se explica su mérito, y que copiamos a continuación:

"*Número 14 (inédito).*
Ejemplar de la edición de París de 1825, cor || *regido por el autor.*
Nota. ||
Le falta sólo las portadas y las estampas, es || *decir, todo lo inútil para el propósito.* || *Este ejemplar es nada menos que la última* || *mano dada por Moratín a sus obras dramáticas* || *y líricas, las últimas y más delicadas enmien-* || *das y correcciones. Claro está que, habiéndose* || *hecho estas enmiendas en un ejemplar de la* || *edición de París, y no en las capillas, las dichas* || *enmiendas no se hallan en la referida edición.* || *No se hallan tampoco en la de la Academia* || *de 1830 (ni en ninguna otra) sin duda porque* || *D. Manuel Silvela no quiso desprenderse de este* || *ejemplar, que tanto hubiera apreciado aquel* || *cuerpo, o tal vez porque Silvela no había tenido* || *ocasión de considerar su mérito.* ||

(1) Biblioteca Nacional, R-2571-3.

Algunas de las correcciones son importantes, por || *más que no puedan recaer sobre defectos graves* || [Cuartilla segunda] *que no tenían las obras que por última vez* || *corregía, porque siempre lo es* || *acercar más y más a la perfección pro-* || *ducciones que ya se acercan tanto.* || *Este ejemplar atestigua que* ESTÁ || AÚN POR HACER *una edición de las* || *obras de Moratín tal como él deseaba* || *que se hiciese; y este ejemplar único,* || *preciosísimo, está destinado a satisfacer* || *los deseos del autor, y añadir algo,* || *por poco que sea, a su fama, y a la gloria* || *de la nación.* ||

Dicho se está que las correcciones son || *de letra de Moratín.*"

La presente edición está hecha sobre el texto y correcciones de este precioso ejemplar que Hartzenbusch, con su fina perspicacia bibliográfica, supo apreciar en todo su verdadero valor.

Hemos puesto pocas notas, las indispensables, por no requerir abundancia de ellas el claro estilo y limpio lenguaje castizo de Moratín. En *La comedia nueva* incluímos algunas que el mismo autor compuso pensando en las siguientes generaciones, seguro como estaba de que su nombre y sus obras sobrevivirían en la historia literaria.

FEDERICO RUIZ MORCUENDE.

Madrid, 1923.

LA COMEDIA NUEVA O EL CAFÉ

LA COMEDIA NUEVA O EL CAFÉ

NON EGO VENTOSAE PLEBIS SUFFRAGIA VENOR
Horat. Epist. 19. Lib. I.

PERSONAS

DON ELEUTERIO.	DON PEDRO.
DOÑA AGUSTINA.	DON ANTONIO.
DOÑA MARIQUITA.	DON SERAPIO.
DON HERMÓGENES.	PIPÍ.

La escena es en un café de Madrid, inmediato a un teatro

El teatro representa una sala con mesas, sillas y aparador de café; en el foro una puerta con escalera a la habitación principal, y otra puerta a un lado que da paso a la calle

La acción empieza a las cuatro de la tarde y acaba a las seis

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

DON ANTONIO, PIPÍ

D. Antonio

(Sentado junto a una mesa; Pipí, paseándose)

Parece que se hunde el techo, Pipí.

3 Ya se ha visto el origen del nombre de Pipí o Agapito (véase *Prólogo*, pág. XLV, nota). Los contertulios del café *El Parnasillo* (1830), establecido en la planta baja contigua al teatro del

Pipí

Señor.

D. Antonio

¿Qué gente hay arriba, que anda tal estrépito? ¿Son locos?

Pipí

No, señor; poetas.

D. Antonio

¿Cómo poetas?

Pipí

Sí, señor, ¡así lo fuera yo! ¡No es cosa! Y han tenido una gran comida: Burdeos, pajarete, marrasquino, ¡uh!

D. Antonio

¿Y con qué motivo se hace esa francachela?

Pipí

Yo no sé; pero supongo que será en celebridad de la comedia nueva que se representa esta tarde, escrita por uno de ellos.

D. Antonio

¿Conque han hecho una comedia? ¡Haya picarillos!

Pipí

Pues qué, ¿no lo sabía usted?

D. Antonio

No por cierto.

Pipí

Pues ahí está el anuncio en el *Diario*.

Príncipe (hoy contaduría del teatro Español), bautizaron a un camarero del mismo con igual remoquete: "Este tal mozo, llamado Pepe, fué confirmado de consuno y con ligera variación con el clásico y tradicional nombre de Pipí."—Mesonero Romanos, *Memorias de un setentón*, Madrid, 1880, página 353.

D. Antonio

En efecto, aquí está (leyendo en el *Diario* que está sobre la mesa): COMEDIA NUEVA INTITULADA EL GRAN CERCO DE VIENA. ¡No es cosa! Del sitio de una ciudad hacen una comedia. ¡Si son el diantre! ¡Ay, amigo Pipí, cuánto más vale ser mozo de café que poeta ridículo!

Pipí

Pues mire usted, la verdad, yo me alegrara de saber hacer, así, alguna cosa...

D. Antonio

¿Cómo?

Pipí

Así, de versos... ¡Me gustan tanto los versos!

D. Antonio

¡Oh!, los buenos versos son muy estimables; pero hoy día son tan pocos los que saben hacerlos..., tan pocos, tan pocos...

Pipí

No, pues los de arriba bien se conoce que son del arte. ¡Válgame Dios! ¡Cuántos han echado por aquella boca! Hasta las mujeres.

D. Antonio

¡Oiga! ¿También las señoras decían coplillas?

Pipí

¡Vaya! Allí hay una doña Agustina, que es mujer del autor de la comedia... ¡Qué! ¡Si usted viera!... Unas décimas componía de repente... No es así la otra, que en toda la mesa no ha hecho más que retozar con aquel don Hermógenes, y tirarle miguitas de pan al peluquín.

D. Antonio

¿Don Hermógenes está arriba? ¡Gran pedantón!

Pipí

Pues con ése se ha estado jugando; y cuando la decían "Mariquita, una copla, vaya una copla", se hacía la vergonzosa; y por más que la estuvieron azuzando a ver si rompía, nada. Empezó una décima, y no la pudo acabar, porque decía que no encontraba el consonante; pero doña Agustina, su cuñada... ¡Oh!, aquélla sí. Mire usted lo que es... Ya se ve, en teniendo vena.

D. Antonio

Seguramente. ¿Y quién es ese que cantaba poco ha, y daba aquellos gritos tan descompasados?

Pipí

¡Oh! Ése es don Serapio.

D. Antonio

Pero ¿qué es? ¿Qué ocupación tiene?

Pipí

Él es..., mire usted, a él le llaman don Serapio.

D. Antonio

¡Ah, sí! Ése es aquel bulle bulle que hace gestos a las cómicas, y las tira dulces a la silla cuando pa-

22 Las cómicas iban al teatro en sillas de manos, lo cual proporcionaba a la turba alegre de los aficionados frecuente ocasión de manifestarlas el aprecio que hacían de sus gracias y habilidad. Otras veces, ni las cortinas, ni el rebozo de los capotes, ni la celeridad de los gallegos que los conducían bastaban a libertarlas de los insultos más soeces. El Gobierno puso término a estos abusos, substituyendo coches de alquiler a las sillas antiguas.— N. de Moratín.

san, y va todos los días a saber quién dió cuchillada; y desde que se levanta hasta que se acuesta no cesa de hablar de la temporada de verano, la chupa del sobresaliente y las partes de por medio.

Pipí

Ése mismo. ¡Oh! Ése es de los apasionados finos. Aquí se viene todas las mañanas a desayunar; y arma unas disputas con los peluqueros, que es un gusto oírle. Luego se va allá abajo, al barrio de Jesús; se juntan cuatro amigos, hablan de comedias, altercan, ríen, fuman en los portales; don Serapio los introduce aquí y acullá hasta que da la una; se despiden, y él se va a comer con el apuntador.

---

1 "Dar cuchillada" es frase muy sabida de los que frecuentan los teatros de Madrid. En la traducción francesa de esta comedia, impresa en 1803, se entendió mal esta expresión, diciendo: C'est cet hurlu-berlu... qui va tous les jours savoir qui s'est querellé.—N. de Moratín. Significa: Exceso del producto de la entrada que tiene una compañía sobre otra.—Ed. de *La comedia nueva*, por Pascual Hernández, París, Garnier, 1892.

4 Se llaman "partes de por medio" los actores y actrices de segunda clase, que, además de la asignación diaria, participan, como los primeros, de las utilidades de la compañía; a diferencia de los que llaman "racionistas", que son los últimos de ella y perciben un sueldo fijo, sin opción alguna a los repartimientos.— N. de Moratín.

9 "A su entrada [de la calle de León] por la calle del Prado hasta la de Francos [hoy de Cervantes] y Cantarranas [hoy de Lope de Vega], se ensanchaba entonces algún tanto, formando una plazoleta, que era conocida con el nombre del *Mentidero de los representantes*, sin duda por ser el punto de reunión de cómicos y aficionados."—Mesonero Romanos, *El antiguo Madrid*. Madrid, 1861, págs. 205-206.

Llámabase barrio de Jesús por estar en él la iglesia de Jesús, destruída durante la invasión francesa; la imagen de Jesús Nazareno continuó y continúa venerándose en una capilla en la calle del mismo nombre.

D. Antonio

¿Y ese don Serapio es amigo del autor de la comedia?

Pipí

¡Toma! Son uña y carne. Y él ha compuesto el casamiento de doña Mariquita, la hermana del poeta, con don Hermógenes.

D. Antonio

¿Qué me dices? ¿Don Hermógenes se casa?

Pipí

¡Vaya si se casa! Como que parece que la boda no se ha hecho ya porque el novio no tiene un cuarto ni el poeta tampoco; pero le ha dicho que con el dinero que le den por esta comedia, y lo que ganará en la impresión, les pondrá la casa y pagará las deudas de don Hermógenes, que parece son bastantes.

D. Antonio

Sí serán. ¡Cáspita sí serán! Pero, y si la comedia apesta, y por consecuencia ni se la pagan ni se vende, ¿qué hará entonces?

Pipí

Entonces, ¿qué sé yo? ¡Pero qué! No, señor. Si dice don Serapio que comedia mejor no se ha visto en tablas.

D. Antonio

¡Ah! Pues si don Serapio lo dice, no hay que temer. Es dinero contante, sin remedio. Figúrate tú si don Serapio y el apuntador sabrán muy bien dónde les aprieta el zapato, y cuál comedia es buena y cuál deja de serlo.

Pipí

Eso digo yo; pero a veces... Mire usted, no hay paciencia. Ayer, ¡qué!, les hubiera dado con una tranca. Vinieron ahí tres o cuatro a beber ponch, y empezaron a hablar, hablar de comedias. ¡Vaya! Yo no me puedo acordar de lo que decían. Para ellos no había nada bueno: ni autores, ni cómicos, ni vestidos, ni música, ni teatro. ¡Qué sé yo cuánto dijeron aquellos malditos! Y dale con el arte, el arte, la moral, y... Deje usted... las... ¿Si me acordaré? Las... ¡Válgate Dios! ¿Cómo decían? Las... las reglas... ¿Qué son las reglas?

D. Antonio

Hombre, difícil es explicártelo. Reglas son unas cosas que usan allá los extranjeros, principalmente los franceses.

Pipí

Pues, ya decía yo: esto no es cosa de mi tierra.

D. Antonio

Sí tal; aquí también se gastan y algunos han escrito comedias con reglas; bien que no llegarán a media docena (por mucho que estire la cuenta) las que se han compuesto.

Pipí

Pues ya se ve; mire usted, ¡reglas! No faltaba más. ¿A que no tiene reglas la comedia de hoy?

D. Antonio

¡Oh! Eso yo te lo fío; bien puedes apostar ciento contra uno a que no las tiene.

---

21 Nasarre, Luzán y Montiano y Luyando escribieron, en efecto, comedias ajustadas a las reglas, pero la posteridad se ha olvidado de ellas.

Pipí

Y las demás que van saliendo cada día tampoco las tendrán; ¿no es verdad, usted?

D. Antonio

Tampoco. ¿Para qué? No faltaba otra cosa, sino que para hacer una comedia se gastaran reglas. No, señor.

Pipí

Bien; me alegro. Dios quiera que pegue la de hoy, y luego verá usted cuántas escribe el bueno de don Eleuterio. Porque lo que él dice: si yo me pudiera ajustar con los cómicos a jornal, entonces... ¡ya se ve! Mire usted si con un buen situado podía él...

D. Antonio

Cierto. (Aparte: ¡Qué simplicidad!)

Pipí

Entonces escribiría. ¡Qué! Todos los meses sacaría dos o tres comedias... Como es tan hábil...

D. Antonio

¿Conque es muy hábil, eh?

---

9 Pegar, en lenguaje teatral: tener éxito una obra.

12 No fué don Eleuterio el único poeta a quien le ocurrió la idea de ajustarse con los cómicos por una cantidad diaria, obligándose a darles el surtido de comedias nuevas que hubiesen menester. Por aquel tiempo se verificaron proposiciones iguales a éstas: pero las rebajas que se hacían los ingenios unos a otros, las protecciones y empeños que se atravesaron, los chismes y envidias a que dió lugar esta solicitud fueron motivo de que los autores de las compañías no se determinasen a entrar en ajuste.—Nota de Moratín.

13 Situado: Salario, sueldo o renta señalados sobre algunos bienes productivos.—Dic. Ac.

Pipí

¡Toma! Poquito le quiere el segundo barba; y si en él consistiera, ya se hubieran echado las cuatro o cinco comedias que tiene escritas; pero no han querido los otros; y ya se ve, como ellos lo pagan... En diciendo: no nos ha gustado, u así, andar ¡qué diantres! Y luego, como ellos saben lo que es bueno; y en fin, mire usted si ellos... ¿No es verdad?

D. Antonio

Pues ya.

Pipí

Pero deje usted, que aunque es la primera que le representan, me parece a mí que ha de dar golpe.

D. Antonio

¿Conque es la primera?

Pipí

La primera. ¡Si es mozo todavía! Yo me acuerdo... Habrá cuatro o cinco años que estaba de escribiente ahí, en esa lotería de la esquina, y le iba muy ricamente; pero como después se hizo paje, y el amo se le murió a lo mejor, y él se había casado de secreto con la doncella, y tenía ya dos criaturas, y después le han nacido otras dos o tres, viéndose él así, sin oficio ni beneficio, ni pariente, ni habiente, ha cogido y se ha hecho poeta.

D. Antonio

Y ha hecho muy bien.

Pipí

Pues, ya se ve, lo que él dice: si me sopla la musa, puedo ganar un pedazo de pan para mantener aquellos angelitos, y así ir trampeando hasta que Dios quiera abrir camino.

ESCENA II

DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPÍ

(Don Pedro se sienta junto a una mesa distante de don Antonio; Pipí le sirve el café

D. Pedro

Café.

Pipí

Al instante.

D. Antonio

No me ha visto.

Pipí

¿Con leche?

D. Pedro

No. Basta.

Pipí

¿Quién es éste? (A don Antonio al retirarse.)

D. Antonio

Éste es don Pedro de Aguilar, hombre muy rico, generoso, honrado, de mucho talento; pero de un carácter tan ingenuo, tan serio y tan duro, que le hace intratable a cuantos no son sus amigos.

Pipí

Le veo venir aquí algunas veces; pero nunca habla; siempre está de mal humor.

ESCENA III

DON SERAPIO, DON ELEUTERIO, DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPÍ

D. Serapio

¡Pero hombre, dejarnos así! (Bajando la escalera, salen por la puerta del foro.)

D. Eleuterio

Si se lo he dicho a usted ya. La tonadilla que han

---

8 A las antiguas jácaras y bailes cantados, que duraron hasta la mitad del siglo anterior, sucedieron las tonadillas, nuevo género de composición, más variado y artificioso que los romances que se acompañan con la guitarra, y menos complicados que los bailes, sin la danza y movimientos pantomímicos que se usaban en ellos, sin personajes alegóricos ni ficciones absurdas. En las tonadillas "a solo" se trató de imitar un monólogo narrativo o afectuoso, y en las de dos o más interlocutores una acción dramática.

Parece que poetas y músicos hicieron particular empeño en corromper, por todos los medios posibles, un género que habían cultivado sus antecesores con aprobación del público. Los poetas, siempre atrasados y famélicos, hicieron barato en la composición de las letras y tonadillas; una con otra, chica con grande, a doblón se pagaba; y según ellas eran, se les daba mucho dinero de más. Hasta mujeres en extremo ignorantes se aplicaron a este ejercicio, y escribían en ruines coplas cuantos disparates se pueden cantar en veinte minutos; acabada su obra, hacían entrega del manuscrito, tomaban su doblón y volvían a casa a calzarse el dedal y a freír los calabacines. De estas letras habla don Eleuterio, y tales eran como él las pinta: necias, groseras, obscenas, sin gracia y sin arte.—N. de Moratín.

puesto a mi función no vale nada, la van a silbar, y quiero concluir ésta mía para que la canten mañana.

D. Serapio

¿Mañana? ¿Con que mañana se ha de cantar, y aún no están hechas ni letra ni música?

D. Eleuterio

Y aun esta tarde pudieran cantarla, si usted me apura. ¡Qué dificultad! Ocho o diez versos de introducción, diciendo que callen y atiendan, y chitito. Después unas cuantas coplillas del mercader que hurta, el peluquero que lleva papeles, la niña que está opilada, el cadete que se baldó en el portal; cuatro equivoquillos, etc., y luego se concluye con seguidillas de la tempestad, el canario, la pastorcilla y el arroyito. La música ya se sabe cuál ha de ser: la que se pone en todas; se añade o se quita un par de gorgoritos, y estamos al cabo de la calle.

D. Serapio

¡El diantre es usted, hombre! Todo se lo halla hecho.

D. Eleuterio

Voy, voy a ver si la concluyo; falta muy poco. Súbase usted. (Don Eleuterio se sienta junto a una mesa inmediata al loro; saca papel y tintero y escribe.)

D. Serapio

Voy allá; pero...

D. Eleuterio

Sí, sí, váyase usted; y si quieren más licor, que lo suba el mozo.

D. Serapio

Sí, siempre será bueno que lleve un par de frasquillos más. Pipí.

Pipí

Señor.

D. Serapio

Palabra. (Habla en secreto con Pipí y vuelve a irse por la puerta del foro; Pipí toma del aparador unos frasquillos y se va por la misma parte.)

D. Antonio

¿Cómo va, amigo don Pedro? (Don Antonio se sienta cerca de don Pedro.)

D. Pedro

¡Oh, señor don Antonio! No había reparado en usted. Va bien.

D. Antonio

¿Usted a estas horas por aquí? Se me hace extraño.

D. Pedro

En efecto lo es; pero he comido ahí cerca. A fin de mesa se armó una disputa entre dos literatos que apenas saben leer; dijeron mil despropósitos, me fastidié y me vine.

D. Antonio

Pues con ese genio tan raro que usted tiene, se ve precisado a vivir como un ermitaño en medio de la corte.

D. Pedro

No por cierto. Yo soy el primero en los espectáculos, en los paseos, en las diversiones públicas; alterno los placeres con el estudio; tengo pocos, pero buenos amigos, y a ellos debo los más felices instantes de mi vida. Si en las concurrencias particulares soy raro algunas veces, siento serlo; pero ¿qué le he de hacer? Yo no quiero mentir, ni pue-

o disimular; y creo que el decir la verdad francamente es la prenda más digna de un hombre de bien.

D. Antonio

Sí; pero cuando la verdad es dura a quien ha de oírla, ¿qué hace usted?

D. Pedro

Callo.

D. Antonio

¿Y si el silencio de usted le hace sospechoso?

D. Pedro

Me voy.

D. Antonio

No siempre puede uno dejar el puesto, y entonces...

D. Pedro

Entonces digo la verdad.

D. Antonio

Aquí mismo he oído hablar muchas veces de usted. Todos aprecian su talento, su instrucción y su probidad; pero no dejan de extrañar la aspereza de su carácter.

D. Pedro

¿Y por qué? Porque no vengo a predicar al café; porque no vierto por la noche lo que leí por la ma-

24 Sólo el pedante vocinglero, hinchado de || vanidad y ponzoñosa envidia, || todo lo sabe. En *el café* gobierna || los imperios del orbe, y mientras bebe || diez copas de licor, sorprende, asalta, || gana de Gibraltar el puerto y muro. || Consultadle, señor, veréis qué pronto, || cubriendo el mar de naves españolas, || sin fatiga, sin gasto, a Irlanda ocupa, || y los tesoros de Jamaica os pone || en la calle Mayor. ¿Queréis oírle || por tres horas

ñana; porque no disputo, ni ostento erudición ridícula, como tres, o cuatro, o diez pedantes que vienen aquí a perder el día, y a excitar la admiración de los tontos y la risa de los hombres de juicio. ¿Por eso me llaman áspero y extravagante? Poco me importa. Yo me hallo bien con la opinión que he seguido hasta aquí, de que en un café jamás debe hablar en público el que sea prudente.

D. Antonio

Pues ¿qué debe hacer?

D. Pedro

Tomar café.

D. Antonio

¡Viva! Pero hablando de otra cosa, ¿qué plan tiene usted para esta tarde?

D. Pedro

A la comedia.

D. Antonio

¿Supongo que irá usted a ver la pieza nueva?

D. Pedro

Qué ¿han mudado? Ya no voy.

D. Antonio

Pero ¿por qué? Vea usted sus rarezas.

(Pipí sale por la puerta del foro con salvilla, copas y frasquillos, que dejará sobre el mostrador)

---

no más? Latín, tudesco || árabe, griego, mejicano y chino, || cuantos idiomas hay, cuantos pudiera || haber, los sabe. Erudición, historia, || náutica, esgrima, metalurgia y leyes, || en todo es superior, único y solo.—Moratín, *Epístola al Príncipe de la Paz*. Obras, edición de la Academia de la Historia, pág. 151.

D. Pedro

¿Y usted me pregunta por qué? ¿Hay más que ver la lista de las comedias nuevas que se representan cada año, para inferir los motivos que tendré de no ver la de esta tarde?

D. Eleuterio

¡Hola! Parece que hablan de mi función.

(Escuchando la conversación)

D. Antonio

De suerte que, o es buena, o es mala. Si es buena, se admira y se aplaude; si, por el contrario, está llena de sandeces, se ríe uno, se pasa el rato, y tal vez...

D. Pedro

Tal vez me han dado impulsos de tirar al teatro el sombrero, el bastón y el asiento, si hubiera podido. A mí me irrita lo que a usted le divierte. (Guarda don Eleuterio papel y tintero y se va acercando poco a poco, hasta ponerse en medio de los dos.) Yo no sé; usted tiene talento y la instrucción necesaria para no equivocarse en materias de literatura; pero usted es el profesor nato de todas las ridiculeces. Al paso que conoce usted y elogia las bellezas de una obra de mérito, no se detiene en dar iguales aplausos a lo más disparatado y absurdo; y con una rociada de pullas, chufletas e ironías, hace usted creer al mayor idiota que es un prodigio de habilidad. Ya se ve, usted dirá que se divierte; pero, amigo...

D. Antonio

Sí, señor, que me divierto. Y por otra parte, ¿no sería cosa cruel ir repartiendo por ahí desengaños amargos a ciertos hombres cuya felicidad estriba

en su propia ignorancia? ¿Ni cómo es posible persuadirles?...

D. Eleuterio

No, pues... Con permiso de ustedes. La función de esta tarde es muy bonita, seguramente...; bien puede usted ir a verla, que yo le doy mi palabra de que le ha de gustar.

D. Antonio

¿Es éste el autor?

(Don Antonio se levanta y después de la pregunta que hace a Pipí vuelve a hablar con don Eleuterio)

Pipí

El mismo.

D. Antonio

¿Y de quién es? ¿Se sabe?

D. Eleuterio

Señor, es de un sujeto bien nacido, muy aplicado, de buen ingenio, que empieza ahora la carrera cómica; bien que el pobrecillo no tiene protección.

D. Pedro

Si es ésta la primera pieza que da al teatro, aún no puede quejarse; si ella es buena, agradará necesariamente, y un Gobierno ilustrado como el nuestro, que sabe cuánto interesan a una nación los progresos de la literatura, no dejará sin premio a cualquiera hombre de talento que sobresalga en un género tan difícil.

D. Eleuterio

Todo eso va bien; pero lo cierto es que el sujeto tendrá que contentarse con sus quince doblones

que le darán los cómicos, si la comedia gusta, y muchas gracias.

D. Antonio

¿Quince? Pues yo creí que eran veinticinco.

D. Eleuterio

No, señor; ahora en tiempo de calor no se da más. Si fuera por invierno, entonces...

D. Antonio

¡Calle! ¿Conque en empezando a helar valen más las comedias? Lo mismo sucede con los besugos.

(Don Antonio se pasea. Don Eleuterio unas veces le dirige la palabra y otras se acerca hacia don Pedro, que no le contesta ni le mira)

D. Eleuterio

Pues mire usted, aun con ser tan poco lo que dan, el autor se ajustaría de buena gana para hacer por el precio todas las funciones que necesitase la compañía; pero hay muchas envidias. Unos favorecen a éste, otros a aquél, y es menester una tecla para mantenerse en la gracia de los primeros vocales, que... ¡Ya, ya! Y luego, como son tantos

---

7 Supóngase que un escritor de conocido ingenio da al teatro por primera vez una comedia intitulada *La dama duende*. ¿Se representa en el mes de julio? Durará tres días y no producirá nueve mil reales de entrada. ¿Se representa en el de enero y llueve? Durará diez días y pasarán las utilidades de siete mil pesos. ¿No llueve? Al quinto día será necesario dejarla y la ganancia será mucho menor. ¿La desempeñan bien los actores? Se llenará el teatro de gente. ¿Se equivoca la elección de papeles, no se estudia, no se ensaya, no se adorna con decoro ni propiedad? El teatro quedará desierto.

De todo esto resulta que el premio destinado al autor de *La dama duende* no tendría relación ninguna con la bondad intrínseca de la obra, dependerá únicamente de circunstancias accesorias e inconexas, será desproporcionado, eventual e injusto.—Nota de Moratín.

a escribir, y cada uno procura despachar su género, entran los empeños, las gratificaciones, las rebajas. Ahora mismo acaba de llegar un estudiante gallego, con unas alforjas llenas de piezas manuscritas: comedias, follas, zarzuelas, dramas, melodramas, loas, sainetes... ¡Qué sé yo cuánta ensalada trae allí! Y anda solicitando que los cómicos le compren todo el surtido, y da cada obra a trescientos reales una con otra. ¡Ya se ve! ¿Quién ha de poder competir con un hombre que trabaja tan barato?

D. Antonio

Es verdad, amigo. Ese estudiante gallego hará malísima obra a los autores de la corte.

D. Eleuterio

Malísima. Ya ve usted cómo están los comestibles.

D. Antonio

Cierto.

D. Eleuterio

Lo que cuesta un mal vestido que uno se haga.

D. Antonio

En efecto.

D. Eleuterio

El cuarto.

D. Antonio

¡Oh, sí, el cuarto! Los caseros son crueles.

D. Eleuterio

Y si hay familia...

D. Antonio

No hay duda; si hay familia es cosa terrible.

D. Eleuterio

Vaya usted a competir con el otro tuno, que con seis cuarto de callos y medio pan tiene el gasto hecho.

D. Antonio

Y ¿qué remedio? Ahí no hay más sino arrimar el hombro al trabajo, escribir buenas piezas, darlas muy baratas, que se presenten, que aturdan al público, y ver si se puede dar con el gallego en tierra. Bien que la de esta tarde es excelente, y para mí tengo que...

D. Eleuterio

¿La ha leído usted?

D. Antonio

No por cierto.

D. Pedro

¿La han impreso?

D. Eleuterio

Sí, señor. ¿Pues no se había de imprimir?

D. Pedro

Mal hecho. Mientras no sufra el examen del público en el teatro, está muy expuesta; y sobre todo, es demasiada confianza en un autor novel.

D. Antonio

¡Qué! No, señor. Si le digo a usted que es cosa muy buena. ¿Y dónde se vende?

D. Eleuterio

Se vende en los puestos del *Diario*, en la librería de Pérez, en la de Izquierdo, en la de Gil, en la de Zurita y en el puesto de los cobradores a la entrada del coliseo. Se vende también en la tienda

de vinos de la calle del Pez, en la del herbolario de la calle Ancha, en la jabonería de la calle del Lobo, en la...

D. Pedro

¿Se acabará esta tarde esa relación?

D. Eleuterio

Como el señor preguntaba...

D. Pedro

Pero no preguntaba tanto. ¡Si no hay paciencia!

D. Antonio

Pues la he de comprar, no tiene remedio.

Pipí

Si yo tuviera dos reales. ¡Voto va!

D. Eleuterio

Véala usted aquí.

(Saca una comedia impresa y se la da a don Antonio)

D. Antonio

¡Oiga!, es ésta. A ver. Y ha puesto su nombre. Bien, así me gusta; con eso la posteridad no se andará dando de calabazadas por averiguar la gracia del autor. (Lee don Antonio.) Por DON ELEUTERIO CRISPÍN DE ANDORRA... "Salen el emperador Leopoldo, el rey de Polonia y Federico, senescal, vestidos de gala, con acompañamiento de damas y magnates, y una brigada de húsares a caballo." ¡Soberbia entrada! "Y dice el emperador:

Ya sabéis, vasallos míos,
que habrá dos meses y medio
que el turco puso a Viena

con sus tropas el asedio,
y que para resistirle
unimos nuestros denuedos,
dando nuestros nobles brios,
en repetidos encuentros,
las pruebas más relevantes
de nuestros invictos pechos".

¡Qué estilo tiene! ¡Cáspita! ¡Qué bien pone la pluma el pícaro!

"Bien conozco que la falta
del necesario alimento
ha sido tal, que rendidos
de la hambre a los esfuerzos,
hemos comido ratones,
sapos y sucios insectos."

D. Eleuterio

¿Qué tal? ¿No le parece a usted bien?

(Hablando a don Pedro)

D. Pedro

¡Eh! A mí, qué...

D. Eleuterio

Me alegro que le guste a usted. Pero no; donde hay un paso muy fuerte es al principio del segundo acto. Búsquele usted..., ahí..., por ahí ha de estar. Cuando la dama se cae muerta de hambre.

D. Antonio

¿Muerta?

D. Eleuterio

Sí, señor; muerta.

D. Antonio

¡Qué situación tan cómica! Y estas exclamaciones que hace aquí, ¿contra quién son?

D. Eleuterio

Contra el visir, que la tuvo seis días sin comer, porque ella no quería ser su concubina.

D. Antonio

¡Pobrecita! ¡Ya se ve! El visir sería un bruto.

D. Eleuterio

Sí, señor.

D. Antonio

Hombre arrebatado, ¿eh?

D. Eleuterio

Sí, señor.

D. Antonio

Lascivo como un mico, feote de cara; ¿es verdad?

D. Eleuterio

Cierto.

D. Antonio

Alto, moreno, un poco bizco, grandes bigotes.

D. Eleuterio

Sí, señor, sí. Lo mismo me lo he figurado yo.

D. Antonio

¡Enorme animal! Pues no, la dama no se muerde la lengua. ¡No es cosa cómo le pone! Oiga usted, don Pedro.

D. Pedro

No, por Dios; no lo lea usted.

D. Eleuterio

Es que es uno de los pedazos más terribles de la comedia.

D. Pedro

Con todo eso.

D. Eleuterio

Lleno de fuego.

D. Pedro

Ya.

D. Eleuterio

Buena versificación.

D. Pedro

No importa.

D. Eleuterio

Que alborotará en el teatro, si la dama lo esfuerza.

D. Pedro

Hombre, si he dicho ya que...

D. Eleuterio

Pero a lo menos, el final del acto segundo es menester oírle.

(Lee don Antonio, y al acabar da la comedia a don Eleuterio)

Emperador. Y en tanto que mis recelos...
Visir. Y mientras mis esperanzas...
Senescal. Y hasta que mis enemigos...
Emperador. Averiguo.
Visir. Logre.
Senescal. Caigan.
Emperador. Rencores, dadme favor.
Visir. No me dejes, tolerancia.
Senescal. Denuedo, asiste a mi brazo.
Todos. Para que admire la patria
el más generoso ardid
y la más tremenda hazaña.

D. Pedro

Vamos; no hay quien pueda sufrir tanto disparate.

(Se levanta impaciente, en ademán de irse)

D. Eleuterio

¿Disparates los llama usted?

D. Pedro

¿Pues no?

(Don Antonio observa a los dos y se ríe)

D. Eleuterio

¡Vaya, que es también demasiado! ¡Disparates! ¡Pues no, no los llaman disparates los hombres inteligentes que han leído la comedia! Cierto que me ha chocado. ¡Disparates! Y no se ve otra cosa en el teatro todos los días, y siempre gusta, y siempre lo aplauden a rabiar.

D. Pedro

¿Y esto se representa en una nación culta?

D. Eleuterio

¡Cuenta que me ha dejado contento la expresión! ¡Disparates!

D. Pedro

¿Y esto se imprime, para que los extranjeros se burlen de nosotros?

D. Eleuterio

¡Llamar disparates a una especie de coro entre el emperador, el visir y el senescal! Yo no sé qué quieren estas gentes. Si hoy día no se puede escribir nada, nada que no se muerda y se censure. ¡Disparate! ¡Cuidado que...!

Pipí

No haga usted caso.

D. Eleuterio

(Hablando con Pipí hasta el fin de la escena)

Yo no hago caso; pero me enfada que hablen así. Figúrate tú si la conclusión puede ser más natural, ni más ingeniosa. El emperador está lleno de miedo, por un papel que se ha encontrado en el suelo sin firma ni sobrescrito, en que se trata de matarle. El visir está rabiando por gozar de la hermosura de Margarita, hija del conde de Strambangaum, que es el traidor...

Pipí

¡Calle! ¡Hay traidor también! ¡Cómo me gustan a mí las comedias en que hay traidor!

D. Eleuterio

Pues, como digo, el visir está loco de amores por ella; el senescal, que es hombre de bien si los hay, no las tiene todas consigo, porque sabe que el conde anda tras de quitarle el empleo, y continuamente lleva chismes al emperador contra él; de modo que como cada uno de estos tres personajes está ocupado en su asunto, habla de ello, y no hay cosa más natural.

(Saca la comedia y lee)

Y en tanto que mis recelos...
Y mientras mis esperanzas...
Y hasta que mis...

¡Ah, señor don Hermógenes! ¡A qué buena ocasión llega usted!

(Sale don Hermógenes por la puerta del foro. Guarda la comedia, encaminándose a don Hermógenes)

ESCENA IV

DON HERMÓGENES, DON ELEUTERIO, DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPÍ

D. Hermógenes

Buenas tardes, señores.

D. Pedro

A la orden de usted.

(Don Pedro se acerca a la mesa en que está el *Diario;* lee para sí y a veces presta atención a lo que hablan los demás)

D. Antonio

Felicísimas, amigo don Hermógenes.

D. Eleuterio

Digo, me parece que el señor don Hermógenes será juez muy abonado para decidir la cuestión que se trata; todo el mundo sabe su instrucción, y lo que ha trabajado en los papeles periódicos, las traducciones que ha hecho del francés, sus actos literarios y, sobre todo, la escrupulosidad y el rigor con que censura las obras ajenas. Pues yo quiero que nos diga...

D. Hermógenes

Usted me confunde con elogios que no merezco, señor don Eleuterio. Usted sólo es acreedor a toda alabanza, por haber llegado en su edad juvenil al pináculo del saber. Su ingenio de usted, el más

ameno de nuestros días, su profunda erudición, su delicado gusto en el arte rítmico, su...

D. Eleuterio

Vaya, dejemos eso.

D. Hermógenes

Su docilidad, su moderación...

D. Eleuterio

Bien; pero aquí se trata solamente de saber si...

D. Hermógenes

Estas prendas sí que merecen admiración y encomio.

D. Eleuterio

Ya, eso sí; pero díganos usted lisa y llanamente si la comedia que hoy se representa es disparatada o no.

D. Hermógenes

¿Disparatada? ¿Y quién ha prorrumpido en un aserto tan...?

D. Eleuterio

Eso no hace al caso. Díganos usted lo que le parece y nada más.

D. Hermógenes

Sí diré; pero antes de todo conviene saber que el poema dramático admite dos géneros de fábula. *Sunt autem fabulae, aliae simplices, aliae implexae.* Es doctrina de Aristóteles. Pero lo diré en griego para mayor claridad. *Eisí de ton mython oi men aploi oi de peplegmenoi. Caí gar ai práxeis...*

D. Eleuterio

Hombre; pero si...

D. Antonio

(Siéntase, haciendo esfuerzos para contener la risa)

Yo reviento.

D. Hermógenes

Caí gar ai práxeis on miméseis oi...

D. Eleuterio

Pero...

D. Hermógenes

Mythoí eisin iparchousin.

D. Eleuterio

Pero si no es eso lo que a usted se le pregunta.

D. Hermógenes

Ya estoy en la cuestión. Bien que, para la mejor inteligencia, convendría explicar lo que los críticos entienden por prótasis, epítasis, catástasis, catástrofe, peripecia, agnición, o anagnórisis, partes necesarias a toda buena comedia, y que según Escalígero, Vossio, Dacier, Marmontel, Castelvetro y Daniel Heinsio...

D. Eleuterio

Bien, todo eso es admirable; pero...

D. Pedro

Este hombre es loco.

---

9 *Sunt autem*, etc. Εἰσὶ δὲ τῶν μύθων οἱ μὲν ἁπλοῖ οἱ δὲ πεπλεγμένοῖ καὶ γὰρ οἱ πραξεἰς, ὧν μιμήσεἰς οἱ μῦθοἱ εἰσιν, ὑπάρχουαίν...= Las fábulas o composiciones son de dos clases: unas sencillas, otras complicadas o implexas; porque, en efecto, las acciones, de las cuales son imitación las fábulas, semejan... — Aristóteles, *Poética*, X.

15 En el arte dramático significan: Prótasis = Parte expositiva de la acción. Epítasis = Nudo o trama. Catástasis = Exposición de un asunto. Catástrofe = Desenlace. Peripecia = Cambio repentino de la acción. Agnición o Anagnórisis = Reconocimiento de la verdadera personalidad de algún personaje.

D. Hermógenes

Si consideramos el origen del teatro, hallaremos que los megareos, los sículos y los atenienses...

D. Eleuterio

Don Hermógenes, por amor de Dios, si no...

D. Hermógenes

Véanse los dramas griegos, y hallaremos que Anaxippo, Anaxándrides, Eúpolis, Antíphanes, Philípides, Cratino, Crates, Epicrates, Menecrates y Pherecrates.

D. Eleuterio

Si le he dicho a usted que...

D. Hermógenes

Y los más celebérrimos dramaturgos de la edad pretérita, todos, todos convinieron *nemine discrepante* en que la prótasis debe preceder a la catástrofe necesariamente. Es así que la comedia del *Cerco de Viena*...

D. Pedro

Adiós, señores.

(Se encamina hacia la puerta. Don Antonio se levanta y procura detenerle)

D. Antonio

¿Se va usted, don Pedro?

D. Pedro

¿Pues quién, sino usted, tendrá frescura para oír eso?

D. Antonio

Pero si el amigo don Hermógenes nos va a probar con la autoridad de Hipócrates y Martín Lu-

tero que la pieza consabida, lejos de ser un desatino...

D. Hermógenes

Ese es mi intento; probar que es un acéfalo insipiente cualquiera que haya dicho que la tal comedia contiene irregularidades absurdas; y yo aseguro que delante de mí ninguno se hubiera atrevido a propalar tal aserción.

D. Pedro

Pues yo delante de usted la propalo, y le digo que por lo que el señor ha leído de ella, y por ser usted el que la abona, infiero que ha de ser cosa detestable; que su autor será un hombre sin principios ni talento, y que usted es un erudito a la violeta, presumido y fastidioso hasta no más. Adiós, señores. (Hace que se va y vuelve.)

D. Eleuterio

(Señalando a don Antonio.) Pues a este caballero le ha parecido muy bien lo que ha visto de ella.

D. Pedro

A ese caballero le ha parecido muy mal; pero es hombre de buen humor, y gusta de divertirse. A mí me lastima en verdad la suerte de estos escritores, que entontecen al vulgo con obras tan desatinadas y monstruosas, dictadas más que por el ingenio por la necesidad o la presunción. Yo no conozco al autor de esa comedia, ni sé quién es; pero si ustedes, como parece, son amigos suyos, díganle en caridad que se deje de escribir tales desvaríos; que aún está a tiempo, puesto que es la primera obra que publica; que no le engañe el mal ejemplo de los que deliran a destajo; que siga otra carrera, en que por medio de un trabajo honesto podrá soco-

rrer sus necesidades y asistir a su familia, si la tiene. Díganle ustedes que el teatro español tiene de sobra autorcillos chanflones que le abastezcan de mamarrachos; que lo que necesita es una reforma fundamental en todas sus partes; y que mientras ésta no se verifique, los buenos ingenios que tiene la nación, o no harán nada, o harán lo que únicamente baste para manifestar que saben escribir con acierto, y que no quieren escribir.

---

5 Véase cómo pensaban los contemporáneos de Moratín acerca del teatro:

"Don Martín.—Hablemos del teatro cómico si os parece.

Don Lucas.—Punto tocáis muy interesante en la actual época, porque distando muy mucho mi opinión de la de la turba magna de críticos regeneradores y refundidores de los dramas teatrales que tanto pululan en el día, si me oyeran algunos no quedaba mi ejecutoria de nobleza para envolver especias. Háblase mucho de las unidades de *acción, lugar y tiempo*, pero para mí valen muy poco. No soy tan simple que no conozca lo disparatado de representarse un acto en Madrid, otro en El Cairo y otro en Filipinas; pero si salgo divertido seré como el asno que deja por el tosco pienso las finas rosquillas. Al teatro voy como espectador y no como censor de lo que allí pasa, y así Marta la Romarantina, el Mágico Brancanelo, Juana la Rabicortona y otros monstruos de igual familia, completan mi deseo. Admito las unidades, pero no como las suponen los críticos delicados. En la unidad de *acción* quiero y entiendo que los actores desempeñen bien su trabajo, que vistan según lo pide la escena, y que las decoraciones expresen con propiedad el sitio donde sucede el lance; en la de *tiempo*, que si el anuncio público convoca a las siete, no empiece la función a las ocho o las nueve, y que en los entreactos no quede tanto vacío que pueda uno ir a engullir una polla en la fonda con sosiego sin hacer falta; y en la unidad de *lugar* quiero que cada uno ocupe su asiento, sin que en el banco o grada donde caben cuatro me emboquen cinco personas."—Don Lucas Alemán (Manuel Casal), *Don Lucas y don Martín solos en su camarín*, capricho cómico, Madrid 1832, páginas 14-16.

D. Hermógenes

Bien dise Séneca en su epístola dieciocho, que...

D. Pedro

Séneca dice en todas sus epístolas que usted es un pedantón ridículo, a quien yo no puedo aguantar. Adiós, señores.

ESCENA V

DON ANTONIO, DON ELEUTERIO, DON HERMÓGENES, PIPÍ

D. Hermógenes

¿Yo pedantón? (Encarándose hacia la puerta por donde se fué don Pedro. Don Eleuterio se pasea inquieto.) ¡Yo, que he compuesto siete prolusiones grecolatinas sobre los puntos más delicados del derecho!

D. Eleuterio

¡Lo que él entenderá de comedias, cuando dice que la conclusión del segundo acto es mala!

D. Hermógenes

Él será el pedantón.

D. Eleuterio

¿Hablar así de una pieza que ha de durar lo menos quince días? Y si empieza a llover...

D. Hermógenes

Yo estoy graduado en leyes, y soy opositor a cátedras, y soy académico, y no he querido ser dómine de Pioz.

---

7 Prolusión = Proemio, prólogo.

20 La villa de Pioz está situada tres leguas al oriente de Alcalá de Henares. Hasta pocos años ha hubo en ella una cátedra de latinidad, célebre en toda aquella tierra, y muy frecuentada

D. Antonio

Nadie pone duda en el mérito de usted, señor don Hermógenes, nadie; pero esto ya se acabó, y no es cosa de acalorarse.

D. Eleuterio

Pues la comedia ha de gustar, mal que le pese.

D. Antonio

Sí, señor, gustará. Voy a ver si le alcanzo, y *velis nolis*, he de hacer que la vea para castigarle.

D. Eleuterio

Buen pensamiento: sí, vaya usted.

D. Antonio

En mi vida he visto locos más locos.

---

de discípulos. La regentaba siempre algún eclesiástico virtuoso y erudito, que no sólo instruía a sus alumnos en los sólidos principios, la inteligencia y buen gusto de aquel idioma, sino que sabía imprimir en sus tiernos ánimos, con la persuasión y el ejemplo, las máximas de una moral cristiana y la práctica de las buenas costumbres.—N. de Moratín.

ESCENA VI

DON HERMÓGENES, DON ELEUTERIO

D. Eleuterio

¡Llamar detestable a la comedia! ¡Vaya, que estos hombres gastan un lenguaje que da gozo oírle!

D. Hermógenes

Aquila non capit muscas, don Eleuterio. Quiero decir que no haga usted caso. A la sombra del mérito crece la envidia. A mí me sucede lo mismo. Ya ve usted si yo sé algo...

D. Eleuterio

¡Oh!

D. Hermógenes

Digo me parece que, sin vanidad, pocos habrá que...

D. Eleuterio

Ninguno. Vamos; tan completo como usted, ninguno.

D. Hermógenes

Que reúnan el ingenio a la erudición, la aplicación al gusto, del modo que yo, sin alabarme, he llegado a reunirlos. ¿Eh?

D. Eleuterio

Vaya, de eso no hay que hablar: es más claro que el sol que nos alumbra.

D. Hermógenes

Pues bien, a pesar de eso, hay quien me llama pedante, y casquivano, y animal cuadrúpedo. Ayer, sin ir más lejos, me lo dijeron en la Puerta del Sol, delante de cuarenta o cincuenta personas.

D. Eleuterio

¡Picardía! Y usted ¿qué hizo?

D. Hermógenes

Lo que debe hacer un gran filósofo: callé, tomé un polvo, y me fuí a oír una misa a la Soledad.

D. Eleuterio

Envidia todo, envidia. ¿Vamos arriba?

D. Hermógenes

Esto lo digo para que usted se anime; y le aseguro que los aplausos que... Pero, dígame usted: ¿ni siquiera una onza de oro le han querido adelantar a usted a cuenta de los quince doblones de la comedia?

D. Eleuterio

Nada, ni un ochavo. Ya sabe usted las dificultades que ha habido para que esa gente la reciba. Por último, hemos quedado en que no han de darme nada hasta ver si la pieza gusta o no.

D. Hermógenes

¡Oh, corvas almas! ¡Y precisamente en la ocasión más crítica para mí! Bien dice Tito Livio, que cuando...

D. Eleuterio

Pues ¿qué hay de nuevo?

D. Hermógenes

Ese bruto de mi casero... El hombre más ignorante que conozco. Por año y medio que le debo de alquileres me pierde el respeto, me amenaza...

D. Eleuterio

No hay que afligirse. Mañana o esotro es regular que me den el dinero; pagaremos a ese bribón; y si tiene usted algún pico en la hostería, también se...

D. Hermógenes

Sí, aún hay un piquillo; cosa corta.

D. Eleuterio

Pues bien; con la impresión, lo menos ganaré cuatro mil reales.

D. Hermógenes

Lo menos. Se vende toda seguramente.

(Vase Pipí por la puerta del foro)

D. Eleuterio

Pues con ese dinero saldremos de apuros; se adornará el cuarto nuevo; unas sillas, una cama y algún otro chisme. Se casa usted. Mariquita, como usted sabe, es aplicada, hacendosilla y muy mujer; ustedes estarán en mi casa continuamente. Yo iré dando las otras cuatro comedias que, pegando la de hoy, las recibirán los cómicos con palio. Pillo la moneda, las imprimo, se venden; entre tanto ya tendré algunas hechas, y otras en el telar. Vaya, no hay que temer. Y, sobre todo, usted saldrá colocado de hoy a mañana: una intendencia, una toga, una embajada; ¿qué sé yo? Ello es que el ministro le estima a usted: ¿no es verdad?

D. Hermógenes

Tres visitas le hago cada día...

D. Eleuterio

Sí, apretarle, apretarle. Subamos arriba, que las mujeres ya estarán...

D. Hermógenes

Diecisiete memoriales le he entregado la semana última.

D. Eleuterio

¿Y qué dice?

D. Hermógenes

En uno de ellos puse por lema aquel celebérrimo dicho del poeta: *Pallida mors æquo pulsat pede pauperum tabernas regumque turres.*

D. Eleuterio

¿Y qué dijo cuando leyó eso de las tabernas?

D. Hermógenes

Que bien; que ya está enterado de mi solicitud.

D. Eleuterio

¡Pues no le digo a usted! Vamos, eso está conseguido.

D. Hermógenes

Mucho lo deseo, para que a este consorcio apetecido acompañe el episodio de tener qué comer, puesto que *sine Cerere et Bacho friget Venus.* Y entonces, ¡oh!, entonces... Con un buen empleo y la blanca mano de Mariquita, ninguna otra cosa me queda que apetecer, sino que el cielo me conceda numerosa y masculina sucesión.

(Vanse por la puerta del foro)

ACTO II

ESCENA PRIMERA

DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA, DON SERAPIO, DON HERMÓGENES, DON ELEUTERIO

(Salen por la puerta del foro)

D. Serapio

El trueque de los puñales, créame usted, es de lo mejor que se ha visto.

D. Eleuterio

¿Y el sueño del emperador?

D.ª Agustina

¿Y la oración que hace el visir a sus ídolos?

D.ª Mariquita

Pero a mí me parece que no es regular que el emperador se durmiera, precisamente en la ocasión más...

D. Hermógenes

Señora, el sueño es natural en el hombre, y no hay dificultad en que un emperador se duerma, porque los vapores húmedos que suben al cerebro...

D.ª Agustina

Pero ¿usted hace caso de ella? ¡Qué tontería! Si no sabe lo que se dice... Y a todo esto, ¿qué hora tenemos?

D. Serapio

Serán... Deje usted... Podrán ser ahora...

D. Hermógenes

Aquí está mi reloj (Saca su reloj) que es puntualísimo. Tres y media cabales.

D.ª Agustina

¡Oh!, pues aún tenemos tiempo. Sentémonos, una vez que no hay gente.

(Siéntanse todos menos don Eleuterio)

D. Serapio

¿Qué gente ha de haber? Si fuera en otro cualquier día... Pero hoy todo el mundo va a la comedia.

D.ª Agustina

Estará lleno, lleno.

D. Serapio

Habrá hombre que dará esta tarde dos medallas por un asiento de luneta.

D. Eleuterio

Ya se ve, comedia nueva, autor nuevo, y...

D.ª Agustina

Y que ya la habrán leído muchísimos, y sabrán lo que es. Vaya, no cabrá un alfiler, aunque fuera el coliseo siete veces más grande.

D. Serapio

Hoy los Chorizos se mueren de frío y de miedo. Ayer noche apostaba yo al marido de la graciosa

26 Los apasionados de la compañía del Príncipe se llamaban *Chorizos* y llevaban en el sombrero una cinta de color de oro; los de la compañía de la Cruz, *Polacos*, con cinta en el som-

seis onzas de oro a que no tienen esta tarde en su corral cien reales de entrada.

D. Eleuterio

¿Con que la apuesta se hizo? ¿Eh?

D. Serapio

No llegó el caso, porque yo no tenía en el bolsillo más que dos reales y unos cuartos... Pero ¡cómo los hice rabiar, y que!...

D. Eleuterio

Soy con ustedes, voy aquí a la librería, y vuelvo.

D.ª Agustina

¿A qué?

D. Eleuterio

¿No te lo he dicho? Si encargué que me trajesen ahí la razón de lo que va vendido, para que...

D.ª Agustina

Sí, es verdad. Vuelve presto.

D. Eleuterio

Al instante. (Vase.)

---

brero de azul celeste; los que frecuentaban el teatro de los Caños tomaron el nombre de *Panduros*.

Había un fraile trinitario descalzo, llamado el P. Polaco, jefe de la parcialidad a que dió nombre, atolondrado e infatigable voceador, que adquirió entre los mosqueteros opinión de muy inteligente en materia de comedias y comediantes. Corría de una parte a otra del teatro animando a los suyos para que, dada la señal del ataque, interrumpiesen con alaridos, chiflidos y estrépito cualquiera pieza que se estrenase en el teatro de los *Chorizos*, si por desgracia no habían solicitado de antemano su aprobación, al mismo tiempo que sostenía con exagerados aplausos cuantos disparates representaba la compañía polaca, de quien era frenético panegirista.— N. de Moratín.

ESCENA II

DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA, DON SERAPIO, DON HERMÓGENES

D.ª Mariquita

¡Qué inquietud! ¡Qué ir y venir! No para este hombre.

D.ª Agustina

Todo se necesita, hija; y si no fuera su buena diligencia, y lo que él ha minado y revuelto, se hubiera quedado con su comedia escrita y su trabajo perdido.

D.ª Mariquita

¿Y quién sabe lo que sucederá todavía, hermana? Lo cierto es que yo estoy en brasas; porque, vaya, si la silban, yo no sé lo que será de mí.

D.ª Agustina

Pero ¿por qué la han de silbar, ignorante? ¡Qué tonta eres, y qué falta de comprensión!

D.ª Mariquita

Pues siempre me está usted diciendo eso. (Sale Pipí por la puerta del foro con platos, botellas, etc. Lo deja todo sobre el mostrador, y vuelve a irse por la misma parte.) Vaya, que algunas veces me... ¡Ay, don Hermógenes! No sabe usted qué ganas tengo de ver estas cosas concluídas, y poderme ir a comer un pedazo de pan con quietud a mi casa, sin tener que sufrir tales sinrazones.

D. Hermógenes

No el pedazo de pan, sino ese hermoso pedazo de cielo, me tiene a mí impaciente hasta que se verifique el suspirado consorcio.

D.ª Mariquita

¡Suspirado, sí, suspirado! Quien le creyera a usted.

D. Hermógenes

Pues ¿quién ama tan de veras como yo? Cuando ni Píramo, ni Marco Antonio, ni los Ptolomeos egipcios, ni todos los Seléucidas de Asiria sintieron jamás un amor comparable al mío.

D.ª Agustina

¡Discreta hipérbole! ¡Viva, viva! Respóndele, bruto.

D.ª Mariquita

¿Qué he de responder, señora, si no le he entendido una palabra?

D.ª Agustina

¡Me desespera!

D.ª Mariquita

Pues digo bien. ¿Qué sé yo quién son esas gentes de quien está hablando? Mire usted, para decirme: Mariquita, yo estoy deseando que nos casemos; así que su hermano de usted coja esos cuartos, verá usted como todo se dispone; porque la quiero a usted mucho, y es usted muy guapa muchacha, y tiene usted unos ojos muy peregrinos, y... ¿qué sé yo? Así. Las cosas que dicen los hombres.

D.ª Agustina

Sí; los hombres ignorantes, que no tienen crianza ni talento, ni saben latín.

D.ª Mariquita

¡Pues, latín! Maldito sea su latín. Cuando le pregunto cualquiera friolera, casi siempre me responde en latín; y para decir que se quiere casar conmigo, me cita tantos autores... Mire usted qué entenderán los autores de eso, ni qué les importará a ellos que nosotros nos casemos o no.

D.ª Agustina

¡Qué ignorancia! Vaya, don Hermógenes; lo que le he dicho a usted. Es menester que usted se dedique a instruirla y descortezarla; porque, la verdad, esa estupidez me avergüenza. Yo, bien sabe Dios que no he podido más; ya se ve, ocupada continuamente en ayudar a mi marido en sus obras, en corregírselas, como usted habrá visto muchas veces, en sugerirle ideas a fin de que salgan con la debida perfección, no he tenido tiempo para emprender su enseñanza. Por otra parte, es increíble lo que aquellas criaturas me molestan. El uno que llora, el otro que quiere mamar, el otro que rompió la taza, el otro que se cayó de la silla, me tienen continuamente afanada. Vaya; yo lo he dicho mil veces: para las mujeres instruídas es un tormento la fecundidad.

D.ª Mariquita

¡Tormento! ¡Vaya, hermana, que usted es singular en todas sus cosas! Pues yo, si me caso, bien sabe Dios que...

D.ª Agustina

Calla, majadera, que vas a decir un disparate.

D. Hermógenes

Yo la instruiré en las ciencias abstractas; la enseñaré la prosodia; haré que copie a ratos perdidos

el *Arte magna* de Raimundo Lulio, y que me recite de memoria todos los martes dos o tres hojas del *Diccionario* de Rubiños. Después aprenderá los logaritmos y algo de la estática; después...

D.ª Mariquita

Después me dará un tabardillo pintado, y me llevará Dios. ¡Se habrá visto tal empeño! No, señor; si soy ignorante, buen provecho me haga. Yo sé escribir y ajustar una cuenta, sé guisar, sé planchar, sé coser, sé zurcir, sé bordar, sé cuidar de una casa; yo cuidaré de la mía, y de mi marido, y de mis hijos, y yo me los criaré. Pues, señor, ¿no sé bastante? ¡Que por fuerza he de ser doctora y marisabidilla, y que he de aprender la gramática, y que he de hacer coplas! ¿Para qué? ¿Para perder el juicio? Que permita Dios si no parece casa de locos la nuestra, desde que mi hermano ha dado en esas manías. Siempre disputando marido y mujer sobre si la escena es larga o corta, siempre contando las letras por los dedos para saber si los versos están cabales o no, si el lance a obscuras ha de ser antes de la batalla o después del veneno, y manoseando continuamente *Gacetas* y *Mercurios* para buscar nombres bien extravagantes, que casi todos acaban en *of* y en *graf*, para rebutir con ellos sus relaciones... Y entretanto ni se barre el cuarto, ni la ropa se lava, ni las medias se cosen; y lo que es peor, ni se come, ni se cena. ¿Qué le parece a usted que comimos el domingo pasado, don Serapio?

D. Serapio

¿Yo, señora? ¿Cómo quiere usted que...?

3 Don Ildefonso López Rubiños publicó en 1754 una edición del Diccionario latino de Nebrija, con notas, adiciones y enmiendas.

D.ª Mariquita

Pues lléveme Dios si todo el banquete no se redujo a libra y media de pepinos, bien amarillos y bien gordos, que compré a la puerta, y un pedazo de rosca que sobró del día anterior. Y éramos seis bocas a comer, que el más desganado se hubiera engullido un cabrito y media hornada sin levantarse del asiento.

D.ª Agustina

Esta es su canción; siempre quejándose de que no come y trabaja mucho. Menos como yo, y más trabajo en un rato que me ponga a corregir alguna escena, o arreglar la ilusión de una catástrofe, que tú cosiendo y fregando, u ocupada en otros ministerios viles y mecánicos.

D. Hermógenes

Sí, Mariquita, sí; en eso tiene razón mi señora doña Agustina. Hay gran diferencia de un trabajo a otro, y los experimentos cotidianos nos enseñan que toda mujer que es literata y sabe hacer versos, *ipso facto* se halla exonerada de las obligaciones domésticas. Yo lo probé en una disertación que leí a la Academia de los Cinocéfalos. Allí sostuve: que los versos se confeccionan con la glándula pineal, y los calzoncillos con los tres dedos llamados *pollex, index* e *infamis*, que es decir: que para lo primero se necesita toda la argucia del ingenio, cuando para lo segundo basta sólo la costumbre de la mano. Y concluí, a satisfacción de todo mi auditorio: que es más difícil hacer un soneto que pegar un hombrillo; y que más elogio merece la mujer que sepa componer décimas y redondillas, que la que sólo es buena para hacer un pisto con tomate, un ajo de pollo o un carnero verde.

D.ª Mariquita

Aun por eso en mi casa no se gastan pistos, ni carneros verdes, ni pollos, ni ajos. Ya se ve, en comiendo versos no se necesita cocina.

D. Hermógenes

Bien está; sea lo que usted quiera, ídolo mío; pero si hasta ahora se ha padecido alguna estrechez, *angustam pauperiem*, que dijo el profano, de hoy en adelante será otra cosa.

D.ª Mariquita

¿Y qué dice el profano? ¿Que no silbarán esta tarde la comedia?

D. Hermógenes

No, señora; la aplaudirán.

D. Serapio

Durará un mes, y los cómicos se cansarán de representarla.

D.ª Mariquita

No, pues no decían eso ayer los que encontramos en la botillería. ¿Se acuerda usted, hermana? Y aquel más alto, a fe que no se mordía la lengua.

D. Serapio

¿Alto? Uno alto, ¿eh? Ya le conozco. (Levántase.) ¡Picarón! ¡Vicioso! Uno de capa que tiene un chirlo en las narices. ¡Bribón! Ese es un oficial de guarnicionero, muy apasionado de la otra compañía. ¡Alborotador! Que él fué el que tuvo la culpa

26 Aunque las providencias que tomó el Gobierno [sobre todo el conde de Aranda] para arreglar la policía de los teatros habían corregido muchos abusos y desórdenes, duraba todavía en el año 1792 el nombre y la parcialidad de los *Chorizos*

de que silbaran la comedia de *El monstruo más espantable del ponto de Calidonia*, que la hizo un sastre, pariente de un vecino mío; pero yo le aseguro al...

D.ª Mariquita

¿Qué tonterías está usted ahí diciendo? Si no es ése de quien yo hablo.

D. Serapio

Sí; uno alto, mala traza, con una señal que le coge...

---

y *Polacos*. Los primeros, que sostenían a la compañía de Manuel Martínez, eran, sin duda, los más formidables, así por el número como por la calidad de su gente: tenían caudillo conocido, que dirigía en el patio sus ataques, calmaba sus ímpetus y les hacía gritar o callar, silbar o aplaudir, según le parecía oportuno. Era éste un maestro de herrero, hombre de humor, de acalorada fantasía, alto, tiznado, intrépido, expresivo en su gesticulación y movimientos, dotado de verbosa y fácil elocuencia, vecino honrado y de sanísimas intenciones; llamábase *Tusa*, y era conocido y respetado con este nombre desde la Ribera de Curtidores hasta los yunques de Maravillas. Él y su gente aplaudían y preconizaban cuantos disparates tenía a bien representar el tío Martínez (que este cariñoso dictado le daba el vulgo); y nada se hacía en la compañía de Eusebio Ribera que en su opinión fuera tolerable. Ésta no carecía tampoco de frenéticos apasionados, capaces de oponerse al torrente amenazador, que muchas veces venía a turbar y alborotar su patio; preciábanse de tener más inteligencia y delicado gusto que los *Chorizos*; pero en verdad que unos y otros tenían igual motivo para tan osada presunción.—N. de Moratín.

3 Un sastre llamado don Juan Salvo y Vela, eligiendo el camino más breve de agradar al patio mediante el auxilio de los contrapesos y de las garruchas, publicó la comedia de *El mágico de Salerno Pedro Vayalarde*, y tanto aplauso tuvo, y tanto le solicitaron los cómicos y los apasionados, que dió libre curso a la vena poética; y en otras cuatro comedias que escribió con el mismo título amontonó cuantos disparates le pidieron y algunos más. Compuso después un auto y varias comedias de Santos, todo por el mismo gusto, adquiriendo general estimación entre las mujeres, los beatos y los muchachos.—N. de Moratín.

D.ª Mariquita

Si no es ése.

D. Serapio

¡Mayor gatallón! Y ¡qué mala vida dió a su mujer! ¡Pobrecita! Lo mismo la trataba que a un perro.

D.ª Mariquita

Pero si no es ése, ¡dale! ¿A qué viene cansarse? Éste era un caballero muy decente; que no tiene ni capa, ni chirlo, ni se parece en nada al que usted nos pinta.

D. Serapio

Ya; pero voy al decir. ¡Unas ganas tengo de pillar al tal guarnicionero! No irá esta tarde al patio, que si fuera... ¡eh! Pero el otro día ¡qué cosas le dijimos allí en la plazuela de San Juan! Empeñado en que la otra compañía es la mejor, y que no hay quien la tosa. ¿Y saben ustedes (Vuelve a sentarse) por qué es todo ello? Porque los domingos por la noche se van él y otros de su pelo a casa de la Ramírez, y allí se están retozando en el recibimiento con la criada; después les saca un poco de queso, o unos pimientos en vinagre, o así; y luego se van a palmotear como desesperados a las barandillas y al degolladero. Pero no hay remedio; ya estamos prevenidos los apasionados de acá; y a la primera comedia que echen en el otro corral, ¡zás!, sin remisión, a silbidos se ha de hundir la casa. A ver...

---

25 Degolladero = Viga gruesa y fuerte que separaba a las lunetas o butacas del patio en que los espectadores (denominados pintorescamente *mosqueteros*) permanecían en pie. Estaba a la altura del cuello de un hombre, y cuando había grandes apreturas por exceso de concurrencia los más próximos corrían peligro de quedar degollados por la viga.

D.ª Mariquita

¿Y si ellos nos ganasen por la mano, y hacen con la de hoy otro tanto?

D.ª Agustina

Sí, te parecerá que tu hermano es lerdo, y que ha trabajado poco estos días para que no le suceda un chasco. Él se ha hecho ya amigo de los principales apasionados del otro corral; ha estado con ellos; les ha recomendado la comedia y les ha prometido que la primera que componga será para su compañía. Además de eso, la dama de allá le quiere mucho; él va todos los días a su casa a ver si se la ofrece algo, y cualquiera cosa que allí ocurre nadie la hace sino mi marido. "Don Eleuterio, tráigame usted un par de libras de manteca. Don Eleuterio, eche usted un poco de alpiste a ese canario. Don Eleuterio, dé usted una vuelta por la cocina a espumar aquel puchero." Y él, ya se ve, lo hace

8 En el año de 1579 y en el de 1582 establecieron las cofradías de la Pasión y Soledad dos corrales: el primero en la calle de la Cruz y el segundo en la del Príncipe.

El primer teatro que adquirió una forma regular fué el de los Caños del Peral, en donde muy a principios del siglo se hicieron algunas óperas, y después comedias italianas por una compañía que llamaron de los Trufaldines. El marqués don Aníbal Scoti, mayordomo mayor de la reina doña Isabel Farnesio, hizo varias obras de consideración en aquel teatro, por los años de 1738, dándole mayor comodidad y ornato, y en él continuaron los italianos por algún tiempo haciendo sus farsas de representación y de música. Este ejemplo estimuló a la autoridad a construir de nuevo dos teatros en el sitio de los dos corrales, que por espacio de siglo y medio habían sido indecente asilo de las musas españolas. El de la Cruz, alterando en algo los planos que dejó hechos don Felipe Jubarra, se concluyó en el año de 1743, y el del Príncipe, dirigido por don Juan Bautista Sachetti (de quien era entonces delineador don Ventura Rodríguez), quedó acabado en el año de 1745, y se estrenó con la zarzuela intitulada *El rapto de Ganimedes*.—N. de Moratín.

todo con una prontitud y un agrado, que no hay más que pedir; porque, en fin, el que necesita es preciso que... Y por otra parte, como él, bendito sea Dios, tiene tal gracia para cualquier cosa, y es tan servicial como todo el mundo... ¡Qué silbar!... No, hija, no hay que temer; ¡a buenas aldabas se ha agarrado él para que le silben!

D. Hermógenes

Y, sobre todo, el sobresaliente mérito del drama bastaría a imponer taciturnidad y admiración a la turba más gárrula, más desenfrenada e insipiente.

D.ª Agustina

Pues ya se ve. Figúrese usted una comedia heroica como ésta, con más de nueve lances que tiene. Un desafío a caballo por el patio, tres batallas, dos tempestades, un entierro, una función de máscara, un incendio de ciudad, un puente roto, dos ejercicios de fuego y un ajusticiado; figúrese si esto ha de gustar precisamente.

D. Serapio

¡Toma si gustará!

D. Hermógenes

Aturdirá.

D. Serapio

Se despoblará Madrid por ir a verla.

D.ª Mariquita

Y a mí me parece que unas comedias así debían representarse en la plaza de los toros.

ESCENA III

DON ELEUTERIO, DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA, DON SERAPIO, DON HERMÓGENES

D.ª Agustina

Y bien, ¿qué dice el librero? ¿Se despachan muchas?

D. Eleuterio

Hasta ahora...

D.ª Agustina

Deja; me parece que voy a acertar: habrá vendido... ¿Cuándo se pusieron los carteles?

D. Eleuterio

Ayer por la mañana. Tres o cuatro hice poner en cada esquina.

D. Serapio

¡Ah!, y cuide usted (Levántase) que les pongan buen engrudo, porque si no...

D. Eleuterio

Sí, que no estoy en todo. Como que yo mismo le hice con esa mira, y lleva una buena parte de cola.

D.ª Agustina

El *Diario* y la *Gaceta* la han anunciado ya; ¿es verdad?

D. Hermógenes

En términos precisos.

D.ª Agustina

Pues irán vendidos... quinientos ejemplares.

D. Serapio

¡Qué friolera! Y más de ochocientos también.

D.ª Agustina

¿He acertado?

D. Serapio

¿Es verdad que pasan de ochocientos?

D. Eleuterio

No, señor; no es verdad. La verdad es que hasta ahora, según me acaban de decir, no se han despachado más que tres ejemplares; y esto me da malísima espina.

D. Serapio

¿Tres no más? Harto poco es.

D.ª Agustina

Por vida mía, que es bien poco.

D. Hermógenes

Distingo. Poco, absolutamente hablando, niego; respectivamente, concedo: porque nada hay que sea poco ni mucho *per se*, sino respectivamente. Y así, si los tres ejemplares vendidos constituyen una cantidad tercia con relación a nueve, y bajo este respecto los dichos tres ejemplares se llaman poco, también estos mismos tres ejemplares relativamente a uno componen una triplicada cantidad, a la cual podemos llamar mucho por la diferencia que va de uno a tres. De donde concluyo: que no es poco lo que se ha vendido y que es falta de ilustración sostener lo contrario.

D.ª Agustina

Dice bien, muy bien.

D. Serapio

¡Qué! ¡Si en poniéndose a hablar este hombre!...

D.ª Mariquita

Pues en poniéndose a hablar probará que lo blanco es verde, y que dos y dos son veinticinco. Yo no entiendo tal modo de sacar cuentas... Pero al cabo y al fin, las tres comedias que se han vendido hasta ahora, ¿serán más que tres?

D. Eleuterio

Es verdad; y, en suma, todo el importe no pasará de seis reales.

D.ª Mariquita

Pues, seis reales; cuando esperábamos montes de oro con la tal impresión. Ya voy yo viendo que si mi boda no se ha de hacer hasta que todos esos papelotes se despachen, me llevarán con palma a la sepultura. (Llorando.) ¡Pobrecita de mí!

D. Hermógenes

No así, hermosa Mariquita, desperdicie usted el tesoro de perlas que una y otra luz derrama.

D.ª Mariquita

¿Perlas? Si yo supiera llorar perlas, no tendría mi hermano necesidad de escribir disparates.

ESCENA IV

DON ANTONIO, DON ELEUTERIO, DON HERMÓGENES, DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA

D. Antonio

A la orden de ustedes, señores.

D. Eleuterio

Pues ¿cómo tan presto? ¿No dijo usted que iría a ver la comedia?

D. Antonio

En efecto, he ido. Allí queda don Pedro.

D. Eleuterio

¿Aquel caballero de tan mal humor?

D. Antonio

El mismo. Que quieras que no, le he acomodado (Sale Pipí por la puerta del foro con un canastillo de manteles, cubiertos, etc., y le pone sobre el mostrador) en el palco de unos amigos. Yo creí tener luneta segura; ¡pero qué!, ni luneta, ni palcos, ni tertulias, ni cubillos; no hay asiento en ninguna parte.

---

17 Luneta = Lo que hoy llamamos butacas.

18 Tertulia = Corredor en la parte más alta de los teatros antiguos.

Cubillo = Aposento pequeño que había a cada lado de la embocadura de los teatros debajo de los palcos principales.

D.ª Agustina

Si lo dije.

D. Antonio

Es mucha la gente que hay.

D. Eleuterio

Pues no, no es cosa de que usted se quede sin verla. Yo tengo palco. Véngase usted con nosotros, y todos nos acomodaremos.

D.ª Agustina

Sí; puede usted venir con toda satisfacción, caballero.

D. Antonio

Señora, doy a usted mil gracias por su atención; pero ya no es cosa de volver allá. Cuando yo salí se empezaba la primera tonadilla; conque...

D. Serapio

¿La tonadilla? (Levántanse todos.)

---

15 La distribución que se observaba en las representaciones, era ésta. Empezábase la comedia, y al concluir la primera jornada se echaba un entremés; seguía una tonadilla, después la segunda jornada, luego un sainete, otra tonadilla y, por último, la tercera jornada de la comedia. No hay para qué decir la distracción, la discordancia, la falta de unidad e interés que resultaba de esta mezcla exótica, porque fácilmente puede inferirse; pero a estos inconvenientes se añadían otros, que no acertarían a presumir los que no alcanzaron aquel tiempo. Eran disformes los peinados que usaban entonces las mujeres, y no menor el artificio con que los hombres se desfiguraban las cabezas a fuerza de batidos, erizones, rizos, pomadas, sebo y polvos; ni los peluqueros ni los actores se paraban a considerar jamás si aquel ornato convenía a la comedia o no, ni había más tiempo para desnudarse de un traje y ponerse otro que el que podía permitir una corta sinfonía que tocaba la orquesta. Resultaba de todo esto que en el entremés o en el sainete se presentaba

D.ª Mariquita

¿Qué dice usted?

D. Eleuterio

¿La tonadilla?

D.ª Agustina

¿Pues cómo han empezado tan presto?

D. Antonio

No, señora; han empezado a la hora regular.

D.ª Agustina

No puede ser; si ahora serán...

D. Hermógenes

Yo lo diré: (Saca el reloj) las tres y media en punto.

D.ª Mariquita

¡Hombre! ¿Qué tres y media? Su reloj de usted está siempre en las tres y media.

D.ª Agustina

A ver... (Toma el reloj de don Hermógenes, le aplica al oído, y se le vuelve.) ¡Si está parado!

D. Hermógenes

Es verdad. Esto consiste en que la elasticidad del muelle espiral...

---

el alcalde de Polvoranca peinado en ala de pichón, con montera de paño, chupa parda, guirindola de festón y coturnos griegos; al sacristán de Escopete se le descubría un pedazo de toga consular, que le arrastraba por debajo de la sotanilla, y la tía Chincha salía con su guardapiés de estameña azul, medias de trama de Persia, ricos zapatos con hebillas de Francia, mandil negro, peinado magnífico, adornado de brillantes, plumas y flores, dengue colorado, pañuelo de cotón y casaca de tisú con vuelos angelicales.—N. de Moratín.

D.ª Mariquita

Consiste en que está parado, y nos ha hecho usted perder la mitad de la comedia. Vamos, hermana.

D.ª Agustina

Vamos.

D. Eleuterio

¡Cuidado, que es cosa particular! ¡Voto va sanes! La casualidad de...

D.ª Mariquita

Vamos pronto... ¿Y mi abanico?

D. Serapio

Aquí está.

D. Antonio

Llegarán ustedes al segundo acto.

D.ª Mariquita

Vaya, que este don Hermógenes...

D.ª Agustina

Quede usted con Dios, caballero.

D.ª Mariquita

Vamos aprisa.

D. Antonio

Vayan ustedes con Dios.

D. Serapio

A bien que cerca estamos.

D. Eleuterio

Cierto que ha sido chasco estarnos así, fiados en...

D.ª Mariquita

Fiados en el maldito reloj de don Hermógenes.

ESCENA V

DON ANTONIO, PIPÍ

D. Antonio

¿Conque estas dos son la hermana y la mujer del autor de la comedia?

Pipí

Sí, señor.

D. Antonio

¡Qué paso llevan! Ya se ve, se fiaron del reloj de don Hermógenes.

Pipí

Pues, yo no sé qué será, pero desde la ventana de arriba se ve salir mucha gente del coliseo.

D. Antonio

Serán los del patio, que estarán sofocados. Cuando yo me vine quedaban dando voces para que les abriesen las puertas. El calor es muy grande, y por otra parte, meter cuatro donde no caben más que dos, es un despropósito; pero lo que importa es cobrar a la puerta, y más que revienten dentro.

ESCENA VI

DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPÍ

D. Antonio

¡Calle! ¿Ya está usted por acá? Pues y la comedia, ¿en qué estado queda?

D. Pedro

Hombre, no me hable usted de comedia (Siéntase) que no he tenido rato peor muchos meses ha.

D. Antonio

Pues, ¿qué ha sido ello? (Sentándose junto a don Pedro.)

D. Pedro

¿Qué ha de ser? Que he tenido que sufrir, gracias a la recomendación de usted, casi todo el primer acto, y por añadidura una tonadilla insípida y desvergonzada, como es costumbre. Hallé la ocasión de escapar, y la aproveché.

D. Antonio

¿Y qué tenemos en cuanto al mérito de la pieza?

D. Pedro

Que cosa peor no se ha visto en el teatro desde que las musas de guardilla le abastecen... Si tengo hecho propósito firme de no ir jamás a ver esas tonterías. A mí no me divierten; al contrario, me llenan de, de... No, señor; menos me enfada cual-

quiera de nuestras comedias antiguas, por malas que sean. Están desarregladas, tienen disparates; pero aquellos disparates y aquel desarreglo son hijos del ingenio y no de la estupidez. Tienen defectos enormes, es verdad; pero entre estos defectos se hallan cosas que, por vida mía, tal vez suspenden y conmueven al espectador en términos de hacerle olvidar o disculpar cuantos desaciertos han precedido. Ahora compare usted nuestros autores adocenados del día con los antiguos, y dígame si no valen más Calderón, Solís, Rojas, Moreto, cuando deliran, que estotros cuando quieren hablar en razón.

D. Antonio

La cosa es tan clara, señor don Pedro, que no hay nada que oponer a ella; pero, dígame usted, el pueblo, el pobre pueblo, ¿sufre con paciencia ese espantable comedión?

D. Pedro

No tanto como el autor quisiera, porque algunas veces se ha levantado en el patio una mareta sorda que traía visos de tempestad. En fin, se acabó el acto muy oportunamente; pero no me atreveré a pronosticar el éxito de la tal pieza, porque aunque el público está ya muy acostumbrado a oír desatinos, tan garrafales como los de hoy jamás se oyeron.

D. Antonio

¿Qué dice usted?

D. Pedro

Es increíble. Allí no hay más que un hacinamiento confuso de especies, una acción informe, lances inverosímiles, episodios inconexos, caracteres mal expresados o mal escogidos; en vez de artificio, embrollo; en vez de situaciones cómicas, mamarra-

chadas de linterna mágica. No hay conocimiento de historia ni de costumbres; no hay objeto moral; no hay lenguaje, ni estilo, ni versificación, ni gusto, ni sentido común. En suma, es tan mala y peor que las otras con que nos regalan todos los días.

D. Antonio

Y no hay que esperar nada mejor. Mientras el teatro siga en el abandono en que hoy está, en vez de ser el espejo de la virtud y el templo del buen gusto, será la escuela del error y el almacén de las extravagancias.

D. Pedro

Pero ¿no es fatalidad que después de tanto como se ha escrito por los hombres más doctos de la nación sobre la necesidad de su reforma, se han de ver todavía en nuestra escena espectáculos tan infelices? ¿Qué pensarán de nuestra cultura los extranjeros que vean la comedia de esta tarde? ¿Qué dirán cuando lean las que se imprimen diariamente?

D. Antonio

Digan lo que quieran, amigo don Pedro, ni usted ni yo podemos remediarlo. Y ¿qué haremos? Reír o rabiar; no hay otra alternativa... Pues yo más quiero reír que impacientarme.

D. Pedro

Yo no, porque no tengo serenidad para eso. Los progresos de la literatura, señor don Antonio, interesan mucho al poder, a la gloria y a la conserva-

11 Moratín suprimió después el siguiente párrafo de la primera edición: "Ello es cierto que nuestro teatro está perdido, ni hay hombre de buena fe que lo ignore; su reforma es urgente y fácil".

ción de los imperios; el teatro influye inmediatamente en la cultura nacional; el nuestro está perdido, y yo soy muy español.

D. Antonio

Con todo, cuando se ve que... Pero ¿qué novedad es ésta?

ESCENA VII

DON SERAPIO, DON HERMÓGENES, DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPÍ

D. Serapio

Pipí, muchacho: ¡corriendo, por Dios, un poco de agua!

D. Antonio

¿Qué ha sucedido?

(Se levantan don Antonio y don Pedro)

D. Serapio

No te pares en enjuagatorios. ¡Aprisa!

Pipí

Voy, voy allá.

D. Serapio

¡Despáchate!

Pipí

¡Por vida del hombre! (Pipí va detrás de don Serapio con un vaso de agua. Don Hermógenes, que sale apresurado, tropieza con él y deja caer el vaso y el plato.) ¿Por qué no mira usted?

D. Hermógenes

¿No hay alguno de ustedes que tenga por ahí un poco de agua de melisa, elixir, extracto, aroma, álcali volátil, éter vitriólico, o cualquier quinta esen-

cia antiespasmódica, para entonar el sistema nervioso de una dama exánime?

D. Antonio

Yo no, no traigo.

D. Pedro

Pero ¿qué ha sido? ¿Es accidente?

ESCENA VIII

DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA, DON ELEUTERIO, DON HERMÓGENES, DON SERAPIO, DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPÍ.

D. Eleuterio

Sí, es mucho mejor hacer lo que dice don Serapio.

(Doña Agustina, muy acongojada, sostenida por don Eleuterio y don Serapio. Le hacen que se siente. Pipí trae otro vaso de agua, y ella bebe un poco)

D. Serapio

Pues ya se ve. Anda, Pipí; en tu cama podrá descansar esta señora.

Pipí

¡Qué! Si está en un camaranchón que...

D. Eleuterio

No importa.

Pipí

¡La cama! La cama es un jergón de harpillera y...

D. Serapio

¿Qué quiere decir eso?

D. Eleuterio

No importa nada. Allí estará un rato, y veremos si es cosa de llamar a un sangrador.

Pipí

Yo bien, si ustedes...

D.ª Agustina

No, no es menester.

D.ª Mariquita

¿Se siente usted mejor, hermana?

D. Eleuterio

¿Te vas aliviando?

D.ª Agustina

Alguna cosa.

D. Serapio

¡Ya se ve! El lance no era para menos.

D. Antonio

Pero ¿se podrá saber qué especie de insulto ha sido éste?

D. Eleuterio

¡Qué ha de ser, señor; qué ha de ser! Que hay gente envidiosa y mal intencionada que... ¡Vaya! No me hable usted de eso; porque... ¡Picarones! ¿Cuándo han visto ellos comedia mejor?

D. Pedro

No acabo de comprender.

D.ª Mariquita

Señor, la cosa es bien sencilla. El señor es hermano mío, marido de esta señora, y autor de esa maldita comedia que han echado hoy. Hemos ido a verla; cuando llegamos estaban ya en el segundo acto. Allí había una tempestad, y luego un consejo de guerra, y luego un baile, y después un entierro... En fin, ello es que al cabo de esta tremolina salía la dama con un chiquillo de la mano, y ella

12 Insulto = Desmayo.

y el chico rabiaban de hambre; el muchacho decía "Madre, deme usted pan." Y la madre invocaba a Demorgogón y al Cancerbero. Al llegar nosotros se empezaba este lance de madre e hijo... El patio estaba tremendo. ¡Qué oleadas! ¡Qué toser! ¡Qué estornudos! ¡Qué bostezar! ¡Qué ruido confuso por todas partes!... Pues, señor, como digo, salió la dama, y apenas hubo dicho que no había comido en seis días, y apenas el chico empezó a pedirla pan, y ella a decirle que no le tenía, cuando, para servir a ustedes, la gente, que a la cuenta estaba ya hostigada de la tempestad, del consejo de guerra, del baile y del entierro, comenzó de nuevo a alborotarse. El ruido se aumenta; suenan bramidos por un lado y otro, y empieza tal descarga de palmadas huecas, y tal golpeo en los bancos y barandillas, que no parecía sino que toda la casa se venía al suelo. Corrieron el telón; abrieron las puertas; salió renegando toda la gente; a mi hermana se le oprimió el corazón, de manera que... En fin, ya está mejor, que es lo principal. Aquello no ha sido ni oído ni visto; en un instante, entrar en el palco y suceder lo que acabo de contar, todo ha sido a un tiempo. ¡Válgame Dios! ¡En lo que han venido a parar tantos proyectos! Bien decía yo que era imposible que... (Siéntase junto a doña Agustina.)

D. Eleuterio

¡Y que no ha de haber justicia para esto! Don Hermógenes, amigo don Hermógenes, usted bien sabe lo que es la pieza; informe usted a estos señores... Tome usted. (Saca la comedia y se la da a don Hermógenes.) Léales usted todo el segundo acto, y que me digan si una mujer que no ha comido en seis días tiene razón de morirse, y si es mal parecido que un chico de cuatro años pida pan a su madre.

Lea usted, lea usted, y que me digan si hay conciencia ni ley de Dios para haberme asesinado de esta manera.

D. Hermógenes

Yo, por ahora, amigo don Eleuterio, no puedo encargarme de la lectura del drama. (Deja la comedia sobre una mesa. Pipí la toma, se sienta en una mesa y lee.) Estoy de prisa. Nos veremos otro día, y...

D. Eleuterio

¿Se va usted?

D.ª Mariquita

¿Nos deja usted así?

D. Hermógenes

Si en algo pudiera contribuir con mi presencia al alivio de ustedes, no me movería de aquí; pero...

D.ª Mariquita

No se vaya usted.

D. Hermógenes

Me es muy doloroso asistir a tan acerbo espectáculo; tengo que hacer. En cuanto a la comedia, nada hay que decir; murió, y es imposible que resucite; bien que ahora estoy escribiendo una apología del teatro, y la citaré con elogio. Diré que hay otras peores; diré que si no guarda reglas ni conexión, consiste en que el autor era un grande hombre; callaré sus defectos...

D. Eleuterio

¿Qué defectos?

D. Hermógenes

Algunos que tiene.

D. Pedro

Pues no decía usted eso poco tiempo ha.

D. Hermógenes

Fué para animarle.

D. Pedro

Y para engañarle y perderle. Si usted conocía que era mala, ¿por qué no se lo dijo? ¿Por qué, en vez de aconsejarle que desistiera de escribir chapucerías, ponderaba usted el ingenio del autor, y le persuadía que era excelente una obra tan ridícula y despreciable?

D. Hermógenes

Porque el señor carece de criterio y sindéresis para comprender la solidez de mis raciocinios, si por ellos intentara persuadirle que la comedia es mala.

D.ª Agustina

¿Conque es mala?

D. Hermógenes

Malísima.

D. Eleuterio

¿Qué dice usted?

D.ª Agustina

Usted se chancea, don Hermógenes; no puede ser otra cosa.

D. Pedro

No, señora, no se chancea; en eso dice la verdad. La comedia es detestable.

D.ª Agustina

Poco a poco con eso, caballero; que una cosa es que el señor lo diga por gana de fiesta, y otra que

usted nos lo venga a repetir de ese modo. Usted será de los eruditos que de todo blasfeman, y nada les parece bien, sino lo que ellos hacen; pero...

D. Pedro

Si usted es marido de esa (A don Eleuterio) señora, hágala usted callar; porque, aunque no pueda ofenderme cuanto diga, es cosa ridícula que se meta a hablar de lo que no entiende.

D.ª Agustina

¿No entiendo? ¿Quién le ha dicho a usted que...?

D. Eleuterio

Por Dios, Agustina, no te desazones. Ya ves (Se levanta colérica, y don Eleuterio la hace sentar) cómo estás... ¡Válgame Dios, señor! Pero, amigo (A don Hermógenes) no sé qué pensar de usted.

D. Hermógenes

Piense usted lo que quiera. Yo pienso de su obra lo que ha pensado el público; pero soy su amigo de usted, y aunque vaticiné el éxito infausto que ha tenido, no quise anticiparle una pesadumbre, porque, como dice Platón y el abate Lampillas...

D. Eleuterio

Digan lo que quieran. Lo que yo digo es que usted me ha engañado como un chino. Si yo me aconsejaba con usted; si usted ha visto la obra lance por lance y verso por verso; si usted me ha exhortado a concluir las otras que tengo manuscritas; si usted me ha llenado de elogios y de esperanzas; si me ha hecho usted creer que yo era un grande hombre, ¿cómo me dice usted ahora eso? ¿Cómo ha tenido usted corazón para exponer-

me a los silbidos, al palmoteo y a la zumba de esta tarde?

D. Hermógenes

Usted es pacato y pusilánime en demasía... ¿Por qué no le anima a usted el ejemplo? ¿No ve usted esos autores que componen para el teatro, con cuánta imperturbabilidad toleran los vaivenes de la fortuna? Escriben, los silban, y vuelven a escribir; vuelven a silbarlos y vuelven a escribir... ¡Oh, almas grandes, para quienes los chiflidos son arrullos y las maldiciones alabanzas!

D.ª Mariquita

¿Y qué quiere usted (Levántase) decir con eso? Ya no tengo paciencia para callar más. ¿Qué quiere usted decir? ¿Que mi pobre hermano vuelva otra vez?...

D. Hermógenes

Lo que quiero decir es que estoy de prisa y me voy.

D.ª Agustina

Vaya usted con Dios, y haga usted cuenta que no nos ha conocido. ¡Picardía! No sé cómo (Se levanta muy enojada, encaminándose hacia don Hermógenes, que se va retirando de ella) no me tiro a él... Váyase usted.

D. Hermógenes

¡Gente ignorante!

D.ª Agustina

Váyase usted.

D. Eleuterio

¡Picarón!

D. Hermógenes

¡Canalla infeliz!

ESCENA IX

DON ELEUTERIO, DON SERAPIO, DON ANTONIO, DON PEDRO, DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA, PIPÍ

D. Eleuterio

¡Ingrato, embustero! Después (Se sienta con ademanes de abatimiento) de lo que hemos hecho por él.

D.ª Mariquita

Ya ve usted, hermana, lo que ha venido a resultar. Si lo dije, si me lo daba el corazón... Mire usted qué hombre; después de haberme traído en palabras tanto tiempo y, lo que es peor, haber perdido por él la conveniencia de casarme con el boticario, que a lo menos es hombre de bien y no sabe latín ni se mete en citar autores, como ese bribón... ¡Pobre de mí! Con dieciséis años que tengo, y todavía estoy sin colocar; por el maldito empeño de ustedes de que me había de casar con un erudito que supiera mucho... Mire usted lo que sabe el renegado, ¡Dios me perdone!, quitarme mi acomodo, engañar a mi hermano perderle, y hartarnos de pesadumbres.

D. Antonio

No se desconsuele usted, señorita; que todo se compondrá. Usted tiene mérito, y no la faltarán proporciones mucho mejores que las que ha perdido.

D.ª Agustina

Es menester que tengas un poco de paciencia, Mariquita.

D. Eleuterio

La paciencia (Se levanta con viveza) la necesito yo, que estoy desesperado de ver lo que me sucede.

D.ª Agustina

Pero, hombre, ¡que no has de reflexionar!...

D. Eleuterio

Calla, mujer; calla, por Dios, que tú también...

D. Serapio

No, señor; el mal ha estado en que nosotros no lo advertimos con tiempo... Pero le aseguro al guarnicionero y a sus camaradas que si llegamos a pillarlos, solfeo de mojicones como el que han de llevar no le... La comedia es buena, señor; créame usted a mí; la comedia es buena. Ahí no ha habido más sino que los de allá se han reunido, y...

D. Eleuterio

Yo ya estoy en que la comedia no es tan mala, y que hay muchos partidos, pero lo que a mí me...

D. Pedro

¿Todavía está usted en esa equivocación?

D. Antonio

Déjele usted. (Aparte a don Pedro.)

D. Pedro

No quiero dejarle, me da compasión... Y, sobre todo, es demasiada necedad, después de lo que ha

sucedido, que todavía esté creyendo el señor que su obra es buena. ¿Por qué ha de serlo? ¿Qué motivos tiene usted para acertar? ¿Qué ha estudiado usted? ¿Quién le ha enseñado el arte? ¿Qué modelos se ha propuesto usted para la imitación? ¿No ve usted que en todas las facultades hay un método de enseñanza, y unas reglas que seguir y observar; que a ellas debe acompañar una aplicación constante y laboriosa; y que sin estas circunstancias, unidas al talento, nunca se formarán grandes profesores, porque nadie sabe sin aprender? Pues ¿por dónde usted, que carece de tales requisitos, presume que habrá podido hacer algo bueno? Qué, ¿no hay más sino meterse a escribir, a salga lo que salga, y en ocho días zurcir un embrollo, ponerlo en malos versos, darle al teatro, y ya soy autor? Qué, ¿no hay más que escribir comedias? Si han de ser como la de usted o como las demás que se la parecen, poco talento, poco estudio y poco tiempo son necesarios; pero si han de ser buenas, créame usted, se necesita toda la vida de un hombre, un ingenio muy sobresaliente, un estudio infatigable, observación continua, sensibilidad, juicio exquisito; y todavía no hay seguridad de llegar a la perfección.

D. Eleuterio

Bien está, señor; será todo lo que usted dice; pero ahora no se trata de eso. Si me desespero y me confundo es por ver que todo se me descompone, que he perdido mi tiempo, que la comedia no vale un cuarto, que he gastado en la impresión lo que no tenía...

D. Antonio

No; la impresión con el tiempo se venderá.

D. Pedro

No se venderá, no, señor. El público no compra en la librería las piezas que silba en el teatro. No se venderá.

D. Eleuterio

Pues vea usted: no se venderá; y pierdo ese dinero; y por otra parte... ¡Válgame Dios! Yo, señor, seré lo que ustedes quieran; seré mal poeta, seré un zopenco; pero soy un hombre de bien. Ese picarón de don Hermógenes me ha estafado cuanto tenía para pagar sus trampas y sus embrollos; me ha metido en nuevos gastos, y me deja imposibilitado de cumplir como es regular con los muchos acreedores que tengo.

D. Pedro

Pero ahí no hay más que hacerles una obligación de irlos pagando poco a poco, según el empleo o facultad que usted tenga, y arreglándose a una buena economía...

D.ª Agustina

¡Qué empleo ni qué facultad, señor! Si el pobrecito no tiene ninguna.

D. Pedro

¿Ninguna?

D. Eleuterio

No, señor. Yo estuve en esa lotería de ahí arriba; después me puse a servir a un caballero indiano, pero se murió, lo dejé todo, y me metí a escribir comedias, porque ese don Hermógenes me engatusó y...

D.ª Mariquita

¡Maldito sea él!

D. Eleuterio

Y si fuera decir estoy solo, ¡anda con Dios!; pero casado, y con una hermana, y con aquellas criaturas...

D. Antonio

¿Cuántas tiene usted?

D. Eleuterio

Cuatro, señor; que el mayorcito no pasa de cinco años.

D. Pedro

¿Hijos tiene? (Aparte, con ternura: ¡Qué lástima!)

D. Eleuterio

Pues si no fuera por eso...

D. Pedro

(Aparte: Infeliz!) Yo, amigo, ignoraba que del éxito de la obra de usted pendiera la suerte de esa pobre familia. Yo también he tenido hijos. Ya no los tengo, pero sé lo que es el corazón de un padre. Dígame usted: ¿sabe usted contar? ¿Escribe usted bien?

D. Eleuterio

Sí, señor; lo que es así cosa de cuentas, me parece que sé bastante. En casa de mi amo..., porque yo, señor, he sido paje...; allí, como digo, no había más mayordomo que yo. Yo era el que gobernaba la casa; como, ya se ve, estos señores no entienden de eso. Y siempre me porté como todo el mundo sabe. Eso sí, lo que es honradez y... ¡vaya! Ninguno ha tenido que...

D. Pedro

Lo creo muy bien.

D. Eleuterio

En cuanto a escribir, yo aprendí en los Escolapios, y luego me he soltado bastante, y sé alguna cosa de ortografía... Aquí tengo... Vea usted... (Saca un papel y se lo da a don Pedro.) Ello está escrito algo de prisa porque ésta es una tonadilla que se había de cantar mañana... ¡Ay, Dios mío!

D. Pedro

Me gusta la letra, me gusta.

D. Eleuterio

Sí, señor; tiene su introduccioncita; luego entran las coplillas satíricas con su estribillo, y concluye con las...

D. Pedro

No hablo de eso, hombre; no hablo de eso. Quiero decir que la forma de la letra es muy buena. La tonadilla ya se conoce que es prima hermana de la comedia.

D. Eleuterio

Ya.

D. Pedro

Es menester que se deje usted de esas tonterías. (Volviéndole el papel.)

D. Eleuterio

Ya lo veo, señor; pero si me parece que el enemigo...

D. Pedro

Es menester olvidar absolutamente esos devaneos; ésta es una condición precisa que exijo de usted. Yo soy rico, muy rico, y no acompaño con lágrimas estériles las desgracias de mis semejantes. La mala fortuna a que le han reducido a usted

sus desvaríos necesita, más que consuelos y reflexiones, socorros efectivos y prontos. Mañana quedarán pagadas por mí todas las deudas que usted tenga.

D. Eleuterio

Señor, ¿qué dice usted?

D.ª Agustina

¿De veras, señor? ¡Válgame Dios!

D.ª Mariquita

¿De veras?

D. Pedro

Quiero hacer más. Yo tengo bastantes haciendas cerca de Madrid; acabo de colocar a un mozo de mérito, que entendía en el gobierno de ellas. Usted, si quiere, podrá irse instruyendo al lado de mi mayordomo, que es hombre honradísimo, y desde luego puede usted contar con una fortuna proporcionada a sus necesidades. Esta señora deberá contribuir por su parte a hacer feliz el nuevo destino que a usted le propongo. Si cuida de su casa, si cría bien a sus hijos, si desempeña como debe los oficios de esposa y madre, conocerá que sabe cuanto hay que saber, y cuanto conviene a una mujer de su estado y obligaciones. Usted, señorita, no ha perdido nada en no casarse con el pedantón de don Hermógenes; porque, según se ha visto, es un malvado que la hubiera hecho infeliz, y si usted disimula un poco las ganas que tiene de casarse, no dudo que hallará muy presto un hombre de bien que la quiera. En una palabra, yo haré en favor de ustedes todo el bien que pueda; no hay que dudarlo. Además, yo tengo muy buenos amigos en la corte, y... créanme ustedes, soy algo áspero en mi carácter, pero tengo el corazón muy compasivo.

D.ª Mariquita

¡Qué bondad!

(Don Eleuterio, su mujer y su hermana quieren arrodillarse a los pies de don Pedro; él lo estorba y los abraza cariñosamente)

D. Eleuterio

¡Qué generoso!

D. Pedro

Esto es ser justo. El que socorre la pobreza, evitando a un infeliz la desesperación y los delitos, cumple con su obligación; no hace más.

D. Eleuterio

Yo no sé cómo he de pagar a usted tantos beneficios.

D. Pedro

Si usted me los agradece, ya me los paga.

D. Eleuterio

Perdone usted, señor, las locuras que he dicho y el mal modo...

D.ª Agustina

Hemos sido muy imprudentes.

D. Pedro

No hablemos de eso.

D. Antonio

¡Ay, don Pedro! ¡Qué lección me ha dado usted esta tarde!

D. Pedro

Usted se burla. Cualquiera hubiera hecho lo mismo en iguales circunstancias.

D. Antonio

Su carácter de usted me confunde.

D. Pedro

¡Eh! Los genios serán diferentes; pero somos muy amigos. ¿No es verdad?

D. Antonio

¿Quién no querrá ser amigo de usted?

D. Serapio

Vaya, vaya; yo estoy loco de contento.

D. Pedro

Más lo estoy yo; porque no hay placer comparable al que resulta de una acción virtuosa. Recoja usted esa comedia (Al ver la comedia que está leyendo Pipí), no se quede por ahí perdida, y sirva de pasatiempo a la gente burlona que llegue a verla.

D. Eleuterio

¡Mal haya la comedia (Arrebata la comedia de manos de Pipí, y la hace pedazos), amén, y mi docilidad y mi tontería! Mañana, así que amanezca, hago una hoguera con todo cuanto tengo impreso y manuscrito, y no ha de quedar en mi casa un verso.

D.ª Mariquita

Yo encenderé la pajuela.

D.ª Agustina

Y yo aventaré las cenizas.

D. Pedro

Así debe ser. Usted, amigo, ha vivido engañado; su amor propio, la necesidad, el ejemplo y la falta

de instrucción le han hecho escribir disparates. El público le ha dado a usted una lección muy dura, pero muy útil, puesto que por ella se reconoce y se enmienda. ¡Ojalá los que hoy tiranizan y corrompen el teatro por el maldito furor de ser autores, ya que desatinan como usted, lo imitaran en desengañarse!

FIN

EL SÍ DE LAS NIÑAS

EL SÍ DE LAS NIÑAS

ESTAS SON LAS SEGURIDADES QUE DAN LOS PADRES Y LOS TUTORES, Y ESTO ES LO QUE SE DEBE FIAR EN EL SÍ DE LAS NIÑAS.

Acto III, escena XIII.

PERSONAJES

DON DIEGO	RITA
DON CARLOS	SIMÓN
DOÑA IRENE	CALAMOCHA
DOÑA FRANCISCA	

La escena es en una posada de Alcalá de Henares

El teatro representa una sala de paso con cuatro puertas de habitaciones para huéspedes, numeradas todas. Una más grande en el foro, con escalera que conduce al piso bajo de la casa. Ventana de antepecho a un lado. Una mesa en medio, con banco, sillas, etc.

La acción empieza a las siete de la tarde y acaba a las cinco de la mañana siguiente

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

DON DIEGO, SIMÓN

(Sale don Diego de su cuarto. Simón, que está sentado en una silla, se levanta)

D. Diego

¿No han venido todavía?

Simón

No, señor.

D. Diego

Despacio la han tomado por cierto.

Simón

Como su tía la quiere tanto, según parece, y no la ha visto desde que la llevaron a Guadalajara...

D. Diego

Sí. Yo no digo que no la viese; pero con media hora de visita y cuatro lágrimas estaba concluído.

Simón

Ello también ha sido extraña determinación la de estarse usted dos días enteros sin salir de la posada. Cansa el leer, cansa el dormir... Y, sobre todo, cansa la mugre del cuarto, las sillas desvencijadas, las estampas del *hijo pródigo*, el ruido de campanillas y cascabeles, y la conversación ronca de carromateros y patanes, que no permiten un instante de quietud.

D. Diego

Ha sido conveniente el hacerlo así. Aquí me conocen todos, y no he querido que nadie me vea.

Simón

Yo no alcanzo la causa de tanto retiro. Pues ¿hay más en esto que haber acompañado usted a doña Irene hasta Guadalajara, para sacar del convento a la niña y volvernos con ellas a Madrid?

D. Diego

Sí, hombre; algo más hay de lo que has visto.

Simón

Adelante.

D. Diego

Algo, algo... Ello tú al cabo lo has de saber, y no puede tardarse mucho... Mira, Simón, por Dios te encargo que no lo digas... Tú eres hombre de bien, y me has servido muchos años con fidelidad... Ya ves que hemos sacado a esa niña del convento y nos la llevamos a Madrid.

Simón

Sí, señor.

D. Diego

Pues bien... Pero te vuelvo a encargar que a nadie lo descubras.

Simón

Bien está, señor. Jamás he gustado de chismes.

D. Diego

Ya lo sé, por eso quiero fiarme de ti. Yo, la verdad, nunca había visto a la tal doña Paquita; pero mediante la amistad con su madre, he tenido frecuentes noticias de ella; he leído muchas de las cartas que escribía; he visto algunas de su tía la monja, con quien ha vivido en Guadalajara; en suma, he tenido cuantos informes pudiera desear acerca de sus inclinaciones y conducta. Ya he logrado verla; he procurado observarla en estos pocos días, y a decir verdad, cuantos elogios hicieron de ella me parecen escasos.

Simón

Sí, por cierto... Es muy linda y...

D. Diego

Es muy linda, muy graciosa, muy humilde... Y sobre todo, ¡aquel candor, aquella inocencia! Vamos, es de lo que no se encuentra por ahí... Y ta-

lento... Sí, señor, mucho talento... Conque, para acabar de informarte, lo que yo he pensado es...

Simón

No hay que decírmelo.

D. Diego

¿No? ¿Por qué?

Simón

Porque ya lo adivino. Y me parece excelente idea.

D. Diego

¿Qué dices?

Simón

Excelente.

D. Diego

¿Conque al instante has conocido?...

Simón

¿Pues no es claro?... ¡Vaya!... Dígole a usted que me parece muy buena boda; buena, buena.

D. Diego

Sí, señor... Yo lo he mirado bien, y lo tengo por cosa muy acertada.

Simón

Seguro que sí.

D. Diego

Pero quiero absolutamente que no se sepa hasta que esté hecho.

Simón

Y en eso hace usted bien.

D. Diego

Porque no todos ven las cosas de una manera, y no faltaría quien murmurase, y dijese que era una locura, y me...

Simón

¿Locura? ¡Buena locura!... ¿Con una chica como ésa, eh?

D. Diego

Pues ya ves tú. Ella es una pobre... Eso sí... Pero yo no he buscado dinero, que dineros tengo; he buscado modestia, recogimiento, virtud.

Simón

Eso es lo principal... Y, sobre todo, lo que usted tiene ¿para quién ha de ser?

D. Diego

Dices bien... ¿Y sabes tú lo que es una mujer aprovechada, hacendosa, que sepa cuidar de la casa, economizar, estar en todo?... Siempre lidiando con amas, que si una es mala, otra es peor, regalonas, entremetidas, habladoras, llenas de histérico, viejas, feas como demonios... No, señor; vida nueva. Tendré quien me asista con amor y fidelidad, y viviremos como unos santos... Y deja que hablen y murmuren y...

Simón

Pero siendo a gusto de entrambos, ¿que pueden decir?

D. Diego

No, yo ya sé lo que dirán; pero... Dirán que la boda es desigual, que no hay proporción en la edad, que...

Simón

Vamos, que no me parece tan notable la diferencia. Siete u ocho años a lo más.

D. Diego

¡Qué hombre! ¿Qué hablas de siete u ocho años? Si ella ha cumplido dieciséis años pocos meses ha.

Simón

Y bien, ¿qué?

D. Diego

Y yo, aunque gracias a Dios estoy robusto y... Con todo eso, mis cincuenta y nueve años no hay quien me los quite.

Simón

Pero si yo no hablo de eso.

D. Diego

Pues ¿de qué hablas?

Simón

Decía que... Vamos, o usted no acaba de explicarse, o yo lo entiendo al revés... En suma, esta doña Paquita ¿con quién se casa?

D. Diego

¿Ahora estamos ahí? Conmigo.

Simón

¿Con usted?

D. Diego

Conmigo.

Simón

¡Medrados quedamos!

D. Diego

¿Qué dices? Vamos, ¿qué?...

Simón

¡Y pensaba yo haber adivinado!

D. Diego

Pues ¿qué creías? ¿Para quién juzgaste que la destinaba yo?

Simón

Para don Carlos, su sobrino de usted, mozo de talento, instruído, excelente soldado, amabilísimo por todas sus circunstancias... Para ese juzgué que se guardaba la tal niña.

D. Diego

Pues no, señor.

Simón

Pues bien está.

D. Diego

¡Mire usted qué idea! ¡Con el otro la había de ir a casar!... No, señor; que estudie sus matemáticas.

Simón

Ya las estudia; o, por mejor decir, ya las enseña.

D. Diego

Que se haga hombre de valor y...

Simón

¡Valor! ¿Todavía pide usted más valor a un oficial que en la última guerra, con muy pocos que se atrevieron a seguirle, tomó dos baterías, clavó los cañones, hizo algunos prisioneros, y volvió al campo lleno de heridas y cubierto de sangre?...

Pues bien satisfecho quedó usted entonces del valor de su sobrino; y yo le vi a usted más de cuatro veces llorar de alegría cuando el rey le premió con el grado de teniente coronel y una cruz de Alcántara.

D. Diego

Sí, señor; todo es verdad; pero no viene a cuento. Yo soy el que me caso.

Simón

Si está usted bien seguro de que ella le quiere, si no le asusta la diferencia de la edad, si su elección es libre...

D. Diego

Pues ¿no ha de serlo?... ¿Y qué sacarían con engañarme? Ya ves tú la religiosa de Guadalajara si es mujer de juicio; ésta de Alcalá, aunque no la conozco, sé que es una señora de excelentes prendas; mira tú si doña Irene querrá el bien de su hija; pues todas ellas me han dado cuantas seguridades puedo apetecer... La criada, que la ha servido en Madrid y más de cuatro años en el convento, se hace lenguas de ella; y sobre todo me ha informado de que jamás observó en esta criatura la más remota inclinación a ninguno de los pocos hombres que ha podido ver en aquel encierro. Bordar, coser, leer libros devotos, oír misa y correr por la huerta detrás de las mariposas, y echar agua en los agujeros de los hormigas, éstas han sido su ocupación y sus diversiones... ¿Qué dices?

Simón

Yo nada, señor.

D. Diego

Y no pienses tú que, a pesar de tantas seguridades, no aprovecho las ocasiones que se presen-

tan para ir ganando su amistad y su confianza, y lograr que se explique conmigo en absoluta libertad... Bien que aún hay tiempo... Sólo que aquella doña Irene siempre la interrumpe: todo se lo habla... Y es muy buena mujer, buena...

Simón

En fin, señor, yo desearé que salga como usted apetece.

D. Diego

Sí; yo espero en Dios que no ha de salir mal. Aunque el novio no es muy de tu gusto... ¡Y qué fuera de tiempo me recomendabas al tal sobrinito! ¿Sabes tú lo enfadado que estoy con él?

Simón

Pues ¿qué ha hecho?

D. Diego

Una de las suyas... Y hasta pocos días ha no lo he sabido. El año pasado, ya lo viste, estuvo dos meses en Madrid... Y me costó buen dinero la tal visita... En fin, es mi sobrino, bien dado está; pero voy al asunto. Llegó el caso de irse a Zaragoza su regimiento... Ya te acuerdas de que a muy pocos días de haber salido de Madrid recibí la noticia de su llegada.

Simón

Sí, señor.

D. Diego

Y que siguió escribiéndome, aunque algo perezoso, siempre con la data de Zaragoza.

Simón

Así es la verdad.

D. Diego

Pues el pícaro no estaba allí cuando me escribía las tales cartas.

Simón

¿Qué dice usted?

D. Diego

Sí, señor. El día tres de julio salió de mi casa, y a fines de septiembre aún no había llegado a sus pabellones... ¿No te parece que para ir por la posta hizo muy buena diligencia?

Simón

Tal vez se pondría malo en el camino, y por no darle a usted pesadumbre...

D. Diego

Nada de eso. Amores del señor oficial y devaneos que le traen loco... Por ahí en esas ciudades puede que... ¿Quién sabe? Si encuentra un par de ojos negros, ya es hombre perdido... ¡No permita Dios que me le engañe alguna bribona de estas que truecan el honor por el matrimonio!

Simón

¡Oh!, no hay que temer... Y si tropieza con alguna fullera de amor, buenas cartas ha de tener para que le engañe.

D. Diego

Me parece que están ahí... Sí. Busca al mayoral, y dile que venga, para quedar de acuerdo en la hora a que deberemos salir mañana.

Simón

Bien está.

D. Diego

Ya te he dicho que no quiero que esto se trasluzca, ni... ¿Estamos?

Simón

No hay miedo que a nadie lo cuente.

(Simón se va por la puerta del foro. Salen por la misma las tres mujeres con mantillas y basquiñas. Rita deja un pañuelo atado sobre la mesa, y recoge las mantillas y las dobla)

ESCENA II

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA, RITA, DON DIEGO

D.ª Francisca

Ya estamos acá.

D.ª Irene

¡Ay, qué escalera!

D. Diego

Muy bien venidas, señoras.

D.ª Irene

¿Conque usted, a lo que parece, no ha salido?
(Se sientan doña Irene y don Diego.)

D. Diego

No, señora. Luego más tarde daré una vueltecilla por ahí... He leído un rato. Traté de dormir, pero en esta posada no se duerme.

D.ª Francisca

Es verdad que no... ¡Y qué mosquitos! Mala peste en ellos. Anoche no me dejaron parar... Pero mire usted, mire usted (Desata el pañuelo y manifiesta algunas cosas de las que indica el diálogo) cuántas cosillas traigo. Rosarios de nácar, cruces de ciprés, la regla de San Benito, una pililla de cristal... Mire us-

ted qué bonita. Y dos corazones de talco... ¡Qué sé yo cuánto viene aquí!... ¡Ay!, y una campanilla de barro bendito para los truenos... ¡Tantas cosas!

D.ª Irene

Chucherías que la han dado las madres. Locas estaban con ella.

D.ª Francisca

¡Cómo me quieren todas! ¡Y mi tía, mi pobre tía lloraba tanto!... Es ya muy viejecita.

D.ª Irene

Ha sentido mucho no conocer a usted.

D.ª Francisca

Sí, es verdad. Decía, ¿por qué no ha venido aquel señor?

D.ª Irene

El padre capellán y el rector de los Verdes nos han venido acompañando hasta la puerta.

D.ª Francisca

Toma (Vuelve a atar el pañuelo y se lo da a Rita, la cual se va con él y con las mantillas al cuarto de doña Irene), guárdamelo todo allí, en la escusabaraja. Mira, llévalo así de las puntas... ¡Válgate Dios! ¿Eh? ¡Ya se ha roto la santa Gertrudis de alcorza!

Rita

No importa; yo me la comeré.

---

16 El rector de las Verdes = El director del Colegio de Santa Catalina, al que llamaban *de los Verdes*, en Alcalá. V. Don Vicente La Fuente, *Historia de las Universidades y Colegios*.

ESCENA III

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA, DON DIEGO

D.ª Francisca

¿Nos vamos adentro, mamá, o nos quedamos aquí?

D.ª Irene

Ahora, niña, que quiero descansar un rato.

D. Diego

Hoy se ha dejado sentir el calor en forma.

D.ª Irene

¡Y qué fresco tienen aquel locutorio! Está hecho un cielo.... (Siéntase doña Francisca junto a su madre.) Mi hermana es la que sigue siempre bastante delicada. Ha padecido mucho este invierno... Pero, vaya, no sabía qué hacerse con su sobrina la buena señora. Está muy contenta de nuestra elección.

D. Diego

Yo celebro que sea tan a gusto de aquellas personas a quienes debe usted particulares obligaciones.

---

16 En las primeras ediciones, a continuación dice D.ª Francisca, interrumpiendo a su madre: "Pues con todo, aquella monja gorda que se llama la madre Angustias, bien sudaba... ¡Ay, cómo sudaba la pobre mujer!"

Este párrafo fué suprimido por Moratín, temeroso del Santo Oficio.

D.ª Irene

Sí, Trinidad está muy contenta; y en cuanto a Circuncisión, ya lo ha visto usted. La ha costado mucho despegarse de ella; pero ha conocido que siendo para su bienestar, es necesario pasar por todo... Ya se acuerda usted de lo expresivo que estuvo, y...

D. Diego

Es verdad. Sólo falta que la parte interesada tenga la misma satisfacción que manifiestan cuantos la quieren bien.

D.ª Irene

Es hija obediente, y no se apartará jamás de lo que determine su madre.

D. Diego

Todo eso es cierto, pero...

D.ª Irene

Es de buena sangre, y ha de pensar bien, y ha de proceder con el honor que la corresponde.

D. Diego

Sí, ya estoy; pero ¿no pudiera, sin faltar a su honor ni a su sangre?...

D.ª Francisca

¿Me voy, mamá? (Se levanta y vuelve a sentarse.)

D.ª Irene

No pudiera, no, señor. Una niña bien educada, hija de buenos padres, no puede menos de conducirse en todas ocasiones como es conveniente y debido. Un vivo retrato es la chica, ahí donde usted la ve, de su abuela que Dios perdone, doña Jeró-

nima de Peralta... En casa tengo el cuadro, ya le habrá usted visto. Y le hicieron, según me contaba su merced, para enviárselo a su tío carnal el padre fray Serapión de San Juan Crisóstomo, electo obispo de Mechoacán.

D. Diego

Ya.

D.ª Irene

Y murió en el mar el buen religioso, que fué un quebranto para toda la familia... Hoy es, y todavía estamos sintiendo su muerte; particularmente mi primo don Cucufate, regidor perpetuo de Zamora, no puede oír hablar de su ilustrísima sin deshacerse en lágrimas.

D.ª Francisca

Válgate Dios, qué moscas tan...

D.ª Irene

Pues murió en olor de santidad.

D. Diego

Eso bueno es.

D.ª Irene

Sí, señor; pero como la familia ha venido tan a menos... ¿Qué quiere usted? Donde no hay facultades... Bien que por lo que puede tronar, ya se le está escribiendo la vida: y quién sabe que el día de mañana no se imprima, con el favor de Dios.

---

3 Doña María, madre de Paquita, retratada en *Doña Irene*, tenía, en efecto, un pariente de alta jerarquía eclesiástica que anduvo por tierras de América: "Desearé mucho que su madre de usted se mantenga fuerte... La exhorto a que cuente a su yerno el viaje de el Guarico y el de Veracruz, y aquello de el obispo que tomó el brebaje del indio, y el precio a que se vendían los zapatos y los patos grandes."—Carta de Moratín a D.ª Francisca Muñoz, Burdeos, 8 de noviembre de 1822.

D. Diego

Sí, pues ya se ve. Todo se imprime.

D.ª Irene

Lo cierto es que el autor, que es sobrino de mi hermano político el canónigo de Castrojeriz, no la deja de la mano; y a la hora de ésta lleva ya escritos nueve tomos en folio, que comprenden los nueve años primeros de la vida del santo obispo.

D. Diego

¿Conque para cada año un tomo?

D.ª Irene

Sí, señor; ese plan se ha propuesto.

D. Diego

¿Y de qué edad murió el venerable?

D.ª Irene

De ochenta y dos años, tres meses y catorce días.

D.ª Francisca

¿Me voy, mamá?

D.ª Irene

Anda, vete. ¡Válgate Dios, qué prisa tienes!

D.ª Francisca

¿Quiere usted (Se levanta, y después de hacer una graciosa cortesía a don Diego, da un beso a doña Irene, y se va al cuarto de ésta) que le haga una cortesía a la francesa, señor don Diego?

D. Diego

Sí, hija mía. A ver.

D.ª Francisca

Mire usted, así.

D. Diego

¡Graciosa niña! ¡Viva la Paquita, viva!

D.ª Francisca

Para usted una cortesía, y para mi mamá un beso.

ESCENA IV

DOÑA IRENE, DON DIEGO

D.ª Irene

Es muy gitana y muy mona, mucho.

D. Diego

Tiene un donaire natural que arrebata.

D.ª Irene

¿Qué quiere usted? Criada sin artificio ni embelecos de mundo, contenta de verse otra vez al lado de su madre, y mucho más de considerar tan inmediata su colocación, no es maravilla que cuanto hace y dice sea una gracia, y máxime a los ojos de usted, que tanto se ha empeñado en favorecerla.

D. Diego

Quisiera sólo que se explicase libremente acerca de nuestra proyectada unión, y...

D.ª Irene

Oiría usted lo mismo que le he dicho ya.

D. Diego

Sí, no lo dudo; pero el saber que la merezco alguna inclinación, oyéndoselo decir con aquella boquilla tan graciosa que tiene, sería para mí una satisfacción imponderable.

D.ª Irene

No tenga usted sobre ese particular la más leve desconfianza; pero hágase usted cargo de que a una niña no la es lícito decir con ingenuidad lo que siente. Mal parecería, señor don Diego, que una doncella de vergüenza y criada como Dios manda, se atreviese a decirle a un hombre: yo le quiero a usted.

D. Diego

Bien; si fuese un hombre a quien hallara por casualidad en la calle y le espetara ese favor de buenas a primeras, cierto que la doncella haría muy mal; pero a un hombre con quien ha de casarse dentro de pocos días, ya pudiera decirle alguna cosa que... Además, que hay ciertos modos de explicarse...

D.ª Irene

Conmigo usa de más franqueza... A cada instante hablamos de usted, y en todo manifiesta el particular cariño que a usted le tiene... ¡Con qué juicio hablaba ayer noche después que usted se fué a recoger! No sé lo que hubiera dado porque hubiese podido oírla.

D. Diego

¿Y qué? ¿Hablaba de mí?

D.ª Irene

Y qué bien piensa acerca de lo preferible que es para una criatura de sus años un marido de cierta edad, experimentado, maduro y de conducta...

D. Diego

¡Calle! ¿Eso decía?

D.ª Irene

No; esto se lo decía yo, y me escuchaba con una atención como si fuera una mujer de cuarenta años, lo mismo... ¡Buenas cosas la dije! Y ella, que tiene mucha penetración, aunque me esté mal el decirlo... ¿Pues no da lástima, señor, el ver cómo se hacen los matrimonios hoy en el día? Casan a una muchacha de quince años con un arrapiezo de dieciocho, a una de diecisiete con otro de veintidós: ella niña, sin juicio ni experiencia, y él niño también, sin asomo de cordura ni conocimiento de lo que es mundo. Pues, señor, que es lo que yo digo, ¿quién ha de gobernar la casa? ¿Quién ha de mandar a los criados? ¿Quién ha de enseñar y corregir a los hijos? Porque sucede también que estos atolondrados de chicos suelen plagarse de criaturas en un instante, que da compasión.

D. Diego

Cierto que es un dolor el ver rodeados de hijos a muchos que carecen del talento, de la experiencia y de la virtud que son necesarias para dirigir su educación.

D.ª Irene

Lo que sé decirle a usted es que aún no había cumplido los diecinueve cuando me casé de primeras nupcias con mi difunto don Epifanio, que esté en el cielo. Y era un hombre que, mejorando lo presente, no es posible hallarle de más respeto, más caballeroso... Y al mismo tiempo más divertido y decidor. Pues, para servir a usted, ya tenía los cincuenta y seis, muy largos de talle, cuando se casó conmigo.

D. Diego

Buena edad... No era un niño; pero...

D.ª Irene

Pues a eso voy... Ni a mí podía convenirme en aquel entonces un boquirrubio con los cascos a la jineta... No, señor... Y no es decir tampoco que estuviese achacoso ni quebrantado de salud, nada de eso. Sanito estaba, gracias a Dios, como una manzana; ni en su vida conoció otro mal, sino una especie de alferecía que le amagaba de cuando en cuando. Pero luego que nos casamos, dió en darle tan a menudo y tan de recio, que a los siete meses me hallé viuda y encinta de una criatura que nació después, y al cabo y al fin se me murió de alfombrilla.

D. Diego

¡Oiga!... Mire usted si dejó sucesión el bueno de don Epifanio.

D.ª Irene

Sí, señor; ¿pues por qué no?

D. Diego

Lo digo porque luego saltan con... Bien que si uno hubiera de hacer caso... ¿Y fué niño, o niña?

D.ª Irene

Un niño muy hermoso. Como una plata era el angelito.

D. Diego

Cierto que es consuelo tener, así, una criatura y...

D.ª Irene

¡Ay, señor! Dan malos ratos, pero ¿qué importa? Es mucho gusto, mucho.

---

12 Alfombrilla = Enfermedad que hoy se denomina *escarlatina*.
23 Como una plata = Hermosísimo.

D. Diego

Yo lo creo.

D.ª Irene

Sí, señor.

D. Diego

Ya se ve que será una delicia y...

D.ª Irene

¡Pues no ha de ser!

D. Diego

Un embeleso el verlos juguetear y reír, y acariciarlos, y merecer sus fiestecillas inocentes.

D.ª Irene

¡Hijos de mi vida! Veintidós he tenido en los tres matrimonios que llevo hasta ahora, de los cuales sólo esta niña me ha venido a quedar; pero le aseguro a usted que...

ESCENA V

SIMÓN, DOÑA IRENE, DON DIEGO

Simón

(Sale por la puerta del foro)

Señor, el mayoral está esperando.

D. Diego

Dile que voy allá... ¡Ah! Tráeme primero el sombrero y el bastón, que quisiera dar una vuelta por el campo. (Entra Simón al cuarto de don Diego, saca un sombrero y un bastón, se los da a su amo, y al fin de la escena se va con él por la puerta del foro.) Conque ¿supongo que mañana tempranito saldremos?

D.ª Irene

No hay dificultad. A la hora que a usted le parezca.

D. Diego

A eso de las seis. ¿Eh?

D.ª Irene

Muy bien.

D. Diego

El sol nos da de espaldas... Le diré que venga una media hora antes.

D.ª Irene

Sí, que hay mil chismes que acomodar.

ESCENA VI

DOÑA IRENE, RITA

D.ª Irene

¡Válgame Dios! Ahora que me acuerdo... ¡Rita!... Me le habrán dejado morir. ¡Rita!

Rita

Señora. (Saca debajo del brazo almohadas y sábanas.)

D.ª Irene

¿Qué has hecho del tordo? ¿Le diste de comer?

Rita

Sí, señora. Más ha comido que un avestruz. Ahí le puse en la ventana del pasillo.

D.ª Irene

¿Hiciste las camas?

Rita

La de usted ya está. Voy a hacer esotras antes que anochezca, porque si no, como no hay más alumbrado que el del candil y no tiene garabato, me veo perdida.

D.ª Irene

Y aquella chica, ¿qué hace?

Rita

Está desmenuzando un bizcocho para dar de cenar a don Periquito.

D.ª Irene

¡Qué pereza tengo de escribir! (Se levanta y se entra en su cuarto.) Pero es preciso, que estará con mucho cuidado la pobre Circuncisión.

Rita

¡Qué chapucerías! No ha dos horas, como quien dice, que salimos de allá, y ya empiezan a ir y venir correos. ¡Qué poco me gustan a mí las mujeres gazmoñas y zalameras! (Éntrase en el cuarto de doña Francisca.)

ESCENA VII

CALAMOCHA

Calamocha

(Sale por la puerta del foro con unas maletas, botas y látigos. Lo deja todo sobre la mesa y se sienta.) ¿Conque ha de ser el número tres? Vaya en gracia... Ya, ya conozco el número tres. Colección de bichos más abundante no la tiene el Gabinete de Historia Natural... Miedo me da de entrar... ¡Ay!, ¡ay!... ¡Y qué agujetas! Estas sí que son agujetas... Paciencia, pobre Calamocha; paciencia... Y gracias a que los caballitos dijeron: no podemos más; que si no, por esta vez no veía yo el número tres, ni las plagas de Faraón que tiene dentro... En fin, como los animales amanezcan vivos, no será poco... Reventados están... (Canta Rita desde adentro. Calamocha se levanta desperezándose.) ¡Oiga!... ¿Seguidillitas?... Y no canta mal... Vaya, aventura tenemos... ¡Ay, qué desvencijado estoy!

ESCENA VIII

Rita, Calamocha

Rita

Mejor es cerrar, no sea que nos alivien de ropa, y... (Forcejeando para echar la llave.) Pues cierto que está bien acondicionada la llave.

Calamocha

¿Gusta usted de que eche una mano, mi vida?

Rita

Gracias, mi alma.

Calamocha

¡Calle!... ¡Rita!

Rita

¡Calamocha!

Calamocha

¿Qué hallazgo es éste?

Rita

¿Y tu amo?

Calamocha

Los dos acabamos de llegar.

Rita

¿De veras?

Calamocha

No, que es chanza. Apenas recibió la carta de doña Paquita, yo no sé adónde fué, ni con quién habló, ni cómo lo dispuso; sólo sé decirte que aquella tarde salimos de Zaragoza. Hemos venido como dos centellas por ese camino. Llegamos esta mañana a Guadalajara, y a las primeras diligencias nos hallamos con que los pájaros volaron ya. A caballo otra vez, y vuelta a correr y a sudar y a dar chasquidos... En suma, molidos los rocines, y nosotros a medio moler, hemos parado aquí con ánimo de salir mañana... Mi teniente se ha ido al Colegio Mayor a ver a un amigo, mientras se dispone algo que cenar... Esta es la historia.

Rita

¿Conque le tenemos aquí?

Calamocha

Y enamorado más que nunca, celoso, amenazando vidas... Aventurado a quitar el hipo a cuantos le disputen la posesión de su Currita idolatrada.

Rita

¿Qué dices?

Calamocha

Ni más ni menos.

Rita

¡Qué gusto me das!... Ahora sí se conoce que la tiene amor.

---

12 El colegio de San Ildefonso, que dió origen a la Universidad de Alcalá.

Calamocha

¿Amor?... ¡Friolera! El moro Gazul fué para él un pelele, Medoro un zascandil y Gaiferos un chiquillo de la doctrina.

Rita

¡Ay, cuando la señorita lo sepa!

Calamocha

Pero acabemos. ¿Cómo te hallo aquí? ¿Con quién estás? ¿Cuándo llegaste? Que...

Rita

Yo te lo diré. La madre de doña Paquita dió en escribir cartas y más cartas, diciendo que tenía concertado su casamiento en Madrid con un caballero rico, honrado, bien quisto; en suma, cabal y perfecto, que no había más que apetecer. Acosada la señorita con tales propuestas, y angustiada incesantemente con los sermones de aquella bendita monja, se vió en la necesidad de responder que estaba pronta a todo lo que la mandasen... Pero no te puedo ponderar cuánto lloró la pobrecita, qué afligida estuvo. Ni quería comer, ni podía dormir... Y al mismo tiempo era preciso disimular, para que su tía no sospechara la verdad del caso. Ello es que cuando, pasado el primer susto, hubo lugar de discurrir escapatorias y arbitrios, no hallamos otro que el de avisar a tu amo, esperando que si era su cariño tan verdadero y de buena ley como nos había ponderado, no consentiría que su pobre Paquita pasara a manos de un desconocido, y se perdiesen para siempre tantas caricias, tantas lágrimas y tantos suspiros estrellados en las tapias del corral. A pocos días de haberle escrito, cata el coche de colleras y el mayoral Gasparet con sus medias azules, y la madre y el novio que vienen por

ella; recogimos a toda prisa nuestros meriñaques, se atan los cofres, nos despedimos de aquellas buenas mujeres, y en dos latigazos llegamos antes de ayer a Alcalá. La detención ha sido para que la señorita visite a otra tía monja que tiene aquí, tan arrugada y tan sorda como la que dejamos allá. Ya la ha visto, ya la han besado bastante una por una todas las religiosas, y creo que mañana temprano saldremos. Por esta casualidad nos...

Calamocha

Sí. No digas más. Pero... ¿Conque el novio está en la posada?

Rita

Ese es u cuarto (Señalando el cuarto de don Diego, el de doña Irene y el de doña Francisca), éste el de la madre y aquél el nuestro.

Calamocha

¿Cómo nuestro? ¿Tuyo y mío?

Rita

No, por cierto. Aquí dormiremos esta noche la señorita y yo; porque ayer, metidas las tres en ese de enfrente, ni cabíamos de pie, ni pudimos dormir un instante, ni respirar siquiera.

Calamocha

Bien. Adiós. (Recoge los trastos que puso sobre la mesa en ademán de irse.)

Rita

Y ¿adónde?

Calamocha

Yo me entiendo... Pero el novio, ¿trae consigo criados, amigos o deudos que le quiten la primera zambullida que le amenaza?

Rita

Un criado viene con él.

Calamocha

¡Poca cosa!... Mira, dile en caridad que se disponga, porque está de peligro. Adiós.

Rita

¿Y volverás presto?

Calamocha

Se supone. Estas cosas piden diligencias, y aunque apenas puedo moverme, es necesario que mi teniente deje la visita y venga a cuidar de su hacienda, disponer el entierro de ese hombre, y... ¿Conque ése es nuestro cuarto, eh?

Rita

Sí. De la señorita y mío.

Calamocha

¡Bribona!

Rita

¡Botarate! Adiós.

Calamocha

Adiós, aborrecida.

(Éntrase con los trastos en el cuarto de don Carlos)

ESCENA IX

DOÑA FRANCISCA, RITA

Rita

¡Qué malo es!... Pero... ¡Válgame Dios, don Félix aquí!... Sí, la quiere, bien se conoce... (Sale Calamocha del cuarto de don Carlos, y se va por la puerta del foro.) ¡Oh! por más que digan, los hay muy finos; y entonces, ¿qué ha de hacer una?... Quererlos; no tiene remedio, quererlos... Pero ¿qué dirá la señorita cuando le vea, que está ciega por él? ¡Pobrecita! ¿Pues no sería una lástima que...? Ella es.

(Sale doña Francisca)

D.ª Francisca

¡Ay, Rita!

Rita

¿Qué es eso? ¿Ha llorado usted?

D.ª Francisca

¿Pues no he de llorar? Si vieras mi madre... Empeñada está en que he de querer mucho a ese hombre... Si ella supiera lo que sabes tú, no me mandaría cosas imposibles... Y que es tan bueno, y que es rico, y que me irá tan bien con él... Se ha enfadado tanto, y me ha llamado picarona, inobediente... ¡Pobre de mí! Porque no miento ni sé fingir, por eso me llaman picarona.

Rita

Señorita, por Dios, no se aflija usted.

D.ª Francisca

Ya, como tú no lo has oído... Y dice que don Diego se queja de que yo no le digo nada... Harto le digo, y bien he procurado hasta ahora mostrarme contenta delante de él, que no lo estoy por cierto, y reírme y hablar niñerías... Y todo por dar gusto a mi madre, que si no... Pero bien sabe la Virgen que no me sale del corazón.

(Se va obscureciendo lentamente el teatro)

Rita

Vaya, vamos, que no hay motivo todavía para tanta angustia... ¡Quién sabe!... ¿No se acuerda usted ya de aquel día de asueto que tuvimos el año pasado en la casa de campo del intendente?

D.ª Francisca

¡Ay! ¿Cómo puedo olvidarlo?... Pero ¿qué me vas a contar?

Rita

Quiero decir que aquel caballero que vimos allí con aquella cruz verde, tan galán, tan fino...

D.ª Francisca

¡Qué rodeos! Don Félix. ¿Y qué?

Rita

Que nos fué acompañando hasta la ciudad...

D.ª Francisca

Y bien... Y luego volvió, y le vi, por mi desgracia, muchas veces... mal aconsejada de ti.

Rita

¿Por qué, señora?... ¿A quién dimos escándalo? Hasta ahora nadie lo ha sospechado en el conven-

to. Él no entró jamás por las puertas, y cuando de noche hablaba con usted, mediaba entre los dos una distancia tan grande, que usted la maldijo no pocas veces... Pero esto no es del caso. Lo que voy a decir es que un amante como aquél no es posible que se olvide tan presto de su querida Paquita... Mire usted que todo cuanto hemos leído a hurtadillas en las novelas no equivale a lo que hemos visto en él. ¿Se acuerda usted de aquellas tres palmadas que se oían entre once y doce de la noche, de aquella sonora punteada con tanta delicadeza y expresión?

D.ª Francisca

¡Ay, Rita! Sí, de todo me acuerdo, y mientras viva conservaré la memoria... Pero está ausente... y entretenido acaso con nuevos amores.

Rita

Eso no lo puedo yo creer.

D.ª Francisca

Es hombre, al fin, y todos ellos...

Rita

¡Qué bobería! Desengáñese usted, señorita. Con los hombres y las mujeres sucede lo mismo que con los melones de Añover. Hay de todo; la dificultad está en saber escogerlos. El que se lleve chasco en la elección, quéjese de su mala suerte, pero no desacredite la mercancía... Hay hombres muy embusteros, muy picarones; pero no es creíble que lo sea el que ha dado pruebas tan repetidas de perseverancia y amor. Tres meses duró el terrero y la con-

11 Sonora = Especie de guitarra.

30 Terrero = Galanteo o cortejo que un novio hace a su dama, delante de su casa.

versación a obscuras, y en todo aquel tiempo, bien sabe usted que no vimos en él una acción descompuesta, ni oímos de su boca una palabra indecente ni atrevida.

D.ª Francisca

Es verdad. Por eso le quise tanto, por eso le tengo tan fijo aquí..., aquí... (Señalando el pecho.) ¿Qué habrá dicho al ver la carta?... ¡Oh! Yo bien sé lo que habrá dicho... ¡Válgate Dios! ¡Es lástima! Cierto. ¡Pobre Paquita!... Y se acabó... No habrá dicho más... Nada más.

Rita

No, señora; no ha dicho eso.

D.ª Francisca

¿Qué sabes tú?

Rita

Bien lo sé. Apenas haya leído la carta se habrá puesto en camino, y vendrá volando a consolar a su amiga... Pero... (Acercándose a la puerta del cuarto de doña Irene.)

D.ª Francisca

¿Adónde vas?

Rita

Quiero ver si...

D.ª Francisca

Está escribiendo.

Rita

Pues ya presto habrá de dejarlo, que empieza a anochecer... Señorita, lo que la he dicho a usted es la verdad pura. Don Félix está ya en Alcalá.

D.ª Francisca

¿Qué dices? No me engañes.

Rita

Aquél es su cuarto... Calamocha acaba de hablar conmigo.

D.ª Francisca

¿De veras?

Rita

Sí, señora... Y le ha ido a buscar para...

D.ª Francisca

¿Conque me quiere?... ¡Ay, Rita! Mira tú si hicimos bien de avisarle... Pero ¿ves qué fineza?... ¿Si vendrá bueno? ¡Correr tantas leguas sólo por verme..., porque yo se lo mando!... ¡Qué agradecida le debo estar!... ¡Oh!, yo le prometo que no se quejará de mí. Para siempre agradecimiento y amor.

Rita

Voy a traer luces. Procuraré detenerme por allá abajo hasta que vuelvan... Veré lo que dice y qué piensa hacer, porque hallándonos todos aquí, pudiera haber una de Satanás entre la madre, la hija, el novio y el amante; y si no ensayamos bien esta contradanza, nos hemos de perder en ella.

D.ª Francisca

Dices bien... Pero no; él tiene resolución y talento, y sabrá determinar lo más conveniente... Y ¿cómo has de avisarme?... Mira que así que llegue le quiero ver.

Rita

No hay que dar cuidado. Yo le traeré por acá, y en dándome aquella tosecilla seca..., ¿me entiende usted?

D.ª Francisca

Sí, bien.

Rita

Pues entonces no hay más que salir con cualquiera excusa. Yo me quedaré con la señora mayor; la hablaré de todos sus maridos y de sus concuñados, y del obispo que murió en el mar... Además, que si está allí don Diego...

D.ª Francisca

Bien, anda; y así que llegue...

Rita

Al instante.

D.ª Francisca

Que no se te olvide toser.

Rita

No hay miedo.

D.ª Francisca

¡Si vieras qué consolada estoy!

Rita

Sin que usted lo jure, lo creo.

D.ª Francisca

¿Te acuerdas, cuando me decía que era imposible apartarme de su memoria, que no habría peligros que le detuvieran, ni dificultades que no atropellara por mí?

Rita

Sí, bien me acuerdo.

D.ª Francisca

¡Ah!... Pues mira cómo me dijo la verdad.

(Doña Francisca se va al cuarto de doña Irene; Rita, por la puerta del foro)

ACTO II

ESCENA PRIMERA

(Teatro obscuro)

DOÑA FRANCISCA

D.ª Francisca

Nadie parece aún... (Doña Francisca se acerca a la puerta del foro y vuelve.) ¡Qué impaciencia tengo!... Y dice mi madre que soy una simple, que sólo pienso en jugar y reír, y que no sé lo que es amor... Sí, diecisiete años y no cumplidos; pero ya sé lo que es querer bien, y la inquietud y las lágrimas que cuesta.

ESCENA II

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA

D.ª Irene

Sola y a obscuras me habéis dejado allí.

D.ª Francisca

Como estaba usted acabando su carta, mamá, por no estorbarla me he venido aquí, que está mucho más fresco.

D.ª Irene

Pero aquella muchacha, ¿qué hace que no trae una luz? Para cualquiera cosa se está un año. Y yo que tengo un genio como una pólvora. (Siéntase.) Sea todo por Dios... ¿Y don Diego? ¿No ha venido?

D.ª Francisca

Me parece que no.

D.ª Irene

Pues cuenta, niña, con lo que te he dicho ya. Y mira que no gusto de repetir una cosa dos veces. Este caballero está sentido, y con muchísima razón...

D.ª Francisca

Bien; sí, señora; ya lo sé. No me riña usted más.

D.ª Irene

No es esto reñirte, hija mía; esto es aconsejarte. Porque como tú no tienes conocimiento para consi-

derar el bien que se nos ha entrado por las puertas... Y lo atrasada que me coge, que yo no sé lo que hubiera sido de tu pobre madre... Siempre cayendo y levantando... Médicos, botica... Que se dejaba pedir aquel caribe de don Bruno (Dios le haya coronado de gloria) los veinte y los treinta reales por cada papelillo de píldoras de coloquíntida y asafétida... Mira que un casamiento como el que vas a hacer, muy pocas le consiguen. Bien que a las oraciones de tus tías, que son unas bienaventuradas, debemos agradecer esta fortuna, y no a tus méritos ni a mi diligencia... ¿Qué dices?

D.ª Francisca

Yo, nada, mamá.

D.ª Irene

Pues nunca dices nada. ¡Válgame Dios, señor!... En hablándote de esto no te ocurre nada que decir.

ESCENA III

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA, RITA

(Sale Rita por la puerta del foro con luces y las pone encima de la mesa)

D.ª Irene

Vaya, mujer, yo pensé que en toda la noche no venías.

Rita

Señora, he tardado porque han tenido que ir a comprar las velas. ¡Como el tufo del velón la hace a usted tanto daño!...

D.ª Irene

Seguro que me hace muchísimo mal, con esta jaqueca que padezco... Los parches de alcanfor al cabo tuve que quitármelos; ¡si no me sirvieron de nada! Con las obleas me parece que me va mejor. Mira, deja una luz ahí, y llévate la otra a mi cuarto, y corre la cortina, no se me llene todo de mosquitos.

Rita

Muy bien. (Toma una luz y hace que se va.)

D.ª Francisca

(Aparte, a Rita: ¿No ha venido?)

Rita

(Vendrá.)

D.ª Irene

Oyes, aquella carta que está sobre la mesa dásela al mozo de la posada para que la lleve al instante al correo... (Vase Rita al cuarto de doña Irene.) Y tú, niña, ¿qué has de cenar? Porque será menester recogernos presto para salir mañana de madrugada.

D.ª Francisca

Como las monjas me hicieron merendar...

D.ª Irene

Con todo eso... Siquiera unas sopas del puchero para el abrigo del estómago... (Sale Rita con una carta en la mano, y hasta el fin de la escena hace que se va y vuelve, según lo indica el diálogo.) Mira, has de calentar el caldo que apartamos al medio día, y haznos un par de tazas de sopas, y tráetelas luego que estén.

Rita

¿Y nada más?

D.ª Irene

No, nada más... ¡Ah!, y házmelas bien caldositas.

Rita

Sí, ya lo sé.

D.ª Irene

¡Rita!

Rita

(Aparte: ¡Otra!) ¿Qué manda usted?

D.ª Irene

Encarga mucho al mozo que lleve la carta al instante... Pero no, señor; mejor es... No quiero que la lleve él, que son unos borrachones, que no se les

puede... Has de decir a Simón que digo yo que me haga el gusto de echarla en el correo; ¿lo entiendes?

Rita

Sí, señora.

D.ª Irene

¡Ah!, mira.

Rita

(Aparte: ¡Otra!)

D.ª Irene

Bien que ahora no corre prisa... Es menester que luego me saques de ahí al tordo y colgarle por aquí, de modo que no se caiga y se me lastime... (Vase Rita por la puerta del foro.) ¡Qué noche tan mala me dió!... ¡Pues no se estuvo toda la noche de Dios rezando el Gloria Patri y la oración del Santo Sudario!... Ello, por otra parte, edificaba, cierto; pero cuando se trata de dormir...

ESCENA IV

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA

D.ª Irene

Pues mucho será que don Diego no haya tenido algún encuentro por ahí, y eso le detenga. Cierto que es un señor muy mirado, muy puntual... ¡Tan buen cristiano! ¡Tan atento! ¡Tan bien hablado! ¡Y con qué garbo y generosidad se porta!... Ya se ve, un sujeto de bienes y de posibles... ¡Y qué casa tiene! Como un ascua de oro la tiene... Es mucho aquello. ¡Qué ropa blanca! ¡Qué batería de cocina, y qué despensa, llena de cuanto Dios crió!... Pero tú no parece que atiendes a lo que estoy diciendo.

D.ª Francisca

Sí, señora, bien lo oigo; pero no la quería interrumpir a usted.

D.ª Irene

Allí estarás, hija mía, como el pez en el agua; pajaritas del aire que apetecieras las tendrías, porque como él te quiere tanto, y es un caballero tan de bien y tan temeroso de Dios... Pero mira, Francisquita, que me cansa de veras el que siempre que te hablo de esto hayas dado en la flor de no responderme palabra... ¡Pues no es cosa particular, señor!

D.ª Francisca

Mamá, no se enfade usted.

D.ª Irene

¡No es buen empeño de...! ¿Y te parece a ti que no sé yo muy bien de dónde viene todo eso?... ¿No ves que conozco las locuras que se te han metido en esa cabeza de chorlito?... ¡Perdóneme Dios!

D.ª Francisca

Pero... Pues ¿qué sabe usted?

D.ª Irene

¿Me quieres engañar a mí, eh? ¡Ay, hija! He vivido mucho, y tengo yo mucha trastienda y mucha penetración para que tú me engañes.

D.ª Francisca

(Aparte: ¡Perdida soy!)

D.ª Irene

Sin contar con su madre... Como si tal madre no tuviera... Yo te aseguro que aunque no hubiera sido con esta ocasión, de todos modos era ya necesario sacarte del convento. Aunque hubiera tenido que ir a pie y sola por ese camino, te hubiera sacado de allí... ¡Mire usted qué juicio de niña éste! Que porque ha vivido un poco de tiempo entre monjas, ya se la puso en la cabeza el ser ella monja también... Ni qué entiende ella de eso, ni qué... En todos los estados se sirve a Dios, Frasquita; pero el complacer a su madre, asistirla, acompañarla y ser el consuelo de sus trabajos, ésa es la primera obligación de una hija obediente... Y sépalo usted, si no lo sabe.

D.ª Francisca

Es verdad, mamá... Pero yo nunca he pensado abandonarla a usted.

D.ª Irene

Sí, que no sé yo...

D.ª Francisca

No, señora; créame usted. La Paquita nunca se apartará de su madre, ni la dará disgustos.

D.ª Irene

Mira si es cierto lo que dices.

D.ª Francisca

Sí, señora; que yo no sé mentir.

D.ª Irene

Pues, hija, ya sabes lo que te he dicho. Ya ves lo que pierdes, y la pesadumbre que me darás si no te portas en un todo como corresponde... Cuidado con ello.

D.ª Francisca

(Aparte: ¡Pobre de mí!)

ESCENA V

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA, DON DIEGO

(Sale don Diego por la puerta del foro y deja sobre la mesa sombrero y bastón)

D.ª Irene

Pues ¿cómo tan tarde?

D. Diego

Apenas salí tropecé con el rector de Málaga, y el doctor Padilla, y hasta que me han hartado bien de chocolate y bollos no me han querido soltar... (Siéntase junto a doña Irene.) Y a todo esto, ¿cómo va?

D.ª Irene

Muy bien.

D. Diego

¿Y doña Paquita?

D.ª Irene

Doña Paquita siempre acordándose de sus monjas. Ya la digo que es tiempo de mudar de bisiesto, y pensar sólo en dar gusto a su madre y obedecerla.

D. Diego

¡Qué diante! ¿Conque tanto se acuerda de...?

D.ª Irene

¿Qué se admira usted? Son niñas... No saben lo que quieren, ni lo que aborrecen... En una edad así, tan...

D. Diego

No; poco a poco; eso no. Precisamente en esa edad son las pasiones algo más enérgicas y decisivas que en la nuestra, y por cuanto la razón se halla todavía imperfecta y débil, los ímpetus del corazón son mucho más violentos... (Asiendo de una mano a doña Francisca, la hace sentar inmediata a él.) Pero de veras, doña Paquita, ¿se volvería usted al convento de buena gana?... La verdad.

D.ª Irene

Pero si ella no...

D. Diego

Déjela usted, señora; que ella responderá.

D.ª Francisca

Bien sabe usted lo que acabo de decirla... No permita Dios que yo la dé que sentir.

D. Diego

Pero eso lo dice usted tan afligida y...

D.ª Irene

Si es natural, señor. ¿No ve usted que...?

D. Diego

Calle usted, por Dios, doña Irene, y no me diga usted a mí lo que es natural Lo que es natural es que la chica esté llena de miedo, y no se atreva a decir una palabra que se oponga a lo que su madre quiere que diga... Pero si esto hubiese, por vida mía que estábamos lucidos.

D.ª Francisca

No, señor; lo que dice su merced, eso digo yo; lo mismo. Porque en todo lo que me mande la obedeceré.

D. Diego

¡Mandar, hija mía!... En estas materias tan delicadas los padres que tienen juicio no mandan. Insinúan, proponen, aconsejan; eso sí, todo eso sí; ¡pero mandar!... ¿Y quién ha de evitar después las resultas funestas de lo que mandaron?... Pues ¿cuántas veces vemos matrimonios infelices, uniones monstruosas, verificadas solamente porque un padre tonto se metió a mandar lo que no debiera?... ¡Eh! No, señor; eso no va bien... Mire usted, doña Paquita, yo no soy de aquellos hombres que se disimulan los defectos. Yo sé que ni mi figura ni mi edad son para enamorar perdidamente a nadie; pero tampoco he creído imposible que una muchacha de juicio y bien criada llegase a quererme con aquel amor tranquilo y constante que tanto se parece a la amistad, y es el único que puede hacer los matrimonios felices. Para conseguirlo no he ido a buscar ninguna hija de familia de estas que viven en una decente libertad... Decente, que yo no culpo lo que no se opone al ejercicio de la virtud. Pero ¿cuál sería entre todas ellas la que no estuviese ya prevenida en favor de otro amante más apetecible que yo? Y en Madrid. ¡Figúrese usted en un Madrid!... Lleno de estas ideas me pareció que tal vez hallaría en usted todo cuanto deseaba.

D.ª Irene

Y puede usted creer, señor don Diego, que...

---

9 Moratín suprimió aquí, después de las primeras ediciones, el párrafo siguiente:

"¿Cuántas veces una desdichada mujer halla anticipada la muerte en el encierro de un claustro porque su madre o su tío se empeñaron en regalar a Dios lo que Dios no quería?"

D. Diego

Voy a acabar, señora; déjeme usted acabar. Yo me hago cargo, querida Paquita, de lo que habrán influído en una niña tan bien inclinada como usted las santas costumbres que ha visto practicar en aquel inocente asilo de la devoción y la virtud; pero si a pesar de todo esto la imaginación acalorada, las circunstancias imprevistas, la hubiesen hecho elegir sujeto más digno, sepa usted que yo no quiero nada con violencia. Yo soy ingenuo; mi corazón y mi lengua no se contradicen jamás. Esto mismo la pido a usted, Paquita: sinceridad. El cariño que a usted la tengo no la debe hacer infeliz... Su madre de usted no es capaz de querer una injusticia, y sabe muy bien que a nadie se le hace dichoso por fuerza. Si usted no halla en mí prendas que la inclinen, si siente algún otro cuidadillo en su corazón, créame usted, la menor disimulación en esto nos daría a todos muchísimo que sentir.

D.ª Irene

¿Puedo hablar ya, señor?

D. Diego

Ella, ella debe hablar, y sin apuntador y sin intérprete.

D.ª Irene

Cuando yo se lo mande.

D. Diego

Pues ya puede usted mandárselo, porque a ella la toca responder... Con ella he de casarme, con usted no.

D.ª Irene

Yo creo, señor don Diego, que ni con ella ni conmigo. ¿En qué concepto nos tiene usted?... Bien

dice su padrino, y bien claro me lo escribió pocos días ha, cuando le di parte de este casamiento. Que aunque no la ha vuelto a ver desde que la tuvo en la pila, la quiere muchísimo; y a cuantos pasan por el Burgo de Osma les pregunta cómo está, y continuamente nos envía memorias con el ordinario.

D. Diego

Y bien, señora, ¿qué escribió el padrino?... O, por mejor decir, ¿qué tiene que ver nada de eso con lo que estamos hablando?

D.ª Irene

Sí, señor, que tiene que ver; sí, señor. Y aunque yo lo diga, le aseguro a usted que ni un padre de Atocha hubiera puesto una carta mejor que la que él me envió sobre el matrimonio de la niña... Y no es ningún catedrático, ni bachiller, ni nada de eso, sino un cualquiera, como quien dice, un hombre de capa y espada, con un empleíllo infeliz en el ramo del viento, que apenas le da para comer... Pero es muy ladino, y sabe de todo, y tiene una labia y escribe que da gusto... Cuasi toda la carta venía en latín, no le parezca a usted, y muy buenos consejos que me daba en ella... Que no es posible sino que adivinase lo que nos está sucediendo.

D. Diego

Pero, señora, si no sucede nada, ni hay cosa que a usted la deba disgustar.

---

18 Hombre de capa y espada = Hombre sin títulos nobiliarios ni académicos; ciudadano particular.

19 Ramo del viento = Alcabala o tributo que en algunas poblaciones pagaba el forastero por los géneros que vendía.

D.ª Irene

Pues ¿no quiere usted que me disguste oyéndole hablar de mi hija en términos que...? ¡Ella otros amores ni otros cuidados!... Pues si tal hubiera... ¡Válgame Dios!..., la mataba a golpes, mire usted... Respóndele, una vez que quiere que hables, y que yo no chiste. Cuéntale los novios que dejaste en Madrid cuando tenías doce años, y los que has adquirido en el convento al lado de aquella santa mujer. Díselo para que se tranquilice, y...

D. Diego

Yo, señora, estoy más tranquilo que usted.

D.ª Irene

Respóndele.

D.ª Francisca

Yo no sé qué decir. Si ustedes se enfadan.

D. Diego

No, hija mía; esto es dar alguna expresión a lo que se dice; pero ¡enfadarnos! no, por cierto. Doña Irene sabe lo que yo la estimo.

D.ª Irene

Sí, señor, que lo sé, y estoy sumamente agradecida a los favores que usted nos hace... Por eso mismo...

D. Diego

No se hable de agradecimiento; cuanto yo puedo hacer, todo es poco... Quiero sólo que doña Paquita esté contenta.

D.ª Irene

¿Pues no ha de estarlo? Responde.

D.ª Francisca

Sí, señor, que lo estoy.

D. Diego

Y que la mudanza de estado que se la previene no la cueste el menor sentimiento.

D.ª Irene

No, señor, todo al contrario... Boda más a gusto de todos no se pudiera imaginar.

D. Diego

En esa inteligencia puedo asegurarla que ~~no~~ tendrá motivos de arrepentirse después. En nuestra compañía vivirá querida y adorada, y espero que a fuerza de beneficios he de merecer su estimación y su amistad.

D.ª Francisca

Gracias, señor don Diego... ¡A una huérfana, pobre, desvalida como yo!...

D. Diego

Pero de prendas tan estimables que la hacen a usted digna todavía de mayor fortuna.

D.ª Irene

Ven aquí, ven... Ven aquí, Paquita.

D.ª Francisca

¡Mamá!

(Levántase, abraza a su madre y se acarician mutuamente)

D.ª Irene

¿Ves lo que te quiero?

D.ª Francisca

Sí, señora.

D.ª Irene

¿Y cuánto procuro tu bien, que no tengo otro pío sino el de verte colocada antes que yo falte?

D.ª Francisca

Bien lo conozco.

D.ª Irene

¡Hija de mi vida! ¿Has de ser buena?

D.ª Francisca

Sí, señora.

D.ª Irene

¡Ay, que no sabes tú lo que te quiere tu madre!

D.ª Francisca

Pues qué, ¿no la quiero yo a usted?

D. Diego

Vamos, vamos de aquí. (Levántase don Diego, y después doña Irene). No venga alguno y nos halle a los tres llorando como tres chiquillos.

D.ª Irene

Sí, dice usted bien.

(Vanse los dos al cuarto de doña Irene. Doña Francisca va detrás, y Rita, que sale por la puerta del foro, la hace detener)

ESCENA VI

DOÑA FRANCISCA, RITA

Rita

Señorita... ¡Eh!..., chit..., señorita...

D.ª Francisca

¿Qué quieres?

Rita

Ya ha venido.

D.ª Francisca

¿Cómo?

Rita

Ahora mismo acaba de llegar. Le he dado un abrazo con licencia de usted, y ya sube por la escalera.

D.ª Francisca

¡Ay, Dios! ¿Y qué debo hacer?

Rita

¡Donosa pregunta!... Vaya, lo que importa es no gastar el tiempo en melindres de amor... Al asunto... y juicio... Y mire usted que en el paraje en que estamos la conversación no puede ser muy larga... Ahí está.

D.ª Francisca

Sí... Él es.

Rita

Voy a cuidar de aquella gente... Valor, señorita, y resolución. (Rita se entra en el cuarto de doña Irene.)

D.ª Francisca

No, no; que yo también... Pero no lo merece.

ESCENA VII

DOÑA FRANCISCA, DON CARLOS

(Sale don Carlos por la puerta del foro)

D. Carlos

¡Paquita!... ¡Vida mía!... Ya estoy aquí... ¿Cómo va, hermosa; cómo va?

D.ª Francisca

Bien venido.

D. Carlos

¿Cómo tan triste?... ¿No merece mi llegada más alegría?

D.ª Francisca

Es verdad; pero acaban de sucederme cosas que me tienen fuera de mí... Sabe usted... Sí, bien lo sabe usted... Después de escrita aquella carta, fueron por mí... Mañana a Madrid... Ahí está mi madre.

D. Carlos

¿En dónde?

D.ª Francisca

Ahí, en ese cuarto. (Señalando al cuarto de doña Irene.)

D. Carlos

¿Sola?

D.ª Francisca

No, señor.

D. Carlos

Estará en compañía del prometido esposo. (Se acerca al cuarto de doña Irene, se detiene y vuelve.) Mejor... Pero ¿no hay nadie más con ella?

D.ª Francisca

Nadie más, solos están... ¿Qué piensa usted hacer?

D. Carlos

Si me dejase llevar de mi pasión y de lo que esos ojos me inspiran, una temeridad... Pero tiempo hay... Él también será hombre de honor, y no es justo insultarle porque quiere bien a una mujer tan digna de ser querida... Yo no conozco a su madre de usted ni... Vamos, ahora nada se puede hacer... Su decoro de usted merece la primera atención.

D.ª Francisca

Es mucho el empeño que tiene en que me case con él.

D. Carlos

No importa.

D.ª Francisca

Quiere que esta boda se celebre así que lleguemos a Madrid.

D. Carlos

¿Cuál?... No. Eso no.

D.ª Francisca

Los dos están de acuerdo, y dicen...

D. Carlos

Bien... Dirán... Pero no puede ser.

D.ª Francisca

Mi madre no me habla continuamente de otra materia. Me amenaza, me ha llenado de temor... Él insta por su parte, me ofrece tantas cosas, me...

D. Carlos

Y usted, ¿qué esperanza le da?... ¿Ha prometido quererle mucho?

D.ª Francisca

¡Ingrato!... ¿Pues no sabe usted que...? ¡Ingrato!

D. Carlos

Sí; no lo ignoro, Paquita... Yo he sido el primer amor.

D.ª Francisca

Y el último.

D. Carlos

Y antes perderé la vida que renunciar al lugar que tengo en ese corazón... Todo él es mío... ¿Digo bien? (Asiéndola de las manos.)

D.ª Francisca

¿Pues de quién ha de ser?

D. Carlos

¡Hermosa! ¡Qué dulce esperanza me anima!... Una sola palabra de esa boca me asegura... Para todo me da valor... En fin, ya estoy aquí... ¿Usted me llama para que la defienda, la libre, la cumpla una obligación mil y mil veces prometida? Pues a eso mismo vengo yo... Si ustedes se van a Madrid mañana, yo voy también. Su madre de usted sabrá quién soy... Allí puedo contar con el favor de un anciano respetable y virtuoso, a quien más que tío

debo llamar amigo y padre. No tiene otro deudo más inmediato ni más querido que yo; es hombre muy rico, y si los dones de la fortuna tuviesen para usted algún atractivo, esta circunstancia añadiría felicidades a nuestra unión.

D.ª Francisca

¿Y qué vale para mí toda la riqueza del mundo?

D. Carlos

Ya lo sé. La ambición no puede agitar a un alma tan inocente.

D.ª Francisca

Querer y ser querida... Ni apetezco más ni conozco mayor fortuna.

D. Carlos

Ni hay otra... Pero usted debe serenarse, y esperar que la suerte mude nuestra aflicción presente en durables dichas.

D.ª Francisca

¿Y qué se ha de hacer para que a mi pobre madre no le cueste una pesadumbre?... ¡Me quiere tanto!... Si acabo de decirla que no la disgustaré, ni me apartaré de su lado jamás; que siempre seré obediente y buena... ¡Y me abrazaba con tanta ternura! Quedó tan consolada con lo poco que acerté a decirla... Yo no sé, no sé qué camino ha de hallar usted para salir de estos ahogos.

D. Carlos

Yo le buscaré... ¿No tiene usted confianza en mí?

D.ª Francisca

¿Pues no he de tenerla? ¿Piensa usted que estuviera yo viva si esa esperanza no me animase? Sola y desconocida de todo el mundo, ¿qué había yo de hacer? Si usted no hubiese venido, mis melancolías me hubieran muerto, sin tener a quién volver los ojos, ni poder comunicar a nadie la causa de ellas... Pero usted ha sabido proceder como caballero y amante, y acaba de darme con su venida la prueba mayor de lo mucho que me quiere.
(Se enternece y llora.)

D. Carlos

¡Qué llanto!... ¡Cómo persuade!... Sí, Paquita, yo sólo basto para defenderla a usted de cuantos quieran oprimirla. A un amante favorecido, ¿quién puede oponérsele? Nada hay que temer.

D.ª Francisca

¿Es posible?

D. Carlos

Nada... Amor ha unido nuestras almas en estrechos nudos, y sólo la muerte bastará a dividirlas.

ESCENA VIII

DOÑA FRANCISCA, DON CARLOS, RITA

Rita

Señorita, adentro. La mamá pregunta por usted. Voy a traer la cena, y se van a recoger al instante... Y usted, señor galán, ya puede también disponer de su persona.

D. Carlos

Sí, que no conviene anticipar sospechas... Nada tengo que añadir.

D.ª Francisca

Ni yo.

D. Carlos

Hasta mañana. Con la luz del día veremos a este dichoso competidor.

Rita

Un caballero muy honrado, muy rico, muy prudente; con su chupa larga, su camisola limpia y sus sesenta años debajo del peluquín.

(Se va por la puerta del foro)

D.ª Francisca

Hasta mañana.

D. Carlos

Adiós, Paquita.

D.ª Francisca

Acuéstese usted y descanse.

D. Carlos

¿Descansar con celos?

D.ª Francisca

¿De quién?

D. Carlos

Buenas noches... Duerma usted bien, Paquita.

D.ª Francisca

¿Dormir con amor?

D. Carlos

Adiós, vida mía.

D.ª Francisca

Adiós.

(Éntrase al cuarto de doña Irene)

ESCENA IX

DON CARLOS, CALAMOCHA, RITA

D. Carlos

¡Quitármela! (Paseándose inquieto.) No... Sea quien fuere, no me la quitará. Ni su madre ha de ser tan imprudente que se obstine en verificar ese matrimonio repugnándolo su hija..., mediando yo... ¡Sesenta años!... Precisamente será muy rico... ¡El dinero! Maldito él sea, que tantos desórdenes origina.

Calamocha

Pues, señor (Sale por la puerta del foro), tenemos un medio cabrito asado, y... a lo menos parece cabrito. Tenemos una magnífica ensalada de berros, sin anapelos ni otra materia extraña, bien lavada, escurrida y condimentada por estas manos pecadoras, que no hay más que pedir. Pan de Meco, vino de la Tercia... Conque si hemos de cenar y dormir, me parece que sería bueno...

D. Carlos

Vamos... ¿Y adónde ha de ser?

---

16 Meco = Villa de la provincia de Madrid, famosa por su buen pan.

17 "Tercia del Camino: concejo antiguo en la provincia y partido de León, compuesto de los pueblos de Barrio, Camplongo, Fontún, Golpéjar, Millaro, Poladura, Rodiermo, San Martino, Velilla, Ventosilla, Villamanín, Villanueva, para los cuales se nombraba juez ordinario por los vecinos."—Madoz, *Dic. Geogr.* Madrid, 1849, t. XIV.

Calamocha

Abajo. Allí he mandado disponer una angosta y fementida mesa, que parece un banco de herrador.

Rita

¿Quién quiere sopas?

(Sale por la puerta del foro con unos platos, taza, cuchara y servilleta)

D. Carlos

Buen provecho.

Calamocha

Si hay alguna real moza que guste de cenar cabrito, levante el dedo.

Rita

La real moza se ha comido ya media cazuela de albondiguillas... Pero lo agradece, señor militar.

(Éntrase al cuarto de doña Irene)

Calamocha

Agradecida te quiero yo, niña de mis ojos.

D. Carlos

Conque ¿vamos?

Calamocha

¡Ay, ay, ay!... (Calamocha se encamina a la puerta del foro, y vuelve; hablan él y don Carlos, con reserva, hasta que Calamocha se adelanta a saludar a Simón.) ¡Eh! Chit, digo...

D. Carlos

¿Qué?

Calamocha

¿No ve usted lo que viene por allí?

D. Carlos

¿Es Simón?

Calamocha

El mismo... Pero ¿quién diablos le...?

D. Carlos

¿Y qué haremos?

Calamocha

¿Qué sé yo? Sonsacarle, mentir y... ¿Me da usted licencia para que...?

D. Carlos

Sí; miente lo que quieras. ¿A qué habrá venido este hombre?

ESCENA X

DON CARLOS, CALAMOCHA, SIMÓN

(Simón sale por la puerta del foro)

Calamocha

Simón, ¿tú por aquí?

Simón

Adiós, Calamocha. ¿Cómo va?

Calamocha

Lindamente.

Simón

¡Cuánto me alegro de...!

D. Carlos

¡Hombre! ¿Tú en Alcalá? ¿Pues qué novedad es ésta?

Simón

¡Oh, que estaba usted ahí, señorito! ¡Voto va sanes!

D. Carlos

¿Y mi tío?

Simón

Tan bueno.

Calamocha

¿Pero se ha quedado en Madrid, o...?

Simón

¿Quién me había de decir a mí...? ¡Cosa como ella! Tan ajeno estaba yo ahora de... Y usted, de cada vez más guapo... ¿Conque usted irá a ver al tío, eh?

Calamocha

Tú habrás venido con algún encargo del amo.

Simón

¡Y qué calor traje, y qué polvo por ese camino! ¡Ya, ya!

Calamocha

Alguna cobranza tal vez, ¿eh?

D. Carlos

Puede ser. Como tiene mi tío ese poco de hacienda en Ajalvir... ¿No has venido a eso?

Simón

¡Y qué buena maula le ha salido el tal administrador! Labriego más marrullero y más bellaco no le hay en toda la campiña... ¿Conque usted viene ahora de Zaragoza?

D. Carlos

Pues... Figúrate tú.

Simón

¿O va usted allá?

D. Carlos

¿Adónde?

Simón

A Zaragoza. ¿No está allí el regimiento?

Calamocha

Pero, hombre, si salimos el verano pasado de Madrid, ¿no habíamos de haber andado más de cuatro leguas?

Simón

¿Qué sé yo? Algunos van por la posta, y tardan más de cuatro meses en llegar... Debe de ser un camino muy malo.

Calamocha

(Aparte, separándose de Simón: ¡Maldito seas tú y tu camino, y la bribona que te dió papilla!)

D. Carlos

Pero aún no me has dicho si mi tío está en Madrid o en Alcalá, ni a qué has venido, ni...

Simón

Bien, a eso voy... Sí, señor, voy a decir a usted... Conque... Pues el amo me dijo...

ESCENA XI

DON DIEGO, DON CARLOS, SIMÓN, CALAMOCHA

D. Diego

(Desde adentro.) No, no es menester; si hay luz aquí. Buenas noches, Rita.

(Don Carlos se turba y se aparta a un extremo del teatro)

D. Carlos

¡Mi tío!

D. Diego

¡Simón!

(Sale don Diego del cuarto de doña Irene, encaminándose al suyo; repara en don Carlos y se acerca a él. Simón le alumbra y vuelve a dejar la luz sobre la mesa)

Simón

Aquí estoy, señor.

D. Carlos

(Aparte: ¡Todo se ha perdido!)

D. Diego

Vamos... Pero... ¿quién es?

Simón

Un amigo de usted, señor.

D. Carlos

(Aparte: Yo estoy muerto.)

D. Diego

¿Cómo un amigo?... ¿Qué? Acerca esa luz.

D. Carlos

¡Tío!

(En ademán de besar la mano a don Diego, que le aparta de sí con enojo)

D. Diego

Quítate de ahí.

D. Carlos

¡Señor!

D. Diego

Quítate... No sé cómo no le... ¿Qué haces aquí?

D. Carlos

Si usted se altera y...

D. Diego

¿Qué haces aquí?

D. Carlos

Mi desgracia me ha traído.

D. Diego

¡Siempre dándome que sentir, siempre! Pero... (Acercándose a don Carlos.) ¿Qué dices? ¿De veras ha ocurrido alguna desgracia? Vamos... ¿Qué te sucede?... ¿Por qué estás aquí?

Calamocha

Porque le tiene a usted ley, y le quiere bien, y...

D. Diego

A ti no te pregunto nada... ¿Por qué has venido de Zaragoza sin que yo lo sepa?... ¿Por qué te asus-

ta el verme?... Algo has hecho: sí, alguna locura has hecho que le habrá de costar la vida a tu pobre tío.

D. Carlos

No, señor; que nunca olvidaré las máximas de honor y prudencia que usted me ha inspirado tantas veces.

D. Diego

Pues ¿a qué viniste? ¿Es desafío? ¿Son deudas? ¿Es algún disgusto con tus jefes?... Sácame de esta inquietud, Carlos... Hijo mío, sácame de este afán.

Calamocha

Si todo ello no es más que...

D. Diego

Ya he dicho que calles... Ven acá. (Tomándole de la mano se aparta con él a un extremo del teatro, y le habla en voz baja.) Dime qué ha sido.

D. Carlos

Una ligereza, una falta de sumisión a usted... Venir a Madrid sin pedirle licencia primero... Bien arrepentido estoy, considerando la pesadumbre que le he dado al verme.

D. Diego

¿Y qué otra cosa hay?

D. Carlos

Nada más, señor.

D. Diego

Pues ¿qué desgracia era aquella de que me hablaste?

D. Carlos

Ninguna. La de hallarle a usted en este paraje... y haberle disgustado tanto, cuando yo esperaba sorprenderle en Madrid, estar en su compañía algunas semanas y volverme contento de haberle visto.

D. Diego

¿No hay más?

D. Carlos

No, señor.

D. Diego

Míralo bien.

D. Carlos

No, señor... A eso venía. No hay nada más.

D. Diego

Pero no me digas tú a mí... Si es imposible que estas escapadas se... No, señor... ¿Ni quién ha de permitir que un oficial se vaya cuando se le antoje, y abandone de ese modo sus banderas?... Pues si tales ejemplos se repitieran mucho, adiós disciplina militar... Vamos... Eso no puede ser.

D. Carlos

Considere usted, tío, que estamos en tiempo de paz; que en Zaragoza no es necesario un servicio tan exacto como en otras plazas, en que no se permite descanso a la guarnición... Y, en fin, puede usted creer que este viaje supone la aprobación y la licencia de mis superiores, que yo también miro por mi estimación, y que cuando me he venido, estoy seguro de que no hago falta.

D. Diego

Un oficial siempre hace falta a sus soldados. El rey le tiene allí para que los instruya, los proteja y

les dé ejemplo de subordinación, de valor, de virtud.

D. Carlos

Bien está; pero ya he dicho los motivos...

D. Diego

Todos esos motivos no valen nada... ¡Porque le dió la gana de ver al tío!... Lo que quiere su tío de usted no es verle cada ocho días, sino saber que es hombre de juicio, y que cumple con sus obligaciones. Eso es lo que quiere... Pero (Alza la voz y se pasea con inquietud) yo tomaré mis medidas para que estas locuras no se repitan otra vez... Lo que usted ha de hacer ahora es marcharse inmediatamente.

D. Carlos

Señor, si...

D. Diego

No hay remedio... Y ha de ser al instante. Usted no ha de dormir aquí.

Calamocha

Es que los caballos no están ahora para correr... ni pueden moverse.

D. Diego

Pues con ellos (A Calamocha) y con las maletas al mesón de afuera. Usted (A don Carlos) no ha de dormir aquí... Vamos (A Calamocha) tú, buena pieza, menéate. Abajo con todo. Pagar el gasto que se haya hecho, sacar los caballos y marchar... Ayúdale tú... (A Simón.) ¿Qué dinero tienes ahí?

Simón

Tendré unas cuatro o seis onzas.

(Saca de un bolsillo algunas monedas y se las da a don Diego)

D. Diego

Dámelas acá. Vamos, ¿qué haces? (A Calamocha.) ¿No he dicho que ha de ser al instante? Volando. Y tú (A Simón) ve con él, ayúdale, y no te me apartes de allí hasta que se hayan ido.

(Los dos criados entran en el cuarto de don Carlos)

ESCENA XII

DON DIEGO, DON CARLOS

D. Diego

Tome usted. (Le da el dinero.) Con eso hay bastante para el camino. Vamos, que cuando yo lo dispongo así, bien sé lo que me hago... ¿No conoces que es todo por tu bien, y que ha sido un desatino lo que acabas de hacer?... Y no hay que afligirse por eso, ni creas que es falta de cariño... Ya sabes lo que te he querido siempre; y en obrando tú según corresponde, seré tu amigo como lo he sido hasta aquí.

D. Carlos

Ya lo sé.

D. Diego

Pues bien; ahora obedece lo que te mando.

D. Carlos

Lo haré sin falta.

D. Diego

Al mesón de afuera. (A los criados, que salen con los trastos del cuarto de don Carlos, y se van por la puerta del foro.) Allí puedes dormir, mientras los caballos comen y descansan... Y no me vuelvas aquí por ningún pretexto ni entres en la ciudad... ¡Cuidado! Y a eso de las tres o las cuatro, marchar. Mira que he de saber a la hora que sales. ¿Lo entiendes?

D. Carlos

Sí, señor.

D. Diego

Mira que lo has de hacer.

D. Carlos

Sí, señor; haré lo que usted manda.

D. Diego

Muy bien. Adiós... Todo te lo perdono... Vete con Dios... Y yo sabré también cuándo llegas a Zaragoza; no te parezca que estoy ignorante de lo que hiciste la vez pasada.

D. Carlos

¿Pues qué hice yo?

D. Diego

Si te digo que lo sé, y que te lo perdono, ¿qué más quieres? No es tiempo ahora de tratar de eso. Vete.

D. Carlos

Quede usted con Dios.

(Hace que se va, y vuelve)

D. Diego

¿Sin besar la mano a su tío, eh?

D. Carlos

No me atreví.

(Besa la mano a don Diego y se abrazan)

D. Diego

Y dame un abrazo, por si no nos volvemos a ver.

D. Carlos

¿Qué dice usted? ¡No lo permita Dios!

D. Diego

¡Quién sabe, hijo mío! ¿Tienes algunas deudas? ¿Te falta algo?

D. Carlos

No, señor; ahora, no.

D. Diego

Mucho es, porque tú siempre tiras por largo... Como cuentas con la bolsa del tío... Pues bien; yo escribiré al señor Aznar para que te dé cien doblones de orden mía. Y mira cómo los gastas. ¿Juegas?

D. Carlos

No, señor; en mi vida.

D. Diego

Cuidado con eso... Conque, buen viaje. Y no te acalores: jornadas regulares y nada más... ¿Vas contento?

D. Carlos

No, señor. Porque usted me quiere mucho, me llena de beneficios, y yo le pago mal.

D. Diego

No se hable ya de lo pasado... Adiós.

D. Carlos

¿Queda usted enojado conmigo?

D. Diego

No, por cierto... Me disgusté bastante, pero ya se acabó... No me des que sentir. (Poniéndole ambas manos sobre los hombros.) Portarse como hombre de bien.

D. Carlos

No lo dude usted.

D. Diego

Como oficial de honor.

D. Carlos

Así lo prometo.

D. Diego

Adiós, Carlos. (Abrazándose.)

D. Carlos

(Aparte. al irse por la puerta del foro: ¡Y la dejo!... ¡Y la pierdo para siempre!)

ESCENA XIII

DON DIEGO

Demasiado bien se ha compuesto... Luego lo sabrá enhorabuena... Pero no es lo mismo escribírselo que.... Después de hecho, no importa nada... ¡Pero siempre aquel respeto al tío!... Como una malva es.

(Se enjuga las lágrimas, toma una luz y se va a su cuarto. El teatro queda solo y obscuro por un breve espacio)

ESCENA XIV

DOÑA FRANCISCA, RITA

(Salen del cuarto de doña Irene. Rita sacará una luz y la pone encima de la mesa)

Rita

Mucho silencio hay por aquí.

D.ª Francisca

Se habrán recogido ya... Estarán rendidos.

Rita

Precisamente.

D.ª Francisca

¡Un camino tan largo!

Rita

¡A lo que obliga el amor, señorita!

D.ª Francisca

Sí; bien puedes decirlo: amor... Y yo ¿qué no hiciera por él?

Rita

Y deje usted, que no ha de ser éste el último milagro. Cuando lleguemos a Madrid, entonces será ella... El pobre don Diego ¡qué chasco se va a llevar! Y por otra parte, vea usted qué señor tan bueno, que cierto da lástima...

D.ª Francisca

Pues en eso consiste todo. Si él fuese un hombre despreciable, ni mi madre hubiera admitido su pre-

tensión, ni yo tendría que disimular mi repugnancia... Pero ya es otro tiempo, Rita. Don Félix ha venido, y ya no temo a nadie. Estando mi fortuna en su mano, me considero la más dichosa de las mujeres.

Rita

¡Ay! Ahora que me acuerdo... Pues poquito me lo encargó... Ya se ve, si con estos amores tengo yo también la cabeza... Voy por él. (Encaminándose al cuarto de doña Irene.)

D.ª Francisca

¿A qué vas?

Rita

El tordo, que ya se me olvidaba sacarle de allí.

D.ª Francisca

Sí, tráele, no empiece a rezar como anoche... Allí quedó junto a la ventana... Y ve con cuidado, no despierte mamá.

Rita

Sí; mire usted el estrépito de caballerías que anda por allá abajo... Hasta que lleguemos a nuestra calle del Lobo, número siete, cuarto segundo, no hay que pensar en dormir... Y ese maldito portón, que rechina que...

D.ª Francisca

Te puedes llevar la luz.

Rita

No es menester, que ya sé dónde está. (Vase al cuarto de doña Irene.)

---

22 Calle del Lobo, en Madrid = Hoy de Echegaray.

ESCENA XV

DOÑA FRANCISCA, SIMÓN

(Sale por la puerta del foro Simón)

D.ª Francisca

Yo pensé que estaban ustedes acostados.

Simón

El amo ya habrá hecho esa diligencia; pero yo todavía no sé en dónde he de tender el rancho... Y buen sueño que tengo.

D.ª Francisca

¿Qué gente nueva ha llegado ahora?

Simón

Nadie. Son unos que estaban ahí, y se han ido.

D.ª Francisca

¿Los arrieros?

Simón

No, señora. Un oficial y un criado suyo, que parece que se van a Zaragoza.

D.ª Francisca

¿Quiénes dice usted que son?

Simón

Un teniente coronel y su asistente.

D.ª Francisca

¿Y estaban aquí?

Simón

Sí, señora; ahí en ese cuarto.

D.ª Francisca

No los he visto.

Simón

Parece que llegaron esta tarde y... A la cuenta habrán despachado ya la comisión que traían... Conque se han ido... Buenas noches, señorita. (Vase al cuarto de don Diego.)

ESCENA XVI

Doña Francisca, Rita

D.ª Francisca

¡Dios mío de mi alma! ¿Qué es esto? No puedo sostenerme. ¡Desdichada! (Siéntase en una silla junto a la mesa.)

Rita

Señorita, yo vengo muerta. (Saca la jaula del tordo y la deja encima de la mesa; abre la puerta del cuarto de don Carlos, y vuelve.)

D.ª Francisca

¡Ay, que es cierto! ¿Tú lo sabes también?

Rita

Deje usted, que todavía no creo lo que he visto... Aquí no hay nadie..., ni maletas, ni ropa, ni... Pero ¿cómo podía engañarme? Si yo misma los he visto salir.

D.ª Francisca

¿Y eran ellos?

Rita

Sí, señora. Los dos.

D.ª Francisca

Pero ¿se han ido fuera de la ciudad?

Rita

Si no los he perdido de vista hasta que salieron por la Puerta de Mártires... Como está un paso de aquí.

D.ª Francisca

¿Y es ése el camino de Aragón?

Rita

Ese es.

D.ª Francisca

¡Indigno! ¡Hombre indigno!

Rita

¡Señorita!

D.ª Francisca

¿En qué te ha ofendido esta infeliz?

Rita

Yo estoy temblando toda... Pero... Si es incomprensible... Si no alcanzo a descubrir qué motivos ha podido haber para esta novedad.

D.ª Francisca

¿Pues no le quise más que a mi vida?... ¿No me ha visto loca de amor?

Rita

No sé qué decir al considerar una acción tan infame.

D.ª Francisca

¿Qué has de decir? Que no me ha querido nunca, ni es hombre de bien... ¿Y vino para esto? ¡Para engañarme, para abandonarme así! (Levántase y Rita la sostiene.)

Rita

Pensar que su venida fué con otro designio, no me parece natural... Celos... ¿Por qué ha de tener celos?... Y aun eso mismo debiera enamorarle más... Él no es cobarde, y no hay que decir que habrá tenido miedo de su competidor.

D.ª Francisca

Te cansas en vano. Di que es un pérfido, di que es un monstruo de crueldad, y todo lo has dicho.

Rita

Vamos de aquí, que puede venir alguien y...

D.ª Francisca

Sí, vámonos... Vamos a llorar... ¡Y en qué situación me deja!... Pero ¿ves qué malvado?

Rita

Sí, señora; ya lo conozco.

D.ª Francisca

¡Qué bien supo fingir! ¿Y con quién? Conmigo... ¿Pues yo merecí ser engañada tan alevosamente?... ¿Mereció mi cariño este galardón?... ¡Dios de mi vida! ¿Cuál es mi delito, cuál es? (Rita coge la luz y se van entrambas al cuarto de doña Francisca.)

ACTO III

ESCENA PRIMERA

(Teatro obscuro. Sobre la mesa habrá un candelero con vela apagada y la jaula del tordo. Simón duerme tendido en el banco)

DON DIEGO, SIMÓN

D. Diego

(Sale de su cuarto poniéndose la bata)

Aquí, a lo menos, ya que no duerma no me derretiré... Vaya, si alcoba como ella no se... ¡Cómo ronca éste!... Guardémosle el sueño hasta que venga el día, que ya poco puede tardar... (Simón despierta y se levanta.) ¿Qué es eso? Mira no te caigas, hombre.

Simón

Qué, ¿estaba usted ahí, señor?

D. Diego

Sí, aquí me he salido, porque allí no se puede parar.

Simón

Pues yo, a Dios gracias, aunque la cama es algo dura, he dormido como un emperador.

D. Diego

¡Mala comparación! Di que has dormido como un pobre hombre, que no tiene ni dinero, ni ambición, ni pesadumbres, ni remordimientos.

Simón

En efecto, dice usted bien... ¿Y qué hora será ya?

D. Diego

Poco ha que sonó el reloj de San Justo, y si no conté mal, dió las tres.

Simón

¡Oh!, pues ya nuestros caballeros irán por ese camino adelante echando chispas.

D. Diego

Sí, ya es regular que hayan salido. Me lo prometió, y espero que lo hará.

Simón

¡Pero si usted viera qué apesadumbrado le dejé! ¡Qué triste!

D. Diego

Ha sido preciso.

Simón

Ya lo conozco.

D. Diego

¿No ves qué venida tan intempestiva?

Simón

Es verdad. Sin permiso de usted, sin avisarle, sin haber un motivo urgente... Vamos, hizo muy mal. Bien que por otra parte él tiene prendas suficientes para que se le perdone esta ligereza. Digo... Me parece que el castigo no pasará adelante, ¿eh?

D. Diego

¡No, qué! No, señor. Una cosa es que le haya hecho volver... Ya ves en qué circunstancias nos co-

gía... Te aseguro que cuando se fué me quedó un ansia en el corazón. (Suenan a lo lejos tres palmadas, y poco después se oye que puntean un instrumento.) ¿Qué ha sonado?

Simón

No sé. Gente que pasa por la calle. Serán labradores.

D. Diego

Calla.

Simón

Vaya; música tenemos, según parece.

D. Diego

Sí, como lo hagan bien.

Simón

¿Y quién será el amante infeliz que se viene a puntear a estas horas en ese callejón tan puerco? Apostaré que son amores con la moza de la posada, que parece un mico.

D. Diego

Puede ser.

Simón

Ya empiezan, oigamos. (Tocan una sonata desde adentro.) Pues dígole a usted que toca muy lindamente el pícaro del barberillo.

---

23 A continuación, en las primeras ediciones, se hacía cantar a don Carlos, en voz baja, desde ad ntro:

Si duerme y reposa
la bella que adoro,
su paz deliciosa
no turbe mi lloro.
y en sueño corónela
de dichas amor.

D. Diego

No; no hay barbero que sepa hacer eso, por muy bien que afeite.

Simón

¿Quiere usted que nos asomemos un poco, a ver?...

D. Diego

No, dejarlos. ¡Pobre gente! ¡Quién sabe la importancia que darán ellos a la tal música! No gusto yo de incomodar a nadie.

(Salen de su cuarto doña Francisca y Rita, encaminándose a la ventana. Don Diego y Simón se retiran a un lado, y observan)

Simón

¡Señor! ¡Eh!... Presto, aquí a un ladito.

D. Diego

¿Qué quieres?

Simón

Que han abierto la puerta de esa alcoba, y huele a faldas que trasciende.

D. Diego

¿Sí?... Retirémonos.

Pero su mente
vagando delira,
si me llama ausente,
si celosa expira,
diréla mi bárbaro,
mi fiero dolor.

Don Diego.—Buen estilo, pero canta demasiado quedo.
Simón.—¿Quiere usted que nos asomemos un poco a ver este ruiseñor?

ESCENA II

DOÑA FRANCISCA, DON DIEGO, RITA, SIMÓN

Rita

Con tiento, señorita.

D.ª Francisca

Siguiendo la pared, ¿no voy bien?

(Vuelven a puntear el instrumento)

Rita

Sí, señora... Pero vuelven a tocar... Silencio...

D.ª Francisca

No te muevas... Deja... Sepamos primero si es él.

Rita

¿Pues no ha de ser?... La seña no puede mentir.

D.ª Francisca

Calla. Sí, él es... ¡Dios mío! (Acércase Rita a la ventana, abre la vidriera y da tres palmadas. Cesa la música.) Ve, responde... Albricias, corazón. Él es.

Simón

¿Ha oído usted?

D. Diego

Sí.

Simón

¿Qué querrá decir esto?

D. Diego

Calla.

D.ª Francisca

(Se asoma a la ventana. Rita se queda detrás de ella. Los puntos suspensivos indican las interrupciones más o menos largas.) Yo soy... Y ¿qué había de pensar viendo lo que usted acababa de hacer?... ¿Qué fuga es ésta? Rita (Apartándose de la ventana, y vuelve después a asomarse) amiga, por Dios, ten cuidado, y si oyeres algún rumor, al instante avísame... ¿Para siempre? ¡Triste de mí! Bien está, tírela usted... Pero yo no acabo de entender... ¡Ay, don Félix! Nunca le he visto a usted tan tímido... (Tiran desde adentro una carta que cae por la ventana al teatro. Doña Francisca la busca, y no hallándola vuelve a asomarse.) No, no la he cogido; pero aquí está sin duda... ¿Y no he de saber yo hasta que llegue el día los motivos que tiene usted para dejarme muriendo?... Sí, yo quiero saberlo de boca de usted. Su Paquita de usted se lo manda... Y ¿cómo le parece a usted que estará el mío?... No me cabe en el pecho... Diga usted.

(Simón se adelanta un poco, tropieza con la jaula y la deja caer)

Rita

Señorita, vamos de aquí... Presto, que hay gente.

D.ª Francisca

¡Infeliz de mí!... Guíame.

Rita

Vamos. (Al retirarse tropieza con Simón. Las dos se van al cuarto de doña Francisca.)

¡Ay!

D.ª Francisca

¡Muerta voy!

ESCENA III

DON DIEGO, SIMÓN

D. Diego

¿Qué grito fué ése?

Simón

Una de las fantasmas, que al retirarse tropezó conmigo.

D. Diego

Acércate a esa ventana, y mira si hallas en el suelo un papel... ¡Buenos estamos!

Simón

(Tentando por el suelo, cerca de la ventana.) No encuentro nada, señor.

D. Diego

Búscale bien, que por ahí ha de estar.

Simón

¿Le tiraron desde la calle?

D. Diego

Sí... ¿Qué amante es éste? ¡Y dieciséis años y criada en un convento! Acabó ya toda mi ilusión.

Simón

Aquí está. (Halla la carta, y se la da a don Diego.)

D. Diego

Vete abajo, y enciende una luz... En la caballeriza o en la cocina... Por ahí habrá algún faro... Y vuelve con ella al instante.

(Vase Simón por la puerta del foro)

ESCENA IV

Don Diego

¿Y a quién debo culpar? (Apoyándose en el respaldo de una silla.) ¿Es ella la delincuente, o su madre, o sus tías, o yo? ¿Sobre quién..., sobre quién ha de caer esta cólera, que por más que lo procuro no la sé reprimir?... ¡La Naturaleza la hizo tan amable a mis ojos!... ¡Qué esperanzas tan halagüeñas concebí! ¡Qué felicidades me prometía!... ¡Celos!... ¿Yo? ¡En qué edad tengo celos!... Vergüenza es... Pero esta inquietud que yo siento, esta indignación, estos deseos de venganza, ¿de qué provienen? ¿Cómo he de llamarlos? Otra vez parece que... (Advirtiendo que suena ruido en la puerta del cuarto de doña Francisca, se retira a un extremo del teatro.) Sí.

ESCENA V

Don Diego, Rita, Simón

Rita

Ya se han ido... (Observa, escucha, asómase después a la ventana y busca la carta por el suelo.) ¡Válgame Dios!... El papel estará muy bien escrito, pero el señor don Félix es un grandísimo picarón... ¡Pobrecita de mi alma! Se muere sin remedio... Nada, ni perros parecen por la calle... ¡Ojalá no los hubiéramos conocido! ¿Y este maldito papel?... Pues buena la hiciéramos si no pareciese... ¿Qué dirá? Mentiras, mentiras, y todo mentira.

Simón

Ya tenemos luz.

(Sale con luz. Rita se sorprende)

Rita

¡Perdida soy!

D. Diego

(Acercándose.) ¡Rita! ¿Pues tú aquí?

Rita

Sí, señor; porque...

D. Diego

¿Qué buscas a estas horas?

Rita

Buscaba... Yo le diré a usted... Porque oímos un ruido tan grande...

Simón

¿Sí, eh?

Rita

Cierto... Un ruido y... y mire usted (Alza la jaula que está en el suelo) era la jaula del tordo... Pues la jaula era, no tiene duda. ¡Válgate Dios! ¿Si habrá muerto? No, vivo está, vaya... Algún gato habrá sido. Preciso.

Simón

Sí, algún gato.

Rita

¡Pobre animal! ¡Y qué asustadillo se conoce que está todavía!

Simón

Y con mucha razón... ¿No te parece, si le hubiera pillado el gato?...

Rita

Se le hubiera comido.

(Cuelga la jaula de un clavo que habrá en la pared)

Simón

Y sin pebre... ni plumas hubiera dejado.

D. Diego

Tráeme esa luz.

Rita

¡Ah! Deje usted, encenderemos ésta (Enciende la vela que está sobre la mesa) que ya lo que no se ha dormido...

D. Diego

Y doña Paquita, ¿duerme?

Rita

Sí, señor.

Simón

Pues mucho es que con el ruido del tordo...

D. Diego

Vamos.

(Se entra en su cuarto. Simón va con él, llevándose una de las luces)

ESCENA VI

DOÑA FRANCISCA, RITA

D.ª Francisca

(Saliendo de su cuarto.) ¿Ha parecido el papel?

Rita

No, señora.

D.ª Francisca

¿Y estaban aquí los dos cuando tú saliste?

Rita

Yo no lo sé. Lo cierto es que el criado sacó una luz, y me hallé de repente, como por máquina, entre él y su amo, sin poder escapar ni saber qué disculpa darles.

(Coge la luz y vuelve a buscar la carta, cerca de la ventana)

D.ª Francisca

Ellos eran, sin duda... Aquí estarían cuando yo hablé desde la ventana... ¿Y ese papel?

Rita

Yo no lo encuentro, señorita.

D.ª Francisca

Le tendrán ellos, no te canses... Si es lo único que faltaba a mi desdicha... No le busques. Ellos le tienen.

Rita

A lo menos por aquí...

D.ª Francisca

¡Yo estoy loca! (Siéntase.)

Rita

Sin haberse explicado este hombre, ni decir siquiera...

D.ª Francisca

Cuando iba a hacerlo, me avisaste, y fué preciso retirarnos... Pero ¿sabes tú con qué temor que habló, qué agitación mostraba? Me dijo que en aquella carta vería yo los motivos justos que le precisaban a volverse; que la había escrito para dejársela a persona fiel que la pusiera en mis manos, suponiendo que el verme sería imposible. Todo engaños, Rita, de un hombre aleve que prometió lo que no pensaba cumplir... Vino, halló un competidor, y diría: Pues yo ¿para qué he de molestar a nadie ni hacerme ahora defensor de una mujer?... ¡Hay tantas mujeres! Cásenla... Yo nada pierdo... Primero es mi tranquilidad que la vida de esa infeliz. ¡Dios mío, perdón!... ¡Perdón de haberle querido tanto!

Rita

¡Ay, señorita! (Mirando hacia el cuarto de don Diego.) Que parece que salen ya.

D.ª Francisca

No importa, déjame.

Rita

Pero si don Diego la ve a usted de esa manera...

D.ª Francisca

Si todo se ha perdido ya, ¿qué puedo temer?... ¿Y piensas tú que tengo alientos para levantarme?... Que vengan, nada importa.

ESCENA VII

DON DIEGO, DOÑA FRANCISCA, SIMÓN, RITA

Simón

Voy enterado, no es menester más.

D. Diego

Mira, y haz que ensillen inmediatamente al *Moro*, mientras tú vas allá. Si han salido, vuelves, montas a caballo, y en una buena carrera que des, los alcanzas... ¿Los dos aquí, eh?... Conque, vete, no se pierda tiempo.

(Después de hablar los dos, junto al cuarto de don Diego, se va Simón por la puerta del foro)

Simón

Voy allá.

D. Diego

Mucho se madruga, doña Paquita.

D.ª Francisca

Sí, señor.

D. Diego

¿Ha llamado ya doña Irene?

D.ª Francisca

No, señor... Mejor es que vayas allá, por si ha despertado y se quiere vestir.

(Rita se va al cuarto de doña Irene)

ESCENA VIII

DON DIEGO, DOÑA FRANCISCA

D. Diego

¿Usted no habrá dormido bien esta noche?

D.ª Francisca

No, señor. ¿Y usted?

D. Diego

Tampoco.

D.ª Francisca

Ha hecho demasiado calor.

D. Diego

¿Está usted desazonada?

D.ª Francisca

Alguna cosa.

D. Diego

¿Qué siente usted?

(Siéntase junto a doña Francisca)

D.ª Francisca

No es nada... Así un poco de... Nada..., no tengo nada.

D. Diego

Algo será; porque la veo a usted muy abatida, llorosa, inquieta. ¿Qué tiene usted, Paquita? ¿No sabe usted que la quiero tanto?

D.ª Francisca

Sí, señor.

D. Diego

Pues ¿por qué no hace usted más confianza de mí? ¿Piensa usted que no tendré yo mucho gusto en hallar ocasiones de complacerla?

D.ª Francisca

Ya lo sé.

D. Diego

¿Pues cómo, sabiendo que tiene usted un amigo, no desahoga con él su corazón?

D.ª Francisca

Porque eso mismo me obliga a callar.

D. Diego

Eso quiere decir que tal vez soy yo la causa de su pesadumbre de usted.

D.ª Francisca

No, señor; usted en nada me ha ofendido... No es de usted de quien yo me debo quejar.

D. Diego

Pues ¿de quién, hija mía?... Venga usted acá... (Acércase más.) Hablemos siquiera una vez sin rodeos ni disimulación. Dígame usted: ¿no es cierto que usted mira con algo de repugnancia este casamiento que se la propone? ¿Cuánto va que si la dejasen a usted entera libertad para la elección no se casaría conmigo?

D.ª Francisca

Ni con otro.

D. Diego

¿Será posible que usted no conozca otro más amable que yo, que la quiera bien, y que la corresponda como usted merece?

D.ª Francisca

No, señor; no, señor.

D. Diego

Mírelo usted bien.

D.ª Francisca

¿No le digo a usted que no?

D. Diego

¿Y he de creer, por dicha, que conserve usted tal inclinación al retiro en que se ha criado, que prefiera la austeridad del convento a una vida más...?

D.ª Francisca

Tampoco; no, señor... Nunca he pensado así.

D. Diego

No tengo empeño de saber más... Pero de todo lo que acabo de oír resulta una gravísima contradicción. Usted no se halla inclinada al estado religioso, según parece. Usted me asegura que no tiene queja ninguna de mí, que está persuadida de lo mucho que la estimo, que no piensa casarse con otro, ni debo recelar que nadie me dispute su mano... Pues ¿qué llanto es ése? ¿De dónde nace esa tristeza profunda, que en tan poco tiempo ha alterado su semblante de usted, en términos que apenas le reconozco? ¿Son éstas las señales de quererme exclusivamente a mí, de casarse gustosa conmigo

dentro de pocos días? ¿Se anuncian así la alegría y el amor?

(Vase iluminando lentamente la escena, suponiendo que viene la luz del día)

D.ª Francisca

Y ¿qué motivos le he dado a usted para tales desconfianzas?

D. Diego

¿Pues qué? Si yo prescindo de estas consideraciones, si apresuro las diligencias de nuestra unión, si su madre de usted sigue aprobándola y llega el caso de...

D.ª Francisca

Haré lo que mi madre me manda, y me casaré con usted.

D. Diego

¿Y después, Paquita?

D.ª Francisca

Después..., y mientras me dure la vida, seré mujer de bien.

D. Diego

Eso no lo puedo yo dudar. Pero si usted me considera como el que ha de ser hasta la muerte su compañero y su amigo, dígame usted: estos títulos ¿no me dan algún derecho para merecer de usted mayor confianza? ¿No he de lograr que usted me diga la causa de su dolor? Y no para satisfacer una impertinente curiosidad, sino para emplearme todo en su consuelo, en mejorar su suerte, en hacerla dichosa, si mi conato y mis diligencias pudiesen tanto.

D.ª Francisca

¡Dichas para mí!... Ya se acabaron.

D. Diego

¿Por qué?

D.ª Francisca

Nunca diré por qué.

D. Diego

Pero ¡qué obstinado, qué imprudente silencio!... Cuando usted misma debe presumir que no estoy ignorante de lo que hay.

D.ª Francisca

Si usted lo ignora, señor don Diego, por Dios no finja que lo sabe; y si, en efecto, lo sabe usted, no me lo pregunte.

D. Diego

Bien está. Una vez que no hay nada que decir, que esa aflicción y esas lágrimas son voluntarias, hoy llegaremos a Madrid, y dentro de ocho días será usted mi mujer.

D.ª Francisca

Y daré gusto a mi madre.

D. Diego

Y vivirá usted infeliz.

D.ª Francisca

Ya lo sé.

D. Diego

Ve aquí los frutos de la educación. Esto es lo que se llama criar bien a una niña: enseñarla a que

desmienta y oculte las pasiones más inocentes con una pérfida disimulación. Las juzgan honestas luego que las ven instruídas en el arte de callar y mentir. Se obstinan en que el temperamento, la edad ni el genio no han de tener influencia alguna en sus inclinaciones, o en que su voluntad ha de torcerse al capricho de quien las gobierna. Todo se las permite, menos la sinceridad. Con tal que no digan lo que sienten, con tal que finjan aborrecer lo que más desean, con tal que se presten a pronunciar, cuando se lo manden, un sí perjuro, sacrílego, origen de tantos escándalos, ya están bien criadas, y se llama excelente educación la que inspira en ellas el temor, la astucia y el silencio de un esclavo.

D.ª Francisca

Es verdad... Todo eso es cierto... Eso exigen de nosotras, eso aprendemos en la escuela que se nos da... Pero el motivo de mi aflicción es mucho más grande.

D. Diego

Sea cual fuere, hija mía, es menester que usted se anime... Si la ve a usted su madre de esa manera, ¿qué ha de decir?... Mire usted que ya parece que se ha levantado.

D.ª Francisca

¡Dios mío!

D. Diego

Sí, Paquita; conviene mucho que usted vuelva un poco sobre sí... No abandonarse tanto... Confianza en Dios... Vamos, que no siempre nuestras desgracias son tan grandes como la imaginación las pinta... ¡Mire usted qué desorden éste! ¡Qué agita-

ción! ¡Qué lágrimas! Vaya, ¿me da usted palabra de presentarse así..., con cierta serenidad y...? ¿Eh?

D.ª Francisca

Y usted, señor... Bien sabe usted el genio de mi madre. Si usted no me defiende, ¿a quién he de volver los ojos? ¿Quién tendrá compasión de esta desdichada?

D. Diego

Su buen amigo de usted... Yo... ¿Cómo es posible que yo la abandonase..., ¡criatura!..., en la situación dolorosa en que la veo?

(Asiéndola de las manos)

D.ª Francisca

¿De veras?

D. Diego

Mal conoce usted mi corazón.

D.ª Francisca

Bien le conozco.

(Quiere arrodillarse; don Diego se lo estorba, y ambos se levantan)

D. Diego

¿Qué hace usted, niña?

D.ª Francisca

Yo no sé... ¡Qué poco merece toda esa bondad una mujer tan ingrata para con usted!... No, ingrata, no; infeliz.... ¡Ay, qué infeliz soy, señor don Diego!

D. Diego

Yo bien sé que usted agradece como puede el amor que la tengo... Lo demás todo ha sido..., ¿qué sé yo?..., una equivocación mía, y no otra cosa... Pero usted, ¡inocente!, usted no ha tenido la culpa.

D.ª Francisca

Vamos... ¿No viene usted?

D. Diego

Ahora no, Paquita. Dentro de un rato iré por allá.

D.ª Francisca

Vaya usted presto.

(Encaminándose al cuarto de doña Irene, vuelve y se despide de don Diego besándole las manos)

D. Diego

Sí, presto iré.

ESCENA IX

DON DIEGO, SIMÓN

Simón

Ahí están, señor.

D. Diego

¿Qué dices?

Simón

Cuando yo salía de la Puerta, los vi a lo lejos, que iban ya de camino. Empecé a dar voces y hacer señas con el pañuelo; se detuvieron, y apenas llegué y le dije al señorito lo que usted mandaba, volvió las riendas, y está abajo. Le encargué que no subiera hasta que le avisara yo, por si acaso había gente aquí, y usted no quería que le viesen.

D. Diego

¿Y qué dijo cuando le diste el recado?

Simón

Ni una sola palabra... Muerto viene. Ya digo, ni una sola palabra... A mí me ha dado compasión el verle así tan...

D. Diego

No me empieces ya a interceder por él.

Simón

¿Yo, señor?

D. Diego

Sí, que no te entiendo yo... ¡Compasión!... Es un pícaro...

Simón

Como yo no sé lo que ha hecho...

D. Diego

Es un bribón, que me ha de quitar la vida... Ya te he dicho que no quiero intercesores.

Simón

Bien está, señor.

(Vase por la puerta del foro. Don Diego se sienta, manifestando inquietud y enojo)

D. Diego

Dile que suba.

ESCENA X

DON CARLOS, DON DIEGO

D. Diego

Venga usted acá, señorito; venga usted... ¿En dónde has estado desde que no nos vemos?

D. Carlos

En el mesón de afuera.

D. Diego

¿Y no has salido de allí en toda la noche, eh?

D. Carlos

Sí, señor; entré en la ciudad y...

D. Diego

¿A qué?... Siéntese usted.

D. Carlos

Tenía precisión de hablar con un sujeto... (Siéntase.)

D. Diego

¡Precisión!

D. Carlos

Sí, señor... Le debo muchas atenciones, y no era posible volverme a Zaragoza sin estar primero con él.

D. Diego

Ya. En habiendo tantas obligaciones de por medio... Pero venirle a ver a las tres de la mañana, me parece mucho desacuerdo... ¿Por qué no le escribiste un papel?... Mira, aquí he de tener... Con este papel que le hubieras enviado en mejor ocasión, no había necesidad de hacerle trasnochar, ni molestar a nadie.

(Dándole el papel que tiraron a la ventana. Don Carlos, luego que le reconoce, se le vuelve y se levanta en ademán de irse)

D. Carlos

Pues si todo lo sabe usted, ¿para qué me llama? ¿Por qué no me permite seguir mi camino, y se evitaría una contestación de la cual ni usted ni yo quedaremos contentos?

D. Diego

Quiere saber su tío de usted lo que hay en esto, y quiere que usted se lo diga.

D. Carlos

¿Para qué saber más?

D. Diego

Porque yo lo quiero y lo mando. ¡Oiga!

D. Carlos

Bien está.

D. Diego

Siéntate ahí... (Siéntase don Carlos.) ¿En dónde has conocido a esta niña?... ¿Qué amor es éste? ¿Qué circunstancias han ocurrido?... ¿Qué obligaciones hay entre los dos? ¿Dónde, cuándo la viste?

D. Carlos

Volviéndome a Zaragoza el año pasado, llegué a Guadalajara sin ánimo de detenerme; pero el in-

tendente, en cuya casa de campo nos apeamos, se empeñó en que había de quedarme allí todo aquel día, por ser cumpleaños de su parienta, prometiéndome que al siguiente me dejaría proseguir mi viaje. Entre las gentes convidadas hallé a doña Paquita, a quien la señora había sacado aquel día del convento para que se esparciese un poco... Yo no sé qué vi en ella, que excitó en mí una inquietud, un deseo constante, irresistible, de mirarla, de oírla, de hallarme a su lado, de hablar con ella, de hacerme agradable a sus ojos... El intendente dijo entre otras cosas..., burlándose..., que yo era muy enamorado, y le ocurrió fingir que me llamaba don Félix de Toledo. Yo sostuve esa ficción, porque desde luego concebí la idea de permanecer algún tiempo en aquella ciudad, evitando que llegase a noticia de usted... Observé que doña Paquita me trató con un agrado particular, y cuando por la noche nos separamos, yo quedé lleno de vanidad y de esperanzas, viéndome preferido a todos los concurrentes de aquel día, que fueron muchos. En fin... Pero no quisiera ofender a usted refiriéndole...

D. Diego

Prosigue.

D. Carlos

Supe que era hija de una señora de Madrid, viuda y pobre, pero de gente muy honrada... Fué necesario fiar de mi amigo los proyectos de amor que me obligaban a quedarme en su compañía; y él, sin aplaudirlos ni desaprobarlos, halló disculpas, las más ingeniosas, para que ninguno de su familia extrañara mi detención. Como su casa de campo está inmediata a la ciudad, fácilmente iba y venía de noche... Logré que doña Paquita leyese algunas car-

tas mías; y con las pocas respuestas que de ella tuve, acabé de precipitarme en una pasión que mientras viva me hará infeliz.

D. Diego

Vaya... Vamos, sigue adelante.

D. Carlos

Mi asistente (que, como usted sabe, es hombre de travesura y conoce el mundo), con mil artificios que a cada paso le ocurrían, facilitó los muchos estorbos que al principio hallábamos... La seña era dar tres palmadas, a las cuales respondían con otras tres desde una ventanilla que daba al corral de las monjas. Hablábamos todas las noches, muy a deshora, con el recato y las precauciones que ya se dejan entender... Siempre fuí para ella don Félix de Toledo, oficial de un regimiento, estimado de mis jefes y hombre de honor... Nunca la dije más, ni la hablé de mis parientes ni de mis esperanzas, ni la di a entender que casándose conmigo podría aspirar a mejor fortuna; porque ni me convenía nombrarle a usted, ni quise exponerla a que las miras de interés, y no el amor, la inclinasen a favorecerme. De cada vez la hallé más fina, más hermosa, más digna de ser adorada... Cerca de tres meses me detuve allí; pero al fin era necesario separarnos, y una noche funesta me despedí, la dejé rendida a un desmayo mortal, y me fuí ciego de amor adonde mi obligación me llamaba... Sus cartas consolaron por algún tiempo mi ausencia triste, y en una que recibí pocos días ha, me dijo cómo su madre trataba de casarla, que primero perdería la vida que dar su mano a otro que a mí; me acordaba mis juramentos, me exhortaba a cumplirlos... Monté a caballo, corrí precipitado el camino, llegué a Gua-

dalajara, no la encontré, vine aquí... Lo demás bien lo sabe usted, no hay para qué decírselo.

D. Diego

¿Y qué proyectos eran los tuyos en esta venida?

D. Carlos

Consolarla, jurarla de nuevo un eterno amor, pasar a Madrid, verle a usted, echarme a sus pies, referirle todo lo ocurrido, y pedirle, no riquezas, ni herencias, ni protecciones, ni... eso no... Sólo su consentimiento y su bendición para verificar un enlace tan suspirado, en que ella y yo fundábamos toda nuestra felicidad.

D. Diego

Pues ya ves, Carlos, que es tiempo de pensar muy de otra manera.

D. Carlos

Sí, señor.

D. Diego

Si tú la quieres, yo la quiero también. Su madre y toda su familia aplauden este casamiento. Ella..., y sean las que fueren las promesas que a ti te hizo..., ella misma, no ha media hora, me ha dicho que está pronta a obedecer a su madre y darme la mano, así que...

D. Carlos

Pero no el corazón. (Levántase.)

D. Diego

¿Qué dices?

D. Carlos

No, eso no... Sería ofenderla... Usted celebrará sus bodas cuando guste; ella se portará siempre

como conviene a su honestidad y a su virtud; pero yo he sido el primero, el único objeto de su cariño, lo soy y lo seré... Usted se llamará su marido; pero si alguna o muchas veces la sorprende, y ve sus ojos hermosos inundados en lágrimas, por mí las vierte... No la pregunte usted jamás el motivo de sus melancolías... Yo, yo seré la causa... Los suspiros, que en vano procurará reprimir, serán finezas dirigidas a un amigo ausente.

D. Diego

¿Qué temeridad es ésta?

(Se levanta con mucho enojo, encaminádose hacia don Carlos, que se va retirando)

D. Carlos

Ya se lo dije a usted... Era imposible que yo hablase una palabra sin ofenderle... Pero acabemos esta odiosa conversación... Viva usted feliz, y no me aborrezca, que yo en nada le he querido disgustar... La prueba mayor que yo puedo darle de mi obediencia y mi respeto, es la de salir de aquí inmediatamente... Pero no se me niegue a lo menos el consuelo de saber que usted me perdona.

D. Diego

¿Conque, en efecto, te vas?

D. Carlos

Al instante, señor... Y esta ausencia será bien larga.

D. Diego

¿Por qué?

D. Carlos

Porque no me conviene verla en mi vida... Si las voces que corren de una próxima guerra se llegaran a verificar..., entonces...

D. Diego

¿Qué quieres decir?

(Asiendo de un brazo a don Carlos le hace venir más adelante)

D. Carlos

Nada... Que apetezco la guerra porque soy soldado.

D. Diego

¡Carlos!... ¡Qué horror!... ¿Y tienes corazón para decírmelo?

D. Carlos

Alguien viene... (Mirando con inquietud hacia el cuarto de doña Irene, se desprende de don Diego y hace que se va por la puerta del foro. Don Diego va detrás de él y quiere detenerle.) Tal vez será ella... Quede usted con Dios.

D. Diego

¿Adónde vas?... No, señor; no has de irte.

D. Carlos

Es preciso... Yo no he de verla... Una sola mirada nuestra pudiera causarle a usted inquietudes crueles.

D. Diego

Ya he dicho que no ha de ser... Entra en ese cuarto.

D. Carlos

Pero si...

D. Diego

Haz lo que te mando.

(Éntrase don Carlos en el cuarto de don Diego)

ESCENA XI

DOÑA IRENE, DON DIEGO

D.ª Irene

Conque, señor don Diego, ¿es ya la de vámonos?... Buenos días... (Apaga la luz que está sobre la mesa.) ¿Reza usted?

D. Diego

(Paseándose con inquietud.) Sí, para rezar estoy ahora.

D.ª Irene

Si usted quiere, ya pueden ir disponiendo el chocolate, y que avisen al mayoral para que enganchen luego que... Pero ¿qué tiene usted, señor?... ¿Hay alguna novedad?

D. Diego

Sí; no deja de haber novedades.

D.ª Irene

Pues ¿qué? Dígalo usted, por Dios... ¡Vaya, vaya!... No sabe usted lo asustada que estoy... Cualquiera cosa, así, repentina, me remueve toda y me... Desde el último mal parto que tuve, quedé tan sumamente delicada de los nervios... Y va ya para diez años, si no son veinte; pero desde entonces, ya digo, cualquiera friolera me trastorna... Ni los baños, ni caldos de culebra, ni la conserva de tamarindos; nada me ha servido; de manera que...

D. Diego

Vamos, ahora no hablemos de malos partos ni de conservas... Hay otra cosa más importante de qué tratar... ¿Qué hacen esas muchachas?

D.ª Irene

Están recogiendo la ropa y haciendo el cofre para que todo esté a la vela y no haya detención.

D. Diego

Muy bien. Siéntese usted... Y no hay que asustarse ni alborotarse (Siéntanse los dos) por nada de lo que yo diga; y cuenta, no nos abandone el juicio cuando más lo necesitamos... Su hija de usted está enamorada...

D.ª Irene

¿Pues no lo he dicho ya mil veces? Sí, señor, que lo está; y bastaba que yo lo dijese para que...

D. Diego

¡Este vicio maldito de interrumpir a cada paso! Déjeme usted hablar.

D.ª Irene

Bien, vamos, hable usted.

D. Diego

Está enamorada; pero no está enamorada de mí.

D.ª Irene

¿Qué dice usted?

D. Diego

Lo que usted oye.

D.ª Irene

Pero ¿quién le ha contado a usted esos disparates?

D. Diego

Nadie. Yo lo sé, yo lo he visto, nadie me lo ha contado, y cuando se lo digo a usted, bien seguro estoy de que es verdad... Vaya, ¿qué llanto es ése?

D.ª Irene

(Llora.) ¡Pobre de mí!

D. Diego

¿A qué viene eso?

D.ª Irene

¡Porque me ven sola y sin medios, y porque soy una pobre viuda, parece que todos me desprecian y se conjuran contra mí!

D. Diego

Señora doña Irene...

D.ª Irene

Al cabo de mis años y de mis achaques, verme tratada de esta manera, como un estropajo, como una puerca cenicienta, vamos al decir... ¿Quién lo creyera de usted?... ¡Valgame Dios!... ¡Si vivieran mis tres difuntos!... Con el último difunto que me viviera, que tenía un genio como una serpiente...

D. Diego

Mire usted, señora, que se me acaba ya la paciencia.

D.ª Irene

Que lo mismo era replicarle, que se ponía hecho una furia del infierno, y un día del Corpus, yo no

sé por qué friolera, hartó de mojicones a un comisario ordenador, y si no hubiera sido por dos padres del Carmen, que se pusieron de por medio, le estrella contra un poste en los portales de Santa Cruz.

D. Diego

Pero ¿es posible que no ha de atender usted a lo que voy a decirla?

D.ª Irene

¡Ay! No, señor; que bien lo sé, que no tengo pelo de tonta, no, señor... Usted ya no quiere a la niña, y busca pretextos para zafarse de la obligación en que está... ¡Hija de mi alma y de mi corazón!

D. Diego

Señora doña Irene, hágame usted el gusto de oírme, de no replicarme, de no decir despropósitos, y luego que usted sepa lo que hay, llore y gima, y grite, y diga cuanto quiera... Pero, entretanto, no me apure usted el sufrimiento, ¡por amor de Dios!

D.ª Irene

Diga usted lo que le dé la gana.

D. Diego

Que no volvamos otra vez a llorar y a...

---

1 Hartó de mojicones = Don Santiago, padre de Paquita, tenía un genio terrible. Moratín lo consigna varias veces en su *Diario:* "Paquita y su madre, afligidas por causa de don Santiago, que había dado de puñadas a su mujer" (12 de julio de 1804); "don Santiago a Paquita un bofetón" (16 de octubre de 1804), etc.

2 Comisario ordenador = La persona que hay en las provincias donde hay tropas, por cuya mano se distribuyen las órdenes a los otros comisarios de Guerra.—*Dic. de Aut.*

D.ª Irene

No, señor; ya no lloro. (Enjugándose las lágrimas con un pañuelo.)

D. Diego

Pues hace ya cosa de un año, poco más o menos, que doña Paquita tiene otro amante. Se han hablado muchas veces, se han escrito, se han prometido amor, fidelidad, constancia... Y, por último, existe en ambos una pasión tan fina, que las dificultades y la ausencia, lejos de disminuirla, han contribuído eficazmente a hacerla mayor. En este supuesto...

D.ª Irene

¿Pero no conoce usted, señor, que todo es un chisme inventado por alguna mala lengua que no nos quiere bien?

D. Diego

Volvemos otra vez a lo mismo. No, señora; no es chisme. Repito de nuevo que lo sé.

D.ª Irene

¿Qué ha de saber usted, señor, ni qué traza tiene eso de verdad? ¡Conque la hija de mis entrañas, encerrada en un convento, ayunando los siete viernes, acompañada de aquellas santas religiosas!... ¡Ella, que no sabe lo que es mundo, que no ha salido todavía del cascarón, como quien dice!... Bien se conoce que no sabe usted el genio que tiene Circuncisión... ¡Pues bonita es ella para haber disimulado a su sobrina el menor desliz!

D. Diego

Aquí no se trata de ningún desliz, señora doña Irene; se trata de una inclinación honesta, de la

cual hasta ahora no habíamos tenido antecedente alguno. Su hija de usted es una niña muy honrada, y no es capaz de deslizarse... Lo que digo es que la madre Circuncisión, y la Soledad, y la Candelaria, y todas las madres, y usted, y yo el primero, nos hemos equivocado solemnemente. La muchacha se quiere casar con otro, y no conmigo. Hemos llegado tarde; usted ha contado muy de ligero con la voluntad de su hija. Vaya, ¿para qué es cansarnos? Lea usted este papel, y verá si tengo razón.

(Saca el papel de don Carlos y se le da a doña Irene. Ella, sin leerle, se levanta muy agitada, se acerca a la puerta de su cuarto y llama. Levántase don Diego y procura en vano contenerla)

D.ª Irene

¡Yo he de volverme loca!... ¡Francisquita!... ¡Virgen del Tremedal!... ¡Rita! ¡Francisca!

D. Diego

Pero ¿a qué es llamarlas?

D.ª Irene

Sí, señor; que quiero que venga y que se desengañe la pobrecita de quién es usted.

D. Diego

Lo echó todo a rodar... Esto le sucede a quien se fía de la prudencia de una mujer.

ESCENA XII

DOÑA FRANCISCA, DOÑA IRENE, DON DIEGO, RITA

(Salen doña Francisca y Rita de su cuarto)

Rita

¡Señora!

D.ª Francisca

¿Me llamaba usted?

D.ª Irene

Sí, hija, sí; porque el señor don Diego nos trata de un modo que ya no se puede aguantar. ¿Qué amores tienes, niña? ¿A quién has dado palabra de matrimonio? ¿Qué enredos son éstos?... Y tú, picarona... Pues tú también lo has de saber... Por fuerza lo sabes... ¿Quién ha escrito este papel? ¿Qué dice? (Presentando el papel abierto a doña Francisca.)

Rita

(Aparte a doña Francisca: Su letra es.)

D.ª Francisca

¡Qué maldad!... Señor don Diego, ¿así cumple usted su palabra?

D. Diego

Bien sabe Dios que no tengo la culpa... Venga usted aquí. (Tomando de una mano a doña Francisca, la pone

a su lado.) No hay que temer... Y usted, señora, escuche y calle, y no me ponga en términos de hacer un desatino... Deme usted ese papel. (Quitándole el papel.) Paquita, ya se acuerda usted de las tres palmadas de esta noche.

D.ª Francisca

Mientras viva me acordaré.

D. Diego

Pues éste es el papel que tiraron a la ventana. No hay que asustarse, ya lo he dicho. (Lee.) *Bien mío: Si no consigo hablar con usted, haré lo posible para que llegue a sus manos esta carta. Apenas me separé de usted, encontré en la posada al que yo llamaba mi enemigo, y al verle no sé cómo no expiré de dolor. Me mandó que saliera inmediatamente de la ciudad, y fué preciso obedecerle. Yo me llamo don Carlos, no don Félix. Don Diego es mi tío. Viva usted dichosa, y olvide para siempre a su infeliz amigo.—Carlos de Urbina.*

D.ª Irene

¿Conque hay eso?

D.ª Francisca

¡Triste de mí!

D.ª Irene

¿Conque es verdad lo que decía el señor, grandísima picarona? Te has de acordar de mí.

(Se encamina hacia doña Francisca, muy colérica, y en ademán de querer maltratarla. Rita y don Diego lo estorban)

D.ª Francisca

¡Madre!... ¡Perdón!

D.ª Irene

No, señor; que la he de matar.

D. Diego

¿Qué locura es ésta?

D.ª Irene

He de matarla.

ESCENA XIII

DON CARLOS, DON DIEGO, DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA, RITA

(Sale don Carlos del cuarto precipitadamente; coge de un brazo a doña Francisca, se la lleva hacia el fondo del teatro y se pone delante de ella para defenderla. Doña Irene se asusta y se retira)

D. Carlos

Eso no. Delante de mí nadie ha de ofenderla.

D.ª Francisca

¡Carlos!

D. Carlos

(A don Diego.) Disimule usted mi atrevimiento... He visto que la insultaban y no me he sabido contener.

D.ª Irene

¿Qué es lo que me sucede? ¡Dios mío! ¿Quién es usted?... ¿Qué acciones son éstas?... ¡Qué escándalo!

D. Diego

Aquí no hay escándalos. Ése es de quien su hija de usted está enamorada. Separarlos y matarlos viene a ser lo mismo... Carlos... No importa... Abraza a tu mujer.

(Se abrazan don Carlos y doña Francisca, y después se arrodillan a los pies de don Diego)

D.ª Irene

¿Conque su sobrino de usted?

D. Diego

Sí, señora; mi sobrino, que con sus palmadas, y su música, y su papel me ha dado la noche más terrible que he tenido en mi vida... ¿Qué es esto, hijos míos; qué es esto?

D.ª Francisca

¿Conque usted nos perdona y nos hace felices?

D. Diego

Sí, prendas de mi alma... Sí.

(Los hace levantar con expresión de ternura)

D.ª Irene

¿Y es posible que usted se determine a hacer un sacrificio?...

D. Diego

Yo pude separarlos para siempre y gozar tranquilamente la posesión de esta niña amable, pero mi conciencia no lo sufre... ¡Carlos!... ¡Paquita! ¡Qué dolorosa impresión me deja en el alma el esfuerzo que acabo de hacer!... Porque, al fin, soy hombre miserable y débil.

D. Carlos

(Besándole las manos.) Si nuestro amor, si nuestro agradecimiento pueden bastar a consolar a usted en tanta pérdida...

D.ª Irene

¡Conque el bueno de don Carlos! Vaya que...

D. Diego

Él y su hija de usted estaban locos de amor, mientras que usted y las tías fundaban castillos en el aire, y me llenaban la cabeza de ilusiones, que han desaparecido como un sueño... Esto resulta del abuso de autoridad, de la opresión que la juventud padece, y éstas son las seguridades que dan los padres y los tutores, y esto es lo que se debe fiar en EL SÍ DE LAS NIÑAS... Por una casualidad he sabido a tiempo el error en que estaba. ¡Ay de aquellos que lo saben tarde!

D.ª Irene

En fin, Dios los haga buenos, y que por muchos años se gocen... Venga usted acá, señor; venga usted, que quiero abrazarle. (Abrazando a don Carlos. Doña Francisca se arrodilla y besa la mano a su madre.) Hija, Francisquita. ¡Vaya! Buena elección has tenido... Cierto que es un mozo muy galán... Morenillo, pero tiene un mirar de ojos muy hechicero.

Rita

Sí, dígaselo usted, que no lo ha reparado la niña... Señorita, un millón de besos. (Se besan doña Francisca y Rita.)

D.ª Francisca

Pero ¿ves qué alegría tan grande?... ¡Y tú, como me quieres tanto!... Siempre, siempre serás mi amiga.

D. Diego

Paquita hermosa (Abraza a doña Francisca), recibe los primeros abrazos de tu nuevo padre... No temo ya la soledad terrible que amenazaba a mi vejez... Vosotros (Asiendo de las manos a doña Francisca y a don

(Carlos) seréis la delicia de mi corazón; y el primer fruto de vuestro amor..., sí, hijos, aquél..., no hay remedio, aquél es para mí. Y cuando le acaricie en mis brazos podré decir: a mí me debe su existencia este niño inocente; si sus padres viven, si son felices, yo he sido la causa.

D. Carlos

¡Bendita sea tanta bondad!

D. Diego

Hijos, bendita sea la de Dios.

FIN

INDICE

Páginas

PRÓLOGO VII
LA COMEDIA NUEVA 1
EL SÍ DE LAS NIÑAS 85

ÍNDICE DE AUTORES

DE LA

COLECCIÓN CLÁSICOS CASTELLANOS

ALDANA (FRANCISCO DE):
143 Poesías. Edición, introducción y notas de Elias L. Rivers.

ALEMÁN (MATEO):
73 Guzman de Alfarache, tomo I. Edición, introducción y notas de Samuel Gili Gaya.
83 Guzman de Alfarache, tomo II. Edición, introducción y notas de Samuel Gili Gaya.
90 Guzman de Alfarache, tomo III. Edición, introducción y notas de Samuel Gili Gaya.
93 Guzman de Alfarache, tomo IV. Edición, introducción y notas de Samuel Gili Gaya.
114 Guzman de Alfarache, tomo V. Edición, introducción y notas de Samuel Gili Gaya.

ANÓNIMO:
24 Poema de Mio Cid. Edición, introducción y notas de Ramón Menéndez Pidal.
25 La vida de Lazarillo de Tormes. Edición, introducción y notas de Julio Cejador y Frauca.
128 Poema de Fernan Gonzalez. Edición, introducción y notas de Alonso Zamora Vicente.

ARCIPRESTE DE HITA:
14 Libro de buen amor, tomo I. Edición, introducción y notas de Julio Cejador y Frauca.
17 Libro de buen amor, tomo II. Edición, introducción y notas de Julio Cejador y Frauca.

ARCIPRESTE DE TALAVERA:
134 Vidas de San Ildefonso y San Isidoro. Edición, introducción y notas del P. José Madoz y Moleres, S. I.

ARÓLAS (P. JUAN):
95 Poesías. Edición, prólogo y notas de José R. Lomba y Pedraja.

ARTEAGA (ESTEBAN DE):
122 La belleza ideal. Edición, prólogo y notas del P. Miguel Batllori, S. I.

ÁVILA (BEATO JUAN DE):
11 Epistolario espiritual. Edición, prólogo y notas de Vicente García de Diego.

BÉCQUER (GUSTAVO ADOLFO):
158 Rimas. Edición, introducción y notas de José Pedro Díaz.

BERCEO:
44 Milagros de Nuestra Señora. Edición, prólogo y notas de Antonio G. Solalinde.

BRETÓN DE LOS HERREROS:

92 MUÉRETE ¡Y VERÁS! EL PELO DE LA DEHESA. Edición, prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

CADALSO (JOSÉ):

112 CARTAS MARRUECAS. Edición, prólogo y notas de Juan Tamayo y Rubio.

152 NOCHES LÚGUBRES. Edición, prólogo y notas de Nigel Glendinning.

CALDERÓN DE LA BARCA:

69 AUTOS SACRAMENTALES, tomo I: *La cena del Rey Baltasar. El gran teatro del mundo. La vida es sueño.* Edición, prólogo y notas de Ángel Valbuena Prat.

74 AUTOS SACRAMENTALES, tomo II: *El pleito matrimonial del Cuerpo y del Alma. Los encantos de la Culpa. Tu prójimo como a ti.* Edición, prólogo y notas de Ángel Valbuena Prat.

106 COMEDIAS RELIGIOSAS: *La devoción de la Cruz. El mágico prodigioso.* Edición, prólogo y notas de Ángel Valbuena Prat.

137 COMEDIAS DE CAPA Y ESPADA: *La dama duende. No hay cosa como callar.* Edición, prólogo y notas de Ángel Valbuena Briones.

138 LA VIDA ES SUEÑO. EL ALCALDE DE ZALAMEA. Edición, prólogo y notas de Augusto Cortina.

141 DRAMAS DE HONOR, tomo I: *A secreto agravio, secreta venganza.* Edición, prólogo y notas de Ángel Valbuena Briones.

142 DRAMAS DE HONOR, tomo II: *El médico de su honra. El pintor de su deshonra.* Edición, prólogo y notas de Ángel Valbuena Briones.

CAMPOAMOR:

40 POESÍAS. Edición, introducción y notas de Cipriano Rivas Cherif. Prólogo de Félix Ros.

CASCALES (FRANCISCO):

103 CARTAS FILOLÓGICAS, tomo I. Edición, introducción y notas de Justo García Soriano.

117 CARTAS FILOLÓGICAS, tomo II. Edición, introducción y notas de Justo García Soriano.

118 CARTAS FILOLÓGICAS, tomo III. Edición, introducción y notas de Justo García Soriano.

CASTILLEJO (CRISTÓBAL DE):

72 SERMÓN DE AMORES. DIÁLOGO DE MUJERES. Edición, prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

79 OBRAS DE AMORES. OBRAS DE CONVERSACIÓN Y PASATIEMPO. Edición, prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

88 OBRAS DE CONVERSACIÓN Y PASATIEMPO (conclusión). AULA DE CORTESANOS. Edición, prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

91 OBRAS MORALES. OBRAS DE DEVOCIÓN. Edición, prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

CASTILLO SOLÓRZANO:

42 LA GARDUÑA DE SEVILLA Y ANZUELO DE LAS BOLSAS. Edición, prólogo y notas de Federico Ruiz Morcuende.

CASTRO (GUILLÉN DE):

15 LAS MOCEDADES DEL CID. Edición, prefacio y notas de Víctor Said Armesto.

CERVANTES (MIGUEL DE):

4 DON QUIJOTE DE LA MANCHA, tomo I. Edición, prólogo y notas de Francisco Rodríguez Marín.

6 DON QUIJOTE DE LA MANCHA, tomo II. Edición, prólogo y notas de Francisco Rodríguez Marín.

8 DON QUIJOTE DE LA MANCHA, tomo III. Edición, prólogo y notas de Francisco Rodríguez Marín.

10 Don Quijote de la Mancha, tomo IV. Edición, prólogo y notas de Francisco Rodriguez Marin.
13 Don Quijote de la Mancha, tomo V. Edición, prólogo y notas de Francisco Rodriguez Marin.
16 Don Quijote de la Mancha, tomo VI. Edición, prólogo y notas de Francisco Rodriguez Marin.
19 Don Quijote de la Mancha, tomo VII. Edición, prólogo y notas de Francisco Rodriguez Marin.
22 Don Quijote de la Mancha, tomo VIII. Edición, prólogo y notas de Francisco Rodriguez Marin.
27 Novelas ejemplares, tomo I: *La Gitanilla. Rinconete y Cortadillo. La ilustre fregona.* Edición, prólogo y notas de Francisco Rodriguez Marin.
36 Novelas ejemplares, tomo II: *El Licenciado Vidriera. El celoso extremeño. El casamiento engañoso. Novela y coloquio que pasó entre Cipión y Berganza.* Edición, prólogo y notas de Francisco Rodriguez Marin.
125 Entremeses. Edición, prólogo y notas de Miguel Herrero García.
154 La Galatea, tomo I. Edición, introducción y notas de Juan Bautista Avalle-Arce.
155 La Galatea, tomo II. Edición, introducción y notas de Juan Bautista Avalle-Arce.

CUEVA (JUAN DE LA):
60 El infamador. Los siete Infantes de Lara. Ejemplar poético. Edición, introducción y notas de Francisco A. de Icaza.

ESPINEL:
43 Vida de Marcos de Obregon, tomo I. Edición, prólogo y notas de Samuel Gili Gaya.
51 Vida de Marcos de Obregón, tomo II. Edición, prólogo y notas de Samuel Gili Gaya.

ESPRONCEDA (JOSÉ DE):
47 Poesías. El estudiante de Salamanca. Edición, prólogo y notas de J. Moreno Villa.
50 El diablo mundo. Edición, prólogo y notas de J. Moreno Villa.

FEIJOO:
48 Teatro crítico universal, tomo I. Selección, prólogo y notas de Agustín Millares Carlo.
53 Teatro crítico universal, tomo II. Selección prólogo y notas de Agustín Millares Carlo.
67 Teatro crítico universal, tomo III. Selección, prólogo y notas de Agustín Millares Carlo.
85 Cartas eruditas. Selección, prólogo y notas de Agustín Millares Carlo.

FERNÁNDEZ DE HEREDIA (JUAN):
139 Obras. Edición, prólogo y notas de Rafael Ferreres.

FORNER (JUAN PABLO):
66 Exequias de la lengua castellana. Edición, introducción y notas de Pedro Sáinz y Rodríguez.

GARCÍA GUTIÉRREZ:
65 Venganza catalana. Juan Lorenzo. Edición, prólogo y notas de José R. Lomba.

GIL POLO (GASPAR):
135 Diana enamorada. Edición, prólogo y notas de Rafael Ferreres.

GIL VICENTE:
156 Obras dramáticas castellanas. Edición, introducción y notas de Thomas R. Hart.

GONZÁLEZ (ESTEBANILLO):

108 La vida y hechos de Estebanillo González, tomo I. Edición, prólogo y notas de Juan Millé y Giménez.

109 La vida y hechos de Estebanillo González, tomo II. Edición, prólogo y notas de Juan Millé y Giménez.

GRANADA (FRAY LUIS DE):

97 Guía de pecadores. Edición, prólogo y notas de Matías Martínez Burgos.

GUEVARA (FRAY ANTONIO DE):

29 Menosprecio de corte y alabanza de aldea. Edición, prólogo y notas de Matías Martínez Burgos.

HARTZENBUSCH (J. E.):

113 Los amantes de Teruel. La jura en Santa Gadea. Edición, introducción y notas de Álvaro Gil Albacete.

HERRERA (FERNANDO DE):

26 Poesías. Edición, introducción y notas de Vicente García de Diego.

IRIARTE (TOMÁS DE):

136 Poesías. Edición, prólogo y notas de Alberto Navarro González.

ISLA (JOSÉ FRANCISCO DE):

148 Fray Gerundio de Campazas, tomo I. Edición, introducción y notas de Russell P. Sebold.

149 Fray Gerundio de Campazas, tomo II. Edición, introducción y notas de Russell P. Sebold.

150 Fray Gerundio de Campazas, tomo III. Edición, introducción y notas de Russell P. Sebold.

151 Fray Gerundio de Campazas, tomo IV. Edición, introducción y notas de Russell P. Sebold.

JOVELLANOS:

110 Informe sobre la ley agraria. Espectáculos y diversiones publicas, primera parte. Edición, introducción y notas de Ángel del Río.

111 Espectáculos y diversiones publicas, segunda parte. Memoria sobre educación publica. Defensa de la Junta Central. Edición, introducción y notas de Ángel del Río.

129 Memoria del castillo de Bellver. Discursos. Cartas. Edición, introducción y notas de Ángel del Río.

LARRA:

45 Artículos de costumbres. Edición, prólogo y notas de José R. Lomba y Pedraja.

52 Artículos de crítica literaria y artística. Edición, prólogo y notas de José R. Lomba y Pedraja.

77 Artículos políticos y sociales. Edición, prólogo y notas de José R. Lomba y Pedraja.

LEÓN (FRAY LUIS DE):

28 De los nombres de Cristo, tomo I. Edición, introducción y notas de Federico de Onís.

33 De los nombres de Cristo, tomo II. Edición, introducción y notas de Federico de Onís.

41 De los nombres de Cristo, tomo III. Edición, introducción y notas de Federico de Onís.

LÓPEZ DE YANGUAS (FERNÁN):

162 Obras dramáticas. Edición, estudio preliminar y notas de Fernando González Ollé.

LOZANO:

120 HISTORIAS Y LEYENDAS, tomo I. Edición, prólogo y notas de Joaquín de Entrambasaguas.

121 HISTORIAS Y LEYENDAS, tomo II. Edición, prólogo y notas de Joaquín de Entrambasaguas.

MALÓN DE CHAIDE:

104 LA CONVERSIÓN DE LA MAGDALENA, tomo I. Edición, prólogo y notas del P. Félix García, O. S. A.

105 LA CONVERSIÓN DE LA MAGDALENA, tomo II. Edición, prólogo y notas del P. Félix García, O. S. A.

130 LA CONVERSIÓN DE LA MAGDALENA, tomo III. Edición, prólogo y notas del P. Félix García, O. S. A.

MANRIQUE (JORGE):

94 CANCIONERO. Edición, estudio y glosario de Augusto Cortina.

MARTÍNEZ DE LA ROSA:

107 LA VIUDA DE PADILLA. ABEN HUMEYA. LA CONJURACIÓN DE VENECIA. Edición, introducción y notas de Jean Sarrailh.

MELÉNDEZ VALDÉS:

64 POESÍAS. Edición, prólogo y notas de Pedro Salinas.

MENA (JUAN DE):

119 EL LABERINTO DE FORTUNA. LAS TRESCIENTAS. Edición, prólogo y notas de José Manuel Blecua.

MENÉNDEZ PELAYO:

140 DISCURSOS. Edición, prólogo y notas de José María de Cossío.

MENÉNDEZ PIDAL (RAMÓN):

62 FLORESTA DE LEYENDAS HEROICAS ESPAÑOLAS. *Rodrigo, el último godo*, tomo I. Compilación, prólogo y notas de Ramón Menéndez Pidal.

71 FLORESTA DE LEYENDAS HEROICAS ESPAÑOLAS. *Rodrigo, el último godo*, tomo II. Compilación, prólogo y notas de Ramón Menéndez Pidal.

84 FLORESTA DE LEYENDAS HEROICAS ESPAÑOLAS. *Rodrigo, el último godo*, tomo III. Compilación, prólogo y notas de Ramón Menéndez Pidal.

MIRA DE AMESCUA:

70 TEATRO, tomo I: *El esclavo del demonio. Pedro Telonario*. Edición, prólogo y notas de Ángel Valbuena Prat.

82 TEATRO, tomo II: *El ejemplo mayor de la desdicha. La Fénix de Salamanca*. Edición, prólogo y notas de Ángel Valbuena Prat.

MOLINA (TIRSO DE):

2 COMEDIAS, tomo I: *El vergonzoso en Palacio. El burlador de Sevilla y convidado de piedra*. Edición, prólogo y notas de Américo Castro.

131 COMEDIAS, tomo II: *El amor médico. Averiguelo Vargas*. Edición, prólogo y notas de Alonso Zamora Vicente y María Josefa Canellada de Zamora.

MONCADA:

54 EXPEDICIÓN DE LOS CATALANES Y ARAGONESES CONTRA TURCOS Y GRIEGOS. Edición, introducción y notas de Samuel Gili Gaya.

MONTEMAYOR (JORGE DE):

127 LOS SIETE LIBROS DE LA DIANA. Edición, prólogo y notas de Francisco López Estrada.

MORATÍN:

58 LA COMEDIA NUEVA O EL CAFÉ. EL SÍ DE LAS NIÑAS. Edición, prólogo y notas de Federico Ruiz Morcuende.

VALDÉS (JUAN DE):

86 Diálogo de la lengua. Edición, introducción y notas de José F. Montesinos.

VALERA (JUAN):

80 Pepita Jiménez. Edición, prólogo y notas de Manuel Azaña.

VARIOS:

62 Floresta de leyendas heroicas españolas. *Rodrigo, el ultimo godo*, tomo I. Compilación, prólogo y notas de Ramón Menendez Pidal.

71 Floresta de leyendas heroicas españolas. *Rodrigo, el ultimo godo*, tomo II. Compilación, prólogo y notas de Ramón Menendez Pidal.

84 Floresta de leyendas heroicas españolas. *Rodrigo, el ultimo godo*, tomo III. Compilación, prólogo y notas de Ramón Menendez Pidal.

VÁZQUEZ (FRAY DIONISIO):

123 Sermones. Edición, prólogo y notas del P. Felix G. Olmedo, S. I.

VEGA (GARCILASO DE LA):

3 Obras. Edición, introducción y notas de Tomás Navarro Tomás.

VEGA (LOPE DE):

39 El remedio en la desdicha. El mejor alcalde, el rey. Edición, prólogo y notas de J. Gómez Ocerín y R. M. Tenreiro.

68 Poesías líricas, tomo I. Edición, introducción y notas de Jose F. Montesinos.

75 Poesías líricas, tomo II. Edición, introducción y notas de Jose F. Montesinos.

157 El villano en su rincon. Las bizarrias de Belisa. Edición, estudio preliminar y notas de Alonso Zamora Vicente.

159 Peribáñez y el Comendador de Ocaña. La dama boba. Edición, prólogo y notas de Alonso Zamora Vicente.

VÉLEZ DE GUEVARA (LUIS):

38 El diablo cojuelo. Edición, prólogo y notas de Francisco Rodríguez Marín.

132 Reinar después de morir. El diablo esta en Cantillana. Edición, prólogo y notas de Manuel Muñoz Cortés.

VILLEGAS:

21 Eróticas o amatorias. Edición, introducción y notas de Narciso Alonso Cortés.

ZORRILLA (JOSÉ DE):

63 Poesías. Edición, prólogo y notas de Narciso Alonso Cortes.

ST. JOHN FISHER COLLEGE LIBRARY
PQ6541 .C6 1968
Moratin, Leandro Fer 010101 000
La comedia nueva; o, El cafe.
0 1219 0074348 9

JOHN FISHER COLLEGE LIBRARY

PQ
6541
.C6
1968

ST. JOHN FISHER COLLEGE LIBRARY
PQ6541 .C6 1968
Moratin, L[redacted] 000
La comedia nueva; o, El cafe.
[redacted]

Printed in Spain